DISTRICT — ELEVEN

WILBERT WUSYNTH

District Eleven

Una novela de Wilbert Wusynth

Por **Wilbert Wusynth**

Madrid, 2026

©WilbertWusynth

La novela sigue la formación, desarrollo y transformación de **Les Restes**, una banda de rock parisina, a través de la mirada de cuatro músicos que intentan crear música honesta en un ecosistema cultural que convierte todo en producto. Es una exploración de la tensión entre autenticidad y profesionalización, entre la precariedad material y la ambición artística, entre la lealtad a una visión compartida y las necesidades individuales que inevitablemente divergen.

Novela co-escrita con IA. Debate ético tras un libro creado con IA: ¿quién es el verdadero autor?

Wilbert Wusynth, coautor de novelas escritas con inteligencia artificial, asume sin disimulo su método de trabajo y lo defiende como una elección consciente de orquestación creativa.
Su método**:** se concibe como un director de cine, no como un guionista. La IA genera la prosa; él aporta juicio, estructura y voz, interviniendo solo cuando el resultado no lo convence. Escribe con sus propias manos alrededor del 10% del texto, sobre todo los diálogos.
Sus tesis principales:

- La categoría "100% escrito por IA" es hueca: ningún modelo genera hoy una novela autónoma de principio a fin sin dirección y edición humana. La IA es amplificador, no autora.
- Rechaza la presión de etiquetar obras por porcentaje de generación artificial. Lo considera imposible de medir y "un poco tonto"; recuerda que los escritores fantasma y los editores extensos tampoco se declaran.
- El debate sobre el oficio le interesa poco: lo que importa es la historia y su capacidad de conmover, no la genealogía de las palabras.
- Acepta que la resistencia de los autores consagrados es comprensible, pero la convivencia entre escritura tradicional y asistida

por IA es inevitable. "El genio ya está fuera de la botella".

- Critica el mal uso negligente de la IA —libros mal escritos por quien no sabe gestionar la herramienta—, no la herramienta en sí.
- Cierra con un matiz: aunque rechaza las declaraciones obligatorias, defiende la divulgación voluntaria, porque la transparencia contribuirá a normalizar el uso. La normalización, dice, vendrá del contacto y la conversación, no de las reglas.

Posición de fondo: ni apocalíptico ni entusiasta ciego. Partidario de la herramienta, crítico con su mal uso, escéptico ante los purismos y convencido de que la buena literatura se reconoce en la página, no en la huella dactilar de quien la tecleó.

District Eleven

Capítulo 1. Tres acordes y la verdad

París tenía esa clase de otoño que no parecía hecho de estaciones sino de superficies: cristal mojado, asfalto con reflejos de cobre, escaparates donde la gente rica compraba bufandas como si la temperatura fuese una cuestión estética y no una amenaza concreta. Desde el piso catorce del edificio de la discográfica, el Sena parecía una cinta de metal oscuro, un lujo decorativo puesto allí para convencer a los ejecutivos de que trabajaban cerca de algo vivo. Jules lo miraba sin verlo, de pie frente al ventanal, con la mandíbula apretada y las manos hundidas en los bolsillos del abrigo. Detrás de él, la voz de su padre seguía sonando con esa calma que siempre precedía a la violencia en los hombres educados.

-No entiendes cómo funciona esto.

Jules no se volvió de inmediato. Había aprendido, a los doce años, que el verdadero poder de su padre no residía en el volumen sino en la entonación: ese timbre bajo, casi paciente, que hacía parecer infantiles todas las objeciones ajenas. Cuando por fin giró sobre los talones, vio al hombre sentado tras un escritorio demasiado limpio, una lámpara de diseño encendida sobre papeles que ninguno de los dos estaba leyendo. Henri Delatour llevaba el traje gris con la misma naturalidad con la que otras personas llevaban la piel. No era especialmente alto ni especialmente corpulento, pero había construido su vida alrededor de una cualidad más útil que la fuerza: la convicción íntima de tener razón.

-Lo entiendo perfectamente -dijo Jules-. Eso es lo insoportable.

Henri juntó las manos.

-Entonces explícame por qué estamos discutiendo.
-Porque rechazasteis a una banda hace seis meses diciendo que no tenía mercado y hoy me pedís que ayude a fabricar una versión utilizable de otro artista que ya no quiere cantar sus propias canciones.
-No dramatices.
-No dramatizo. Traduzco.
Su padre soltó una exhalación cansada. En la pared, detrás de él, colgaban varios discos de oro. Jules había crecido entre objetos así: premios, fotografías con cantantes sonrientes, botellas abiertas para celebrar cifras, contratos firmados con plumas caras. La música, en aquella casa y en aquella oficina, nunca había sido exactamente música. Era una mezcla de prestigio, intuición financiera y guerra de egos en la que las canciones desempeñaban el papel secundario de materia prima.
-El artista al que te refieres -dijo Henri- tiene un equipo, una inversión detrás y un público potencial cuantificable. La banda que mencionas tenía tres canciones mediocres, una imagen inexistente y un cantante incapaz de sostener una entrevista. No es un juicio moral, es un análisis.
Jules se rió, una risa corta y sin alegría.
-Te encanta hablar como si el mercado fuese el clima. Como si nadie decidiera nada y todo fueran corrientes inevitables.
Henri inclinó un poco la cabeza.
-Alguien tiene que decidir. La diferencia es que yo lo hago con experiencia y tú con resentimiento.
Aquello golpeó donde debía. Jules sintió una punzada precisa, antigua. Resentimiento. Había otras palabras que su padre utilizaba menos pero pensaba con más frecuencia: ingratitud, pose, adolescencia prolongada. Jules conocía el repertorio completo. Era el hijo que

había tenido acceso a todas las puertas y, sin embargo, insistía en mirar por las ventanas rotas.
-No estoy resentido porque tenga dinero -dijo-. Estoy harto de lo que el dinero le hace a todo lo que toca.
Henri sonrió apenas, no con ternura sino con fatiga.
-Esa frase suena muy bien a los veintidós años. Deberías apuntarla. Quizá algún día la conviertas en una columna o en una canción mediocre.
Jules dio un paso hacia el escritorio.
-No vuelvas a hablarme así.
-¿Así cómo? ¿Como a alguien que confunde gusto con criterio? ¿Como a alguien que cree que la autenticidad consiste en desafinar en un sótano? No eres el primero que intenta redimirse jugando a la pobreza, Jules. Tampoco serás el último.
La rabia llegó de golpe, limpia, casi tranquilizadora. Mejor eso que la vergüenza, mejor eso que la sospecha de que había alguna verdad en el ataque.
-No estoy jugando a nada.
-¿No? Te vistes como un mal estudiante, frecuentas bares del distrito 11 y te rodeas de gente a la que podrás abandonar sin consecuencias el día que te canses. Eso no es rebelión. Es turismo moral.
El silencio que siguió fue tan nítido que Jules pudo oír el zumbido del fluorescente del pasillo al otro lado de la puerta. Durante un segundo pensó en marcharse sin decir nada. Habría sido la opción elegante. También la cobarde.
-¿Sabes qué creo? -preguntó.
Henri no contestó.
-Creo que ya no oyes nada. Ni cuando alguien canta delante de ti. Solo oyes porcentajes, tendencias, posibilidades de licencias. Te has pasado tanto tiempo hablando de música que la has sustituido por su sombra.

Su padre apartó la vista un instante, como si aquello hubiese sido, no ofensivo, sino aburrido.
-Y tú te has pasado tanto tiempo queriendo diferenciarte de mí que has convertido tu identidad en una reacción. Eso también es una forma de dependencia.
La frase quedó suspendida entre los dos con la estabilidad fría de un cuchillo. Jules supo, con una claridad insoportable, que no podía ganar aquella discusión. No porque su padre tuviera razón, sino porque jugaban en dimensiones distintas. Henri debatía para ordenar el mundo. Jules, para no asfixiarse dentro de él.
Se quitó del cuello la tarjeta de empleado y la dejó sobre el escritorio.
-Entonces se acabó.
Henri miró la tarjeta, luego a su hijo.
-No digas tonterías.
-No es una amenaza.
-¿Y qué harás exactamente?
Jules se encogió de hombros, aunque por dentro sentía el vértigo creciente de quien acaba de saltar antes de medir la altura.
-Lo que sea que no sea esto.
Henri se levantó por fin. Se acercó despacio al escritorio, apoyó una mano sobre la tarjeta y habló en voz más baja.
-La libertad resulta muy seductora cuando otro paga el alquiler.
Jules sostuvo su mirada.
-Prefiero averiguar cuánto cuesta.
Salió sin dar un portazo. El gesto le pareció, por una vez, más insultante que cualquier explosión.
En el ascensor se vio reflejado en las puertas de acero: pelo oscuro demasiado largo para el gusto de su padre, barba de tres días, abrigo negro comprado con

dinero familiar y llevado como si pudiese absolverlo. Parecía exactamente lo que Henri había dicho: un muchacho cómodo jugando a desordenarse. La conciencia de esa posibilidad le dolía más que la pelea.
En la calle, el aire tenía una humedad agria que olía a hojas aplastadas y gasolina. Caminó sin dirección primero por el quai, luego hacia Bastille, metiendo las manos en los bolsillos para no llamar a nadie. Sabía que si telefoneaba a alguno de los conocidos de aquella vida -los hijos de productores, las estudiantes de cine, los chicos que hablaban de política igual que hablaban de vino- acabaría en un apartamento bien calefaccionado, bebiendo demasiado y convirtiendo la pelea con su padre en una anécdota brillante. No quería brillo. Quería ruido. Quería un lugar donde la noche no tuviera que justificarse.
Lo encontró en una calle lateral del distrito 11, bajo un letrero medio fundido que anunciaba cerveza barata y conciertos desde 1996. El bar se llamaba Le Transit, nombre apropiado para un sitio que parecía construido para gente de paso, criaturas nocturnas con ojeras, estudiantes sin dinero, empleados que no deseaban volver a casa todavía. Desde la acera ya se filtraba un murmullo de amplificadores probándose. Jules entró pagando una entrada ridícula a una chica que ni siquiera levantó la vista del sello que le estampó en la muñeca.
Dentro hacía calor, un calor sucio de cuerpos mojados, electricidad y alcohol derramado. El escenario no era más que una plataforma de madera al fondo del local. Las paredes sudaban carteles viejos, pegatinas de bandas muertas, restos de pintura negra. Un camarero con camiseta de Sonic Youth servía vasos sin mirar a nadie. Jules pidió whisky. Luego otro. Después dejó de contar.

No escuchó los primeros grupos con atención. Recordaría más tarde una batería demasiado rápida, una cantante que gritaba con talento y un guitarrista que parecía odiar su propio instrumento. La escena estaba llena de esa clase de intensidad que confunde precariedad con pureza, pero incluso en su cinismo de esa noche Jules reconocía algo sincero allí: nadie estaba tocando para convertirse en decoración de una campaña de coches. Tocaban para veinte, treinta, quizá cuarenta personas. Tocaban porque sí. O porque no sabían hacer otra cosa con su rabia.

Fue cerca de la una cuando subieron al escenario tres tipos que no parecían tener nombre ni estrategia. El batería llevaba una camiseta blanca empapada antes de empezar. El bajista, delgado y tenso, comprobó los cables con la expresión de quien espera que el mundo falle por principio. El cantante-guitarrista tenía el pelo húmedo pegado a la frente, una chaqueta vaquera demasiado fina para octubre y una forma de mirar al público que no era arrogancia ni timidez, sino atención suspendida, como si de verdad quisiera averiguar quiénes estaban allí.

Jules no supo entonces que aquel hombre se llamaba Arthur.

La primera canción comenzó con un zumbido de guitarra, un acorde arrastrado hasta casi romperse, y luego una batería seca que hizo vibrar los vasos sobre la barra. No era original, no exactamente. Había ecos evidentes de un grunge tardío ya convertido en herencia, de bandas americanas que los críticos elegantes trataban como una enfermedad vergonzosa de la adolescencia reciente. Pero también había otra cosa: una forma de tocar como si el error formara parte del argumento, como si la aspereza fuese menos un estilo que una necesidad física.

Arthur cantaba con una voz rota en los bordes, grave por cansancio más que por técnica. No proyectaba hacia delante como los frontmen entrenados; parecía cantar desde algún sitio más interno, más obstinado, y precisamente por eso el local entero se inclinó hacia él. Jules sintió la vieja descarga animal que solo había encontrado unas pocas veces en su vida: el instante en que una canción, aunque sea torpe, te hace pensar que el lenguaje aún no está del todo podrido.

La tercera pieza fue una versión de "Hero". No la de Bowie, claro, sino la de Chad Kroeger, himno improbable de una masculinidad herida que media generación fingía despreciar y seguía oyendo en privado. Había algo casi ofensivo en elegirla allí, ante un público que se consideraba demasiado inteligente para ese tipo de emoción directa. O quizá precisamente por eso la eligieron.

El arreglo era brutal. Más lento. Más desnudo. La guitarra de Arthur redujo la progresión a tres acordes gruesos, heridos; el bajo entró como una amenaza sorda; la batería evitó el efectismo y mantuvo un pulso casi fúnebre. Cuando Arthur llegó al estribillo no intentó embellecerlo. Lo rompió. Lo cantó como si el heroísmo del título no fuese una promesa sino una carga ridícula que alguien te cuelga al cuello cuando ya no puedes sostenerte.

Jules, medio borracho, sintió que la canción -esa canción que había sonado en coches, supermercados y habitaciones adolescentes- volvía a nacer convertida en otra cosa. No en alta cultura. No en parodia. En verdad, o en algo peligrosamente parecido.

Subió al escenario antes de decidirlo.

Más tarde intentaría reconstruir el momento exacto: el vaso dejado en la barra, el empujón torpe entre dos cuerpos, la madera cediendo bajo sus botas. Pero en realidad sucedió como ocurren algunos desastres y

algunas revelaciones: sin transición. Un segundo estaba abajo; al siguiente tenía un micrófono de coros en la mano y la mirada en blanco del bajista clavada en él.

Hubo un murmullo en el bar. El batería siguió tocando por pura inercia. Arthur lo miró apenas una fracción de segundo. Jules esperaba que lo echara, que lo insultara, que detuviera la canción. En lugar de eso, Arthur dio un paso hacia un lado y le cedió espacio. Ese gesto fue más íntimo que una bienvenida.

Jules entró en el último estribillo tarde y mal, pero con una convicción feroz que le ahorró el ridículo completo. No cantaba bien. Nunca había fingido lo contrario. Pero conocía la canción, conocía el tipo de herida que exigía, y el alcohol le había borrado el miedo suficiente para convertir la falta de técnica en una clase aceptable de urgencia. Arthur sostuvo la melodía principal. Jules la quebró desde abajo. Durante menos de un minuto el bar fue una caja de resonancia compartida, una conspiración improvisada entre desconocidos.

Cuando terminó, hubo aplausos, risas, algunos silbidos incrédulos. El bajista desenchufó el instrumento con hostilidad metódica. Arthur dejó la guitarra contra el amplificador y se secó la boca con el dorso de la mano. Jules le devolvió el micrófono como quien entrega un arma prestada.

-No vuelvas a hacer eso sin preguntar -dijo el bajista, acercándose.

-Técnicamente ya está hecho -contestó Jules.

El otro lo miró con una mezcla de desprecio y cansancio.

-Se nota que no te pegan mucho.

Arthur soltó una carcajada breve.

-Lucas.

-¿Qué?

-Déjalo respirar dos minutos antes de decidir si quieres matarlo.
Lucas masculló algo ininteligible y se apartó. El batería, que parecía demasiado agotado para opinar, encendió un cigarrillo aunque aún estaban dentro.
Arthur tendió la mano a Jules.
-Arthur.
-Jules.
-Tienes mala idea del tempo, pero buen instinto para el desastre.
-Lo tomaré como cumplido.
-Es lo más cerca que vas a estar de uno esta noche.
La mano de Arthur era áspera, caliente, con pequeñas callosidades en la base de los dedos. No se parecía en nada a las manos que Jules estrechaba en cócteles de la industria. Tampoco eso quería decir nada noble por sí solo, y sin embargo el contraste tuvo el poder absurdo de conmoverlo.
-Bebes algo y me explicas por qué has decidido secuestrar nuestro final -dijo Arthur.
Salieron a la terraza trasera del bar, que no era más que un rectángulo de cemento con dos mesas cojas, colillas aplastadas en los rincones y un calentador averiado que nadie se había molestado en retirar. La noche era húmeda y fría, y después del calor del local el aire cortaba la cara con una limpieza casi médica. Arthur se apoyó contra la pared, encendió un cigarrillo y ofreció el paquete. Jules aceptó aunque fumaba poco.
Durante un minuto no hablaron. Desde dentro llegaba amortiguado el ruido del siguiente grupo afinando como si torturara metales. Más allá de la tapia, París seguía con su respiración indiferente de taxis, sirenas lejanas y pisos donde otras personas vivían vidas que no parecían a punto de cambiar.

-Entonces -dijo Arthur-. ¿Eres siempre así o solo cuando suenan canciones malas convertidas en buenas?
Jules soltó humo y sonrió.
-Esa era exactamente la clase de herejía que necesitaba oír hoy.
-¿Lo de que es mala?
-Lo de que se puede salvar.
Arthur observó la punta encendida de su cigarrillo.
-No hay canciones malas. Hay canciones cobardes.
Jules alzó una ceja.
-Eso suena ensayado.
-Lo pensé esta tarde en el trabajo mientras cambiaba un cuadro eléctrico. Llevo horas esperando una oportunidad razonable para decirlo.
Jules rió, esta vez de verdad.
-Eres electricista.
-De día. De noche toco aquí, en sitios peores o en sitios muy parecidos que fingen ser mejores.
-Y aun así dejaste que un desconocido borracho arruinara tu canción.
Arthur se encogió de hombros.
-No la arruinaste. La pusiste al borde de arruinarse. A veces ahí pasan cosas.
Jules miró hacia la puerta que daba al local.
-Tu amigo no opina lo mismo.
-Lucas opina que cualquiera con abrigo bueno viene a llevarse algo.
-¿Y tú?
Arthur lo estudió por primera vez con detenimiento. Los ojos eran más claros de lo que parecía bajo la luz del escenario; no azules, no verdes, sino ese gris variable de la gente a la que el cansancio le cambia el color de la mirada.
-Yo opino que has tenido un día de mierda, que no perteneces del todo al mundo del que vienes y que

seguramente conviertes eso en personalidad más a menudo de lo saludable.
Jules casi se atragantó de risa.
-¿Tú haces esto con todo el mundo o solo con desconocidos que invaden escenarios?
-Solo con quienes parecen necesitar que alguien no los impresione.
Jules miró la ceniza crecer entre sus dedos.
-Hoy he dejado la discográfica de mi padre.
Arthur no mostró sorpresa inmediata, pero algo en su expresión se tensó.
-Ajá.
-Se dedica a convertir música en mobiliario. O eso he decidido esta noche, con la ayuda del whisky.
-Profesión peligrosa, decidir cosas con whisky.
-No era una decisión del todo nueva.
Jules dudó un momento y luego añadió:
-Hace seis meses, un sello donde él tiene participaciones rechazó a una banda que describieron como demasiado derivativa, demasiado áspera y demasiado poco vendible. Creo que esa banda era la vuestra.
Arthur no se movió. Solo bajó la vista un segundo y después volvió a levantarla.
-Éramos nosotros -dijo.
-No lo supe hasta hace unas semanas. Vi el dossier. Reconocí la foto esta noche.
-Qué bonito. La meritocracia en acción.
-No vine a pedir perdón en nombre de nadie.
-Menos mal. Eso sería insoportable.
Jules asintió, aliviado sin saber por qué.
-Podrías odiarme un poco más, la verdad.
Arthur tiró la ceniza al suelo húmedo.
-Podría, sí. Pero sería demasiado fácil. Y además no parecías uno de ellos cuando estabas arriba.
-Uso champú caro, pero intento compensarlo.

Arthur se rió por la nariz. Luego, con una seriedad súbita:
-No sé qué esperas encontrar aquí, Jules. Si lo que buscas es autenticidad, te aviso de que también está sobrevalorada. La gente miente igual en los barrios pobres; solo tiene peores muebles. Y tocar en un bar pequeño no te hace mejor persona. Te hace alguien que toca en un bar pequeño.
-No busco santos -dijo Jules-. Busco algo que no suene muerto antes de grabarse.
Arthur lo sostuvo con la mirada. Desde dentro llegó una explosión de batería seguida de un acople brutal. Ninguno se inmutó.
-Yo busco tiempo -dijo Arthur al fin-. Para trabajar menos horas. Para que mi madre no tenga que subir sola cuatro pisos cuando se estropea el ascensor. Para escribir una canción que no parezca una nota de disculpa. Si en el camino encuentro verdad, estupendo. Pero no como mucho de eso.
La frase, dicha sin amargura teatral, dejó a Jules sin respuesta inmediata. Había conocido a demasiada gente rica fascinada por la pobreza en abstracto y a demasiada gente pobre obligada a representarse ante esa fascinación. Arthur no estaba haciendo ninguna de las dos cosas. Hablaba como si la dignidad consistiera, entre otras cosas, en negarse a convertirse en símbolo.
-¿Tu madre está enferma? -preguntó Jules.
Arthur tardó en contestar.
-Los riñones. Y otras cosas que llegan cuando trabajas treinta años limpiando edificios ajenos y luego el cuerpo decide cobrar intereses.
-Lo siento.
-Sí. Yo también.
La puerta se abrió de golpe y Lucas salió con el bajo aún colgado al hombro. Encendió un cigarrillo sin pedir permiso al silencio.

-¿Interrumpo una cumbre diplomática? -preguntó.
Arthur apartó la vista de Jules.
-Solo estábamos decidiendo si venderemos nuestra alma antes o después de cargar los amplis.
Lucas miró a Jules de arriba abajo.
-No hace falta decidir. Algunos nacen con contrato de distribución incorporado.
Jules habría podido contestar con ironía, pero algo en la fatiga de Lucas volvía inútil cualquier brillantez.
-Te prometo que no vengo a compraros -dijo.
Lucas soltó humo hacia un lado.
-Todos decís eso. Los peores, sobre todo.
Arthur chasqueó la lengua.
-Lucas.
-No, déjame. Quiero entender una cosa. -Se volvió del todo hacia Jules-. ¿Qué haces aquí realmente? ¿Coleccionas experiencias? ¿Necesitabas sentirte cerca del pueblo una noche para volver a Neuilly y escribir un poema sobre la mugre con buena iluminación?
Jules sintió el golpe de la precisión. Porque la caricatura era injusta y, sin embargo, rozaba una zona vulnerable, una sospecha que él mismo no sabía refutar del todo.
-No vivo en Neuilly desde hace años.
-Qué diferencia moral tan impresionante.
-Vale -dijo Jules, esta vez más seco-. ¿Qué respuesta te serviría? ¿Que me avergüenzo de dónde vengo? ¿Que quiero hacer algo distinto? ¿Que no soporto a mi padre? Son todas ciertas y ninguna va a gustarte.
Lucas lo miró en silencio, como calibrando la utilidad de romperle la cara allí mismo.
-Arthur siempre ve hambre donde yo veo costumbre -dijo al fin.
-¿Y cuál es la diferencia?
-Que el hambre cambia a la gente. La costumbre no.

Lucas arrojó el cigarrillo al suelo y volvió dentro sin despedirse.
Arthur observó la puerta cerrarse.
-No te lo tomes personal.
-Se esforzó bastante para que lo hiciera.
-Ha tenido razones para desconfiar más tiempo del que lleva afinando el bajo.
Jules apoyó la espalda en la pared húmeda.
-No le culpo.
-No, pero te molesta.
-Sí.
Arthur asintió como si ambas cosas pudieran coexistir sin cancelarse, lo cual era nuevo para Jules. En el mundo del que venía, toda emoción debía presentar alegaciones excluyentes: o eras inocente o culpable, víctima o beneficiario, cínico o idealista. Arthur, en cambio, parecía aceptar las contradicciones como quien acepta el clima.
-¿Cómo aprendiste a tocar? -preguntó Jules.
Arthur miró sus manos.
-Con una guitarra rota de mi tío y cintas VHS que compraba en mercadillos. Un tipo canadiense explicaba acordes en un francés horrible. Luego copiando discos. Luego tocando mal delante de otra gente hasta aprender a tocar un poco menos mal.
-¿No estudiaste?
-¿Música? No. Estudié cómo hacer durar veinte euros cuatro días.
Jules sonrió pese a sí mismo.
-Eso es más útil.
-Mucho más. ¿Y tú?
-Piano cuando era niño. Profesores, conservatorio un año, luego lo dejé porque odiaba practicar y prefería fingir que despreciaba la técnica. Después me pasé a cualquier cosa que pudiera tocarse sin disciplina suficiente.

Arthur soltó una risa baja.
-Honestidad brutal. Me gusta.
-La borrachera ayuda.
-No. La borrachera exagera. No inventa.
Se quedaron de nuevo callados. A Jules le sorprendió la falta de esfuerzo que exigía aquel silencio. No había que impresionar a Arthur. Tampoco ocultarse del todo. Bastaba con estar.
-¿Tenéis nombre? -preguntó.
Arthur cerró un ojo como si la pregunta tuviera luz excesiva.
-Esa discusión lleva meses. Cada opción que propone alguien suena o demasiado seria o demasiado ridícula.
-Lucas quiere nombres que parezcan amenazas -añadió, saliendo de pronto el batería a la terraza con otro cigarrillo ya encendido-. Arthur quiere nombres que parezcan títulos de poemarios robados y yo quiero dormir.
Era la primera vez que Jules lo oía hablar con claridad. Tenía una voz grave, arenosa, y un rostro ancho, amable por agotamiento.
-Soy Mehdi, por cierto -dijo.
-Jules.
-El invasor del estribillo. Sí, te ubiqué.
Mehdi se apoyó en la barandilla oxidada.
-No estuvo mal. Mal ejecutado, pero con fe. Que es básicamente nuestro manifiesto estético.
Arthur negó con la cabeza.
-No tenemos manifiesto estético.
-Pues deberíamos. Los manifiestos intimidan a los periodistas.
-Jules puede escribirnos uno -dijo Arthur.
Jules levantó las manos.
-No me insultes así de pronto.

Los tres rieron. Dentro, alguien empezó una canción demasiado rápida. Un cristal cayó y se rompió. Alguien vitoreó. París seguía sin pedir permiso.
Más tarde, cuando el local comenzó a vaciarse y el alcohol bajó lo suficiente para dejar solo el cansancio, Jules ayudó a cargar un amplificador hasta una furgoneta vieja aparcada en doble fila. Lucas lo dejó hacerlo, que en él ya era una forma mínima de tregua. El peso le mordió los hombros. Arthur levantó el otro extremo sin esfuerzo aparente.
-¿Ves? -dijo Lucas mientras cerraban el maletero-. El privilegio sirve de algo. Buena espalda alimentada.
Jules abrió la boca para replicar, pero Arthur se le adelantó.
-Si quieres seguir insultándolo, al menos invítalo a ensayar primero.
Hubo un silencio breve.
Lucas se volvió hacia él.
-¿Lo dices en serio?
Arthur miró a Jules.
-¿Sabes presentarte sobrio?
-A veces.
-Entonces ven el martes. Montreuil. Te paso la dirección.
Lucas bufó.
-No necesitamos otro problema.
-No -dijo Arthur-. Pero quizá necesitamos otro oído.
La frase quedó ahí, sencilla y peligrosa. Jules sintió una excitación absurda, inmediata, la clase de esperanza que un hombre prudente debería desconfiar de sentir por una invitación a un local de ensayo húmedo a las afueras de París.
-Estaré allí -dijo.
Lucas murmuró algo que sonó a amenaza logística. Mehdi subió a la furgoneta. Arthur se quedó un

segundo más en la acera con Jules, las manos en los bolsillos de la chaqueta vaquera.
-No hagas una épica de esto -dijo.
-Intentaré decepcionarte de maneras más originales.
Arthur sonrió apenas.
-Más te vale.
La furgoneta arrancó con una tos metálica y se perdió calle abajo. Jules se quedó solo bajo la luz amarillenta del letrero medio roto, oyendo cómo el bar cerraba a su espalda. Tenía frío. Tenía miedo. No tenía trabajo. Su padre probablemente ya habría decidido el relato oficial de la noche: una rabieta, una fase, otra performance moral de su hijo. Y sin embargo, mientras echaba a andar hacia ninguna parte concreta, con el zumbido de la versión de "Hero" todavía temblándole en el pecho, sintió que por primera vez en mucho tiempo había tropezado con algo que no le pedía pedigree ni coartada.
No era pureza. No era redención. Ni siquiera era amistad todavía.
Era apenas una grieta.
Y Jules, que había crecido entre habitaciones herméticas, supo reconocer el valor del aire cuando entraba por una.
Dos noches después, Arthur volvió tarde al piso de Seine-Saint-Denis y encontró a su madre despierta frente al televisor apagado. El apartamento olía a sopa recalentada, humedad vieja y medicamento. Las paredes conservaban ese beige cansado de las viviendas donde nadie ha tenido energía ni dinero suficientes para elegir otro color. En la cocina, el grifo seguía goteando a intervalos regulares como si también él llevase años demasiado cansado para cambiar.
-Has comido? -preguntó ella sin saludo previo.
Arthur dejó la guitarra junto al sofá.

-Allí picamos algo.
-Mentira.
-No completa.
Su madre, Nadia, llevaba una bata gris y el pelo recogido de cualquier manera. La enfermedad la había afinado no hasta volverla frágil, sino hasta hacer más visible la dureza original de sus facciones. Arthur siempre había pensado que el cuerpo de su madre se parecía a ciertas herramientas: gastado, firme, incapaz de sentimentalismo.
-Te calenté sopa -dijo.
Arthur abrió la olla aunque no tuviera hambre. El vapor subió con olor a puerro y caldo de cubito.
-Hemos tocado bien -dijo, más para llenar el aire que por necesidad de informar.
-Eso dices siempre.
-Esta vez vino un imbécil al escenario a cantar con nosotros.
Nadia lo miró.
-¿Y?
-Y no estuvo mal.
-Si no estuvo mal, quizá no era imbécil.
Arthur sonrió.
-Era rico, además.
-Ah. Entonces sí.
Se rieron juntos con la familiaridad de una broma vieja: en aquella casa, "rico" funcionaba menos como categoría económica que como diagnóstico moral provisional. Arthur se sirvió sopa y se sentó frente a ella. Nadia lo observó un rato antes de hablar de nuevo.
-¿Te gusta esa gente?
-¿Qué gente?
-La de la música.
Arthur se encogió de hombros.
-Algunos días.

-¿Y te gustan cuando no te sirven para creer que algún día saldrás de aquí?
La pregunta lo atravesó con la precisión de una madre que no necesita educación psicológica para ver dónde miente su hijo. Arthur bajó la vista al plato.
-No todo es salir de aquí.
-No. También está quedarse sin pudrirse.
Nadia apoyó los codos en la mesa.
-No te estoy reprochando nada. Solo quiero saber si cuando vuelves tan tarde y tan cansado es por algo que te da más de lo que te quita.
Arthur pensó en el escenario del Le Transit, en la voz ajena entrando a destiempo en el estribillo, en Lucas tensándose, en la sensación fugaz e inconfundible de que la canción había dicho algo que ninguno de ellos controlaba del todo.
-A veces sí -dijo.
Nadia asintió, satisfecha con una respuesta imperfecta.
-Entonces sigue. Mientras puedas.
Arthur terminó la sopa en silencio. Al llevar el plato al fregadero, notó el dolor sordo en la muñeca derecha, recuerdo del trabajo del día. Electricidad, cables, yeso, peso. Música, cables, yeso, peso. A menudo le parecía que toda su vida consistía en mover corriente por sistemas defectuosos con la esperanza de que algo se encendiera sin quemarse.
Antes de acostarse, sacó de la funda una libreta llena de frases sueltas y progresiones torpemente anotadas. Escribió, casi sin pensar:
No queremos verdad / queremos algo que no huela a mentira.
Lo leyó dos veces. No le gustó del todo. Pero tampoco lo tachó.
El martes, el local de ensayo en Montreuil olía a metal húmedo, moqueta vieja y cables sobrecalentados. Jules llegó diez minutos antes por nervios y fingió que

era puntualidad. Había dudado sobre la ropa con una conciencia tan humillante que terminó eligiendo lo primero que encontró: vaqueros negros, sudadera gris, botas gastadas. Se dijo que daba igual. Luego se odió un poco por seguir queriendo parecer alguien que no se esforzaba por parecer nada.

El edificio era una nave subdividida en cubículos insonorizados a medias, un panal de ruido donde cada puerta dejaba escapar una enfermedad distinta: punk desafinado, metal técnico, rap sobre bases enlatadas, un saxofón perdido. Arthur abrió con una botella de agua en la mano y una ojera nueva bajo cada ojo.

-Viniste -dijo.

-Me halaga que te sorprenda.

-No me sorprende. Solo confirma que tu autodestrucción tiene constancia.

Dentro estaban Lucas y Mehdi. Lucas alzó la vista desde el bajo con expresión neutra, que en él ya rozaba la cortesía. El local era poco más que un rectángulo con espuma acústica arrancada en las esquinas, un sofá destruido y una mesa plegable cubierta de latas vacías, cables y cuadernos. Había un teclado antiguo apoyado contra la pared.

-Ese funciona cuando le conviene -dijo Arthur, siguiendo la mirada de Jules-. Como todos nosotros.

-Perfecto -dijo Jules.

No hubo ceremonia. Arthur les indicó una progresión nueva. Mehdi marcó entrada. Lucas se sumó con una línea de bajo seca y obstinada. Jules tardó unos compases en encontrar dónde cabía sin estorbar. Cuando por fin apoyó dos acordes discretos bajo el puente, Arthur giró apenas la cabeza. No sonrió, pero algo en sus hombros se relajó.

Tocaron durante casi dos horas con pausas mínimas, discutiendo cambios, probando tempos, descartando ideas. Jules descubrió que Lucas tenía razón al

desconfiar, al menos en parte: la música era uno de los pocos lugares donde su dinero, su educación y su ironía no valían gran cosa por sí solos. Allí todo se reducía a escuchar, acertar, fallar mejor la siguiente vez. Arthur dirigía sin imponerse. Mehdi mantenía unido el esqueleto de cada canción. Lucas vigilaba la frontera entre intensidad y concesión como un centinela herido.
En un descanso, sentados los cuatro sobre el suelo o el sofá vencido, Lucas encendió un cigarrillo y habló sin mirar a Jules.
-Arthur dice que tienes oído.
-A veces.
-¿Y aguante?
-Depende para qué.
Lucas asintió.
-Para que te odien sin marcharte.
Jules sostuvo su mirada.
-Podría aprender.
Aquello arrancó a Mehdi una carcajada. Arthur bebió agua y dijo:
-Ya tenemos eslogan.
-No tenemos nombre -recordó Lucas.
Arthur señaló a Jules con la botella.
-El nuevo casi arruina "Hero". Que proponga algo.
-Jamás me perdonaríais eso.
-Con razón -dijo Lucas.
Pasaron la siguiente media hora descartando nombres con una mezcla de seriedad y burla que Jules entendió enseguida como un ritual de pertenencia. Todo sonaba pretencioso, derivativo o directamente idiota. *Cendres*. *Nord*. *La Dernière Nuit*. *Chiens électriques*. *Après le bruit*. Lucas los detestaba todos. Arthur los toleraba en silencio. Mehdi quería cualquiera que cupiera en un cartel mal impreso.
Al final, cuando ya se iban y nadie tenía paciencia, Lucas miró el suelo sembrado de colillas, púas rotas,

cinta adhesiva usada, restos mínimos de cada ensayo, y dijo casi sin pensarlo:
-Les Restes.
Arthur levantó la vista.
-Los restos.
-Es lo que queda cuando todo lo demás se vende, se rompe o se larga -dijo Lucas-. Nosotros somos eso.
Hubo un silencio.
-Es horrible -dijo Mehdi.
-Es perfecto -dijo Arthur.
Jules repitió el nombre para sí y sintió, con una certeza que no sabía justificar, que había algo exacto en él. No heroico. No limpio. No prometedor en un sentido comercial. Pero exacto.
Les Restes.
Los restos de una clase que no había cumplido sus promesas, de una industria que vendía nostalgia recién fabricada, de familias enteras convencidas de que sus hijos vivirían mejor y descubriendo demasiado tarde que "mejor" era una palabra de elasticidad cruel.
Restos de canciones heredadas, de sueños prestados, de rabias viejas con amplificadores nuevos.
Cuando salieron a la calle ya era de noche. El aire cortaba. La ciudad alrededor de Montreuil parecía hecha de talleres cerrados, kebabs abiertos y luces de pisos donde la vida seguía en formatos menos dramáticos. Jules caminó un tramo junto a Arthur hasta el metro.
-No sé si Lucas deja de odiarme o solo se está sofisticando -dijo.
-Lucas no deja de odiar. Matiza.
-Es un comienzo.
Arthur se metió las manos en los bolsillos.
-No te hagas ilusiones raras, Jules. Esto no te va a salvar de nada.
Jules sonrió, cansado y extrañamente ligero.

-Eso sería una razón excelente para quedarme.
Arthur lo miró de lado, esa media sonrisa mínima reapareciendo.
-Bienvenido a los restos.

Capítulo 2. La industria de la nostalgia

Hay momentos en que una decisión no cambia la vida de inmediato, sino la textura con la que la vida empieza a rozarte. Nada grandioso ocurre al principio. No se abren cielos, no suenan fanfarrias interiores, no aparece ninguna versión más auténtica de uno mismo en el espejo del baño. Lo que cambia es otra cosa: el modo en que el tiempo pesa entre una llamada y otra, entre un café y una estación de metro, entre lo que uno ha dejado atrás por rabia y lo que aún no puede nombrar sin miedo a estropearlo.

Durante los días siguientes al ensayo en Montreuil, Jules descubrió que el desempleo tenía menos de épica y más de administración del vacío. Despertaba tarde porque ya no había horarios ajenos que obedecer, pero el cuerpo seguía conservando la tensión de quien espera una orden. El piso que alquilaba cerca de République -pequeño, caro, decorado con esa sobriedad pretendidamente accidental de los hijos de familias ricas que desean parecer funcionales- se volvió de pronto demasiado silencioso. En la mesa de la cocina se acumulaban dos tazas, varios cuadernos sin empezar y una pila de revistas musicales que ya no conseguía leer sin irritarse. Todo le recordaba una misma sospecha: que durante años había confundido el comentario con la acción, la lucidez con la participación, el desprecio elegante con alguna clase de integridad.

Henri no llamó los dos primeros días. Aquello, más que herirlo, lo inquietó. Conocía demasiado bien a su padre como para interpretar el silencio como respeto. Henri no respetaba las decisiones ajenas cuando le contrariaban; las dejaba enfriarse hasta convertirlas en un problema logístico. Jules imaginaba el movimiento de las piezas: alguna conversación seca con recursos humanos, una nota escueta a la dirección, un almuerzo con alguien de prensa en el que el episodio sería traducido al dialecto de la clase dirigente parisina. No una pelea. Un incidente. No una ruptura. Una inmadurez.

El tercer día, Camille llamó.

No era exactamente amiga de la familia, aunque orbitaba su mundo desde hacía años con la precisión de quienes entienden que en ciertos círculos el afecto y la utilidad forman alianzas largas. Trabajaba como directora de comunicación para un conglomerado cultural que organizaba festivales, patrocinaba exposiciones y contribuía a que la decadencia de lujo siguiera siendo un idioma rentable. Tenía cuarenta y tantos, una inteligencia afilada que no necesitaba exhibirse y la clase de elegancia que no depende de la juventud porque está construida sobre otra materia: la capacidad de hacer sentir a todos los presentes que han llegado dos minutos tarde a una conversación que ella ya domina.

-Jules -dijo, sin preliminares-. Tu padre está siendo insoportable y eso me obliga a hablar contigo antes de que empeore la situación.

Jules, sentado en el borde de la cama con un café ya frío, miró la pared blanca frente a él.

-Buenos días a ti también.

-Ya es mediodía. ¿Estás vestido?

-A medias.

-Perfecto. Así pensarás mejor. Ven a verme a las cuatro. Rue des Petites-Écuries.
-No necesito mediación diplomática.
-No la necesitas. La vas a recibir.
Camille colgó antes de que pudiera responder.
Jules llegó puntual porque a ciertas personas uno no llega tarde aunque haya decidido odiar el mundo que representan. La oficina ocupaba el segundo piso de un edificio antiguo reformado con el tipo de gusto que pretende no parecer caro precisamente porque lo es mucho: paredes casi desnudas, madera clara, libros elegidos tanto por su lomo como por su contenido, una máquina de café italiana que parecía formar parte de una instalación. Camille estaba sola, sentada frente a una mesa amplia donde convivían un portátil abierto, un cenicero vacío y un dossier de prensa con la imagen de un cantante joven cuya tristeza había sido cuidadosamente diseñada para vender entradas en tres continentes.
-No voy a preguntarte cómo estás -dijo cuando Jules entró-. Es una pregunta inútil cuando alguien acaba de dinamitar su herencia emocional de forma tan previsible.
Jules se dejó caer en la silla de enfrente.
-Siempre es agradable sentirme comprendido.
-Tu problema no es la falta de comprensión. Es el exceso de relato.
Camille le sostuvo la mirada unos segundos, luego se recostó en el respaldo.
-Tu padre cree que volverás en una semana.
-Se equivoca.
-Ya lo sé. Por eso estoy aquí.
Jules entrelazó las manos.
-¿Y tú qué crees?
-Creo que irte era inevitable. También creo que has elegido un mal momento y un peor método. Pero no

vengo a juzgar eso. Vengo a decirte algo más aburrido: si piensas permanecer fuera, necesitas dinero y una narrativa menos autodestructiva que "renuncio al imperio por asco moral".
Jules soltó una risa mínima.
-Qué poético.
-La poesía, cariño, la dejamos para quienes no pagan abogados.
Camille se levantó y sirvió café en dos tazas pequeñas. Le tendió una.
-Henri está enfadado, pero no exactamente por lo que tú crees. No le altera tu gesto ético. Le altera haber perdido control del momento. Si hubieras esperado seis meses, te habría facilitado una salida honorable, un proyecto personal, una residencia en Londres, cualquier cosa suficientemente cara como para parecer independiente.
-Justo eso quería evitar.
-Lo sé. Y en eso, aunque me cueste admitirlo, has sido coherente.
Jules bebió café. Estaba fuerte, casi ofensivamente bueno.
-No pienso volver.
-Correcto. Entonces escucha. En dos semanas hay una fiesta privada después del lanzamiento de la nueva campaña de Nostalgie+. Van a reunir a medio ecosistema: productores, managers, periodistas culturales, plataformas, patrocinadores. Todo el mundo fingiendo que ama la música mientras negocia qué recuerdo se puede vender mejor este trimestre.
-Ya siento el deseo de cortarme las venas.
Camille ignoró la frase.
-Quiero que vayas.
-No.
-Sí. Y quiero que observes.
Jules frunció el ceño.

-¿Como espía? Qué melodrama.
-Como alguien que aún no entiende del todo la maquinaria que desprecia. Has crecido cerca de ella, pero siempre desde el ángulo del hijo. Eso no cuenta. Para criticar un sistema hay que saber cómo se cuenta a sí mismo cuando cree que nadie lo escucha.
Jules iba a contestar algo brillante y desdeñoso, pero Camille siguió hablando antes.
-La nostalgia es el negocio más estable de la industria cultural contemporánea -dijo-. No porque la gente sea estúpida, sino porque está cansada. El futuro ya no se vende bien. Da miedo, exige imaginación, huele a deuda y a clima. En cambio el pasado tiene dos ventajas comerciales perfectas: ya ha sobrevivido y puede simplificarse. Un recuerdo no necesita ser verdad; solo necesita resultar habitable.
Jules dejó la taza sobre la mesa.
-Eso ha sonado casi a conferencia.
-Lo pensé anoche. Llevo horas esperando una oportunidad razonable para decirlo.
Él la miró y por un instante vio, no a la profesional impecable, sino a una mujer cansada de ser brillante en salas donde la brillantez solo interesa si puede patrocinarse.
-¿Por qué me ayudas? -preguntó.
Camille tardó apenas un segundo.
-Porque tu padre se parece demasiado a hombres que me han explicado el mundo toda la vida. Y porque tú, con todos tus defectos, aún no has decidido qué clase de cínico vas a ser. Esa indecisión me produce ternura intelectual.
Jules sonrió a su pesar.
-Eso es lo más bonito que me han dicho este mes.
-Lo sé.
La invitación llegó dos días después en forma de correo impecable: lanzamiento inmersivo, conversación

cultural, celebración privada, experiencia sensorial en torno a la memoria musical compartida. Ninguna frase mencionaba dinero. Todas olían a él.
Esa misma noche, en Montreuil, Jules enseñó el móvil a los otros tres mientras Arthur afinaba la guitarra y Mehdi intentaba revivir una caja de ritmos que había dejado de responder a los golpes pero no a la humillación.
-Lucas va a vomitar encima de ese texto -dijo Mehdi después de leerlo.
-Lucas ya está vomitando por dentro -contestó Arthur.
Lucas levantó la vista.
-"Memoria musical compartida". Lo dicen como si nuestros padres no hubieran oído canciones mientras les recortaban derechos laborales.
Jules guardó el móvil.
-Camille quiere que vaya y escuche.
-¿Escuche qué? -preguntó Lucas-. ¿Cómo convierten una canción de divorcio en una activación de marca?
Arthur apoyó la guitarra contra el amplificador.
-Tiene razón en una cosa. Conviene saber cómo hablan cuando no están fingiendo ser artistas.
-No dejan de fingir nunca -dijo Lucas.
-Sí -respondió Arthur-. Pero cambian de máscara.
Mehdi consiguió que la caja de ritmos emitiera un pitido moribundo, se dio por satisfecho y se volvió hacia Jules.
-¿Y vas a ir vestido de heredero arrepentido o de periodista indigente? Hay matices.
Jules le lanzó una púa.
-Estoy trabajando ese equilibrio.
Arthur sonrió sin apartar la vista de las cuerdas.
-La clave es que parezca que te importa poco y te ha costado mucho lograrlo. Ahí está toda una clase social.
Lucas bufó, pero no discutió.

Ensayaron tres horas. Una canción nueva, todavía sin letra definitiva, empezó con una línea de bajo repetitiva y un teclado discreto que Jules encontró casi por accidente. Arthur la llevó hacia un territorio más lento de lo habitual, menos frontal, como si quisiera demostrarle algo a alguien sin hacer la vulgaridad de explicarlo. En el estribillo entraba un verso provisional, apenas una frase:

No extrañamos el pasado / extrañamos la promesa.

Nadie comentó nada al principio. En ese local, las mejores líneas se trataban con sospecha hasta que sobrevivían a varios ensayos. Pero Jules vio a Lucas girar apenas la cabeza. Mehdi corrigió el ritmo de la estrofa. Arthur siguió. La frase quedó instalada entre ellos como un mueble nuevo en una habitación precaria: aún no sabían si estorbaba o si llevaba años haciendo falta.

En una pausa, mientras compartían una bolsa de patatas blandas y agua tibia, Jules mencionó a Camille.

-¿Qué clase de mujer es? -preguntó Arthur.

-Inteligente. Peligrosa solo si confundes sinceridad con inocencia. Sabe cómo funciona todo y ya no se impresiona por ello.

-Entonces ojalá me caiga mal -dijo Lucas.

-Tiene posibilidades -respondió Jules.

Arthur se limpió las manos en los vaqueros.

-¿Y por qué quiere que mires?

-Porque cree que no entiendo de verdad la máquina a la que llevo años despreciando.

Arthur asintió despacio.

-Eso suele pasar. Mucha gente odia sistemas enteros y en realidad solo odia el lugar que ocupa dentro de ellos.

La frase le cayó a Jules con la familiar incomodidad de las observaciones que no acusan, pero tampoco absuelven.

-¿Crees que ese es mi caso?
-Creo que aún no lo sabes.
Lucas se inclinó hacia delante.
-Y si vas a ese circo, ve con los ojos abiertos. La nostalgia no vende recuerdos. Vende permiso para no cambiar.
Mehdi levantó una mano con la patata a medio camino.
-Eso sí que es una frase de manifiesto.
-No tenemos manifiesto -dijo Arthur.
-Ya tenemos dos -corrigió Mehdi-. En cualquier momento nos vuelven insoportables.
La noche del evento, el espacio elegido era un antiguo almacén reconvertido cerca del canal Saint-Martin. Por fuera, ladrillo, discreción y bicis apoyadas como prueba suplementaria de legitimidad urbana. Por dentro, una ingeniería meticulosa de la emoción. Pantallas semitransparentes proyectaban videoclips envejecidos a propósito. Había vitrinas con casetes, walkmans, entradas de conciertos de los noventa, revistas amarillentas seleccionadas con la misma intención con que un decorador elige cojines: no por su historia, sino por el color de la historia una vez reducida a superficie. Sonaban versiones ralentizadas de éxitos que en su tiempo habían sido vulgares, urgentes o simplemente inmediatos; ahora flotaban en el aire como si hubieran descubierto tarde su derecho a la trascendencia.
Jules se detuvo unos segundos junto a la entrada observando a los asistentes. Reconoció rostros de suplementos culturales, programadores de festivales, agentes, gente del entorno de marcas que patrocinaban "experiencias sonoras", y a ese tipo de hombre cuarentón o cincuentón que llevaba zapatillas caras con traje oscuro para transmitir simultáneamente liquidez y cercanía. También había cantantes jóvenes entrenados para parecer espontáneos, actrices que escuchaban con una atención exacta para ser

fotografiadas de perfil y antiguos músicos reciclados en autoridad nostálgica, vivos porque el recuerdo todavía podía monetizarse.
Camille apareció a su lado con una copa de vino blanco.
-Has venido con cara de seminarista infiltrado -dijo.
-Es mi homenaje al martirio contemporáneo.
-No exageres. Aquí nadie sufre de verdad.
Lo condujo por la sala como quien enseña un museo del que no se siente orgullosa pero conoce demasiado bien las salidas de emergencia.
-Mira alrededor -dijo en voz baja-. Todo esto está pensado para producir una emoción reconocible y de bajo riesgo. La nostalgia rentable funciona así: selecciona del pasado solo aquello que no molesta demasiado al presente.
Señaló una pared donde se proyectaban imágenes granuladas de adolescentes saltando en festivales desaparecidos, manos alzadas, sudor, guitarras, un cielo cualquiera convertido en mito por la compresión del tiempo.
-Fíjate en lo que falta -continuó-. No verás precariedad, ni barro que huela mal, ni malas condiciones técnicas, ni drogas tristes, ni tipos cobrando una miseria por tocar a las tres de la mañana. Todo eso también era el pasado. Pero no se vende bien. Lo que se vende es la sensación de que hubo una época donde sentir algo parecía más simple.
Jules observó a una pareja joven haciéndose fotos frente a un neón que decía *Remember how it felt*. Pensó en Arthur cambiando cuadros eléctricos, en Nadia contando pastillas en una cocina beige, en Lucas afinando como si estuviera defendiendo un territorio, en Mehdi riéndose del desastre para no dejarse aplastar por él. Allí, en cambio, el pasado no estaba hecho de vidas sino de texturas.

-Un decorado de duelo para gente con presupuesto -murmuró.
Camille sonrió apenas.
-Ahora sí suenas útil.
Se acercaron a un pequeño escenario donde iba a comenzar una conversación pública entre una periodista cultural, un ejecutivo de plataforma y una cantante cuya carrera reciente consistía en reinterpretar himnos pop de los 2000 con arreglos minimalistas y una expresión de melancolía bien iluminada. Tomaron asiento al fondo.
La periodista abrió con preguntas sobre memoria colectiva, vínculos generacionales, resignificación del archivo emocional. El ejecutivo habló del poder de las comunidades digitales para reactivar catálogos dormidos. La cantante, inteligente y claramente harta, eligió con cuidado cada palabra para decir algo menos vacío de lo que el formato permitía.
-La gente no vuelve a ciertas canciones porque sí -dijo en un momento-. Vuelve porque necesita encontrar una versión soportable de lo que fue. A veces eso es hermoso. A veces es una forma de no mirar lo que está pasando ahora.
Hubo un aplauso correcto. El ejecutivo sonrió como si le hubieran regalado una divergencia inofensiva.
-Exacto -dijo-. Y por eso es tan importante acompañar esa experiencia con contextos nuevos.
Jules sintió una punzada física de irritación. *Acompañar la experiencia*. Era el idioma que mejor conocía: verbos suaves para operaciones duras, metáforas afectivas para describir mecanismos de extracción.
Después de la charla empezó la parte verdaderamente importante de la noche: no la pública, sino la de los corrillos. Allí se decidían festivales, columnas, playlists prominentes, colaboraciones supuestamente inevitables y entierros discretos. Camille lo dejó un rato

solo. No por crueldad, sino porque sabía que cierta comprensión solo llega cuando uno deja de escuchar a quien ya la posee.
Jules circuló con una copa vacía que no se molestó en rellenar. Escuchó fragmentos:
-...el truco está en reintroducir guitarras sin que parezcan reaccionarias...
-...la generación Z responde bien si lo vintage viene mediado por distancia irónica...
-...hay hambre de verdad, pero una verdad trabajada, accesible...
-...si logramos que la campaña parezca una curaduría y no una operación comercial, tenemos margen...
-...lo bruto ya no vende solo, necesita relato de fragilidad...
Era un bestiario conocido y, sin embargo, esa noche le golpeaba con una nitidez nueva. No porque hubiera descubierto la hipocresía del medio; eso lo sabía desde niño. Lo nuevo era advertir hasta qué punto la industria ya no fabricaba únicamente artistas o productos, sino también marcos emocionales para administrar la decepción colectiva. La nostalgia era rentable porque permitía sentir sin comprometerse con ninguna transformación. El pasado editado servía como refugio de alquiler.
Fue cerca del final cuando vio a su padre.
Henri estaba junto a una instalación de carátulas antiguas convertidas en panel decorativo, hablando con un grupo de hombres y dos mujeres a quienes Jules había visto mil veces en otras combinaciones: un programador de radio, una responsable de adquisiciones, un productor que llevaba tres décadas sobreviviendo a todas las modas gracias al don de detectar dónde estaría el dinero antes que el prestigio. Henri llevaba un traje azul oscuro impecable. Reía con

esa contención medida que en él equivalía a una exhibición de poder.
No lo había visto aún. Jules tuvo tiempo de observarlo con una distancia casi clínica. Le sorprendió la facilidad con que su padre pertenecía a cualquier sala. Era una cualidad que de niño había confundido con inteligencia absoluta; de adulto empezaba a reconocer como disciplina social llevada al arte. Henri no estaba allí para disfrutar. Estaba allí para comprobar jerarquías, repartir promesas, detectar fisuras, recordar a los demás que aún era una figura a la que convenía tener cerca.
Camille apareció a su lado sin hacer ruido.
-Si te vas ahora, creerá que has venido a provocarlo -dijo.
-Si me quedo, pensará lo mismo.
-Pensará lo que le convenga. Tú decide en qué tono quieres existirle.
Antes de que Jules respondiera, Henri alzó la vista y lo vio.
No hubo sorpresa visible. Solo una pausa infinitesimal, una corrección del gesto. Se excusó del grupo con una elegancia de bisturí y se acercó.
-No esperaba encontrarte aquí -dijo.
-Yo sí te esperaba a ti.
Henri miró alrededor un segundo.
-Camille, por supuesto.
-He invitado a media ciudad -respondió ella-. No dramatices tu centralidad.
Henri no se molestó en contestarle. Sus ojos volvieron a Jules.
-¿Has venido a estudiar al enemigo?
-He venido a recordar por qué me fui.
-Un evento de marca parece un lugar extraño para encontrar convicciones.

Jules sintió la vieja corriente entre ambos, ese modo en que cada frase podía convertirse en un combate si ninguno cedía el derecho a definir la realidad.
-Al menos aquí no fingen que el negocio no existe.
Henri ladeó apenas la cabeza.
-Te sorprendería la cantidad de gente que sí lo finge. Incluidos tus nuevos amigos, imagino.
Camille bebió un sorbo de vino y dijo, casi alegre:
-Ah, ya entramos en la parte interesante.
Jules ignoró el comentario.
-No son mis nuevos amigos. Son músicos.
Henri dejó escapar una sonrisa fatigada.
-Todos son músicos hasta que tienen que pagar el alquiler.
Jules abrió la boca, pero se detuvo. En otra época habría entrado de lleno al choque, insultado la cinismo paterno, convertido la escena en un pequeño escándalo moral. Esa noche, sin embargo, el lugar entero lo ayudaba a entender algo distinto: Henri no necesitaba razón en abstracto. Le bastaba con haber sobrevivido tanto tiempo dentro de la maquinaria que cualquier otra forma de relación con la música le parecía una etapa, no una alternativa.
-¿Sabes qué es lo peor? -dijo Jules al cabo-. Que a veces hablas como si el fracaso económico invalidara cualquier verdad estética.
Henri no se alteró.
-Y tú hablas como si la verdad estética pagara hospitales.
La frase hizo su trabajo. Jules pensó en Nadia sin haberla visto más que una vez descrita en palabras, pensó en Arthur contando horas de trabajo, pensó en todos los cuerpos concretos que el discurso romántico suele usar como decorado mientras otros siguen cobrando.
Henri vio el efecto y lo aprovechó con exactitud.

-El mundo que desprecias existe también porque hay gente que no puede permitirse tu pureza -dijo-. La nostalgia vende, sí. ¿Sabes por qué? Porque la incertidumbre agota. Porque una madre que vuelve cansada del trabajo quizá no quiere una revolución sonora, sino tres minutos de algo que le recuerde que alguna vez la vida parecía prometer otra cosa. Tú llamas a eso manipulación. Yo lo llamo entender a la gente.
Camille lo miró con un interés frío. Jules, por primera vez en mucho tiempo, no sintió solo rabia sino la incomodidad de reconocer una verdad parcial en labios de la persona menos soportable para decirla.
-No es eso lo que hacéis y lo sabes -replicó-. No acompañáis consuelo; explotáis desgaste. Convertís la memoria en un servicio de suscripción.
Henri dio un paso más cerca.
-Y tú conviertes tu culpa en identidad. Es menos rentable, pero igual de narcisista.
Camille intervino entonces, suave y afilada:
-Henri, si querías reconciliarte con tu hijo, has elegido un método muy francés.
-No quiero reconciliarme esta noche -dijo él, sin apartar la mirada de Jules-. Quiero saber cuánto tardará en descubrir que la industria no se destruye desde un local de ensayo.
Jules sostuvo el golpe.
-Yo quiero saber cuánto tardarás en descubrir que una canción no mejora porque un algoritmo confirme su familiaridad.
Durante un segundo, Henri pareció cansado de verdad. No teatralmente cansado. Viejo, casi. Como si hubiera oído tantas veces la promesa de una música salvada que ya no supiera distinguir entre convicción y mitología juvenil.

-Lo descubriré el día en que una de esas canciones cambie algo fuera de la pequeña sala donde nace -dijo.
Se dio media vuelta con una economía perfecta y regresó a su grupo.
Camille apoyó la copa en una mesa cercana.
-No ha ganado -dijo.
-Tampoco yo.
-No era una pelea para ganar. Era una radiografía.
Jules notó que tenía las manos frías.
-¿Y el diagnóstico?
Camille tardó en responder.
-Que ambos se parecen más de lo que os conviene admitir. Los dos creéis que la música todavía significa algo importante. Solo habéis elegido dioses distintos para sacrificarla.
Salió del evento antes del final. Caminó sin prisa junto al canal, atravesando zonas donde París parece una ciudad a punto de explicarse y nunca termina de hacerlo. El aire nocturno olía a agua estancada, diésel, pan tardío, colillas húmedas. Pasó frente a terrazas donde gente hermosa seguía hablando de proyectos con el tono de quienes aún creen que todo futuro puede organizarse por agenda. En los cristales de algunos bares se reflejaba una versión de sí mismo que no acababa de pertenecer a ninguna escena: demasiado bien vestido para cierta miseria, demasiado desalineado para cierta obediencia.
No llamó a nadie hasta llegar a un puente pequeño desde el que se veía el canal como una vena negra bajo las luces.
Arthur contestó al tercer tono.
-¿Te has muerto de aburrimiento? -preguntó.
-He sobrevivido. Por poco.
-Entonces cuéntalo bien.
Jules apoyó los codos en la barandilla y miró el agua.
-Tenías razón. Cambian de máscara, no de oficio.

Hubo un silencio breve al otro lado.
-¿Viste a tu padre?
-Sí.
-¿Y?
-Juraría que me insultó con argumentos mejores de lo habitual. Es descorazonador.
Arthur soltó una risa baja.
-Eso pasa cuando alguien conoce bien tus puntos débiles.
Jules relató la noche: la estética del recuerdo, las frases escuchadas al pasar, la charla pública, la discusión con Henri. No adornó demasiado. Arthur lo interrumpió solo una vez, para pedirle que repitiera una formulación del ejecutivo sobre la "verdad trabajada, accesible", y después se quedó callado tanto rato que Jules pensó que se había cortado la llamada.
-¿Sigues ahí?
-Sí. Estoy pensando.
-¿En qué?
-En que tu padre dijo algo cierto.
Jules cerró los ojos un segundo.
-Detesto que hagas eso.
-Lo sé. Pero da igual. La nostalgia también puede ser refugio real para la gente. El problema empieza cuando solo te dejan refugiarte, nunca salir.
Jules pensó en la frase mientras un autobús cruzaba al fondo como una pecera luminosa.
-Quizá toda la industria funciona así -dijo-. Te vende emociones ya masticadas para que no tengas que arriesgarte a sentir algo que te cambie.
-A veces la gente no quiere cambiar. A veces quiere llegar al viernes.
-No sé si eso me consuela o me deprime.
-Depende del viernes.
Jules sonrió, casi sin darse cuenta.
-Quiero escribir algo sobre esto.

-¿Una columna?
-No. Una canción. O una letra. No sé. Algo que no suene como un ensayo disfrazado.
Al otro lado Arthur respiró hondo.
-Ven mañana antes del ensayo. Tengo una idea.
Arthur llegó tarde al piso esa noche y encontró a Nadia dormida en el sillón, la televisión encendida sin volumen. En la pantalla, un concurso repetía canciones antiguas ante un público que aplaudía por reconocimiento más que por entusiasmo. Había una tristeza particular en esos programas: no la del recuerdo mismo, sino la del recuerdo gestionado, servido en porciones amables, convertido en rutina doméstica.
Arthur se agachó para taparla con una manta. Nadia abrió los ojos enseguida.
-Has vuelto.
-Por ahora sí.
Miró la pantalla.
-¿Otra vez esto?
-Lo dan todas las noches -dijo ella, incorporándose despacio-. La gente canta mejor cuando ya no espera nada.
Arthur apagó el televisor y fue a servirse agua. La cocina estaba más fría que el resto del piso. En la mesa había un sobre de hospital sin abrir.
-¿Qué es eso?
-Nada que mejore por leerlo a medianoche.
Arthur lo tomó igual. Era una cita adelantada para nuevas pruebas, con un lenguaje administrativo tan pulcro que resultaba obsceno. Nadia lo observó sin dramatismo.
-No pongas esa cara.
-¿Qué cara?
-La de quien cree que si mira los papeles con suficiente rabia cambiarán de contenido.

Arthur dejó el sobre.
-Hemos ensayado una canción nueva.
-¿Buena?
-Todavía no. Pero podría.
Nadia asintió como si hablara de un niño difícil.
-Esas son las importantes.
Arthur se sentó frente a ella.
-Hoy Jules fue a una fiesta de ricos de la música.
-¿Y ha sobrevivido?
-Parece que sí. Viene mañana. Quiere escribir sobre la nostalgia.
Nadia apoyó la cabeza en el respaldo.
-La nostalgia está bien mientras no intentes vivir dentro.
Arthur la miró.
-Tú nunca hablas con frases de taza, pero a veces te salen.
-Años de limpieza ajena. Una aprende a resumir.
Hubo un silencio cómodo, hecho de cansancio compartido.
-¿Te acuerdas de las canciones que ponías cuando yo era niño? -preguntó Arthur.
-Sí.
-¿Las escuchas por nostalgia?
Nadia pensó un rato.
-No. Las escucho porque siguen sabiendo algo de mí que yo a veces olvido.
Arthur bajó la vista a sus manos.
-Quizá eso sea nostalgia.
-No. La nostalgia te dice que antes estabas mejor. La memoria solo te recuerda que ya has sido otras versiones de ti y no todas merecen perderse.
La frase se quedó en la cocina como una luz pequeña pero suficiente.
Al día siguiente, Jules llegó al local media hora antes de lo habitual. Arthur estaba solo, sentado en el suelo

con la guitarra desenchufada y una libreta abierta sobre la rodilla. Llovía fuera con esa persistencia gris que vuelve aún más claustrofóbicos los espacios de ensayo.
-Tu idea más te vale ser buena -dijo Jules dejando la mochila.
-No lo es. Pero quizá sirve.
Arthur le tendió la libreta. Había tres líneas escritas con su letra irregular:
No extrañamos el pasado
extrañamos la promesa
la versión de nosotros que aún no debía explicarse
Jules leyó en silencio. No era perfecto. Precisamente por eso estaba vivo.
-Es demasiado bueno para decirlo así de tranquilo -murmuró.
Arthur se encogió de hombros.
-Por eso te llamé. Tú eres especialista en complicar cosas útiles.
Jules se sentó frente a él en el suelo. Sacó un bolígrafo.
-No quiero que suene superior. Ni resentido. Ni como si estuviéramos por encima de la gente que necesita refugiarse en canciones viejas.
Arthur asintió.
-Porque nosotros también lo hacemos.
-Claro.
Se quedaron trabajando sobre versos sueltos mientras fuera la lluvia insistía contra la chapa del edificio. No escribían como dos autores románticos iluminados por la miseria; escribían como escribe la gente cuando no puede permitirse grandilocuencia: probando, tachando, volviendo, dejando que una frase se sostenga si aguanta la vergüenza de ser dicha en voz alta.
Cuando Lucas y Mehdi llegaron, los encontraron discutiendo una palabra.

-"Promesa" es buena -decía Jules-. "Consuelo" es peor, pero quizá más honesta.
-"Consuelo" mata el ritmo -replicó Arthur.
Lucas dejó el bajo en el sofá y los miró.
-Parecéis una pareja que intenta nombrar al hijo.
-Mehdi dejó caer una bolsa de panecillos.
-Si el hijo sale con ese nivel de pretensión, habrá que quererlo de lejos.
Pero luego leyó la libreta, se sentó sin hacer chistes y dijo:
-"La versión de nosotros que aún no debía explicarse" se queda.
Nadie discutió.
Ensayaron la canción durante horas. La letra fue encontrando huecos entre los golpes secos de Mehdi, el bajo insistente de Lucas y una progresión de teclado que Jules tocaba con una delicadeza que a ratos rozaba el pudor. Arthur moduló la voz, menos rota que en otras canciones, como si el tema exigiera no tanto rabia como una forma de lucidez cansada.
En algún momento, sin que nadie lo anunciara, supieron que ya no estaban solo probando una idea sobre la nostalgia. Estaban tocando algo más incómodo: la distancia entre lo que a una generación le prometieron y la vida concreta que había recibido a cambio. No un pasado glorioso. Una deuda emocional.
Al terminar, el local quedó en silencio salvo por el zumbido viejo de un amplificador.
Mehdi fue el primero en hablar.
-Odio admitirlo, pero esto tiene algo.
Lucas seguía mirando al suelo.
-Sí.
Jules sintió esa extraña mezcla de alivio y peligro que traen las cosas cuando empiezan a ser reales.
Arthur dejó la guitarra.
-Se llama "Industria de la nostalgia" -dijo.

Lucas alzó la cabeza de golpe.
-Eso no es un título. Es una tesis.
-Entonces mejor -contestó Arthur.
Mehdi soltó una carcajada.
-Nos van a odiar los periodistas y a citar los peores.
Jules miró a Arthur. Arthur lo miró a él. No había triunfo ahí, ni épica, ni promesa de futuro. Solo la intuición compartida de haber encontrado una forma que todavía no estaba domesticada del todo.
Afuera seguía lloviendo.
Adentro, entre espuma despegada, cables heridos y un teclado que fallaba cuando quería, Les Restes acababan de escribir su primera canción que no sonaba solo a rabia.
Sonaba a diagnóstico.
Y, en aquella época, diagnosticar bien una herida ya era una forma modesta y feroz de no dejarse vender del todo.

Capítulo 3. Lo que la crítica no puede oír

Hay silencios que no son ausencia, sino acumulación. Se forman cuando alguien decide no decir algo tantas veces que el no-decir empieza a ocupar espacio físico: en los pliegues de una conversación, en la pausa antes de contestar el teléfono, en la manera en que una persona mira hacia abajo al cruzar una calle que conoce demasiado bien. Les Restes no habían elegido aún un silencio de esos. Pero después de "Industria de la nostalgia", empezaron a sospechar que estaban construyendo uno.
La canción circuló primero de forma casi involuntaria. Arthur la grabó con su teléfono durante un ensayo, sin mezclar, sin pretensión, con el zumbido del

amplificador de fondo y una tos de Mehdi al final de la toma. La subió a una plataforma independiente porque sí, porque existía y porque a veces lo único que se puede hacer con algo que existe es dejarlo donde otros puedan tropezar con él. No esperaban nada. Esperar algo habría requerido una relación con el futuro que ninguno de los cuatro estaba en condiciones de mantener.

Una semana después, tenía tres mil reproducciones. Dos semanas después, una periodista de un medio digital especializado envió un correo a la banda. No a una oficina de prensa: no la tenían. Al correo genérico de la plataforma, donde Arthur había dejado una dirección que revisaba cada tres días con el entusiasmo de quien paga recibos.

Arthur leyó el mensaje en voz alta, sentado en el suelo del local de ensayo, con las piernas cruzadas sobre una alfombra que olía a cerveza derramada y polvo de pedal.

Quiere hacer una entrevista -dijo-. Dice que la canción "interrumpe cómodamente el ciclo de la nostalgia comercial".

Lucas estaba afinando el bajo, sin levantar la vista.

-Cualquiera que use "interrumpe cómodamente" en una frase no entiende lo que está escuchando.

-Quizá no -respondió Jules-. Pero tampoco está del todo equivocada.

Mehdi, recostado contra la pila de amplificadores, jugaba con una caja de cerillas vacía.

-¿Y qué proponemos? ¿Sentarnos a explicarle a una desconocida que no somos lo que ella cree que somos?

-Proponemos -dijo Arthur, guardando el teléfono con una calma que a él mismo le sorprendió- que venga al local. Que escuche lo que hacemos en el lugar donde

lo hacemos. Si después quiere escribir lo que sea, al menos tendrá mugre de verdad bajo las uñas.
La periodista se llamaba Salomé Varga. Tenía treinta y dos años, una trayectoria dispersa entre medios musicales que cerraban, revistas culturales que se convertían en newsletters y podcasts que nunca terminaban de arrancar. Llegó a Montreul con un abrigo verde oscuro, una grabadora que parecía más cara que su propio ordenador portátil, y la clase de atención nerviosa que desarrollan quienes han aprendido a entrevistar siempre con una pregunta de reserva, por si la conversación se desvía hacia territorios donde no saben nadar.
Jules la recibió en la puerta del edificio porque había apostado con Mehdi que la periodista no aparecería, y perder una apuesta con Mehdi implicaba escuchar durante semanas una anotación cronometrada de tu fracaso predictivo.
-Salomé -dijo ella, tendiendo la mano con una firmeza educada.
-Jules. Subimos por la escalera. El ascensor murió en 2019 y nadie ha tenido el coraje de enterrarlo.
El local olía esa tarde a café rancio, a plástico caliente y a algo indefinible que Lucas atribuía a "la humedad existencial del suburbio parisino". Los demás estaban dispersos en sus posiciones habituales: Arthur sentado en el suelo con la guitarra en el regazo, Mehdi fingiendo reparar un pedal que funcionaba, Lucas de pie junto a la ventana, mirando hacia la calle con la espalda a la puerta.
Salomé miró alrededor con una profesionalidad que no lograba disimular del todo su desconcierto. Había estado en estudios profesionales, en salas de prensa, en backstages organizados por equipos de producción. Nunca en un espacio donde los cables del suelo constituían un auténtico riesgo de salud pública.

¿Empezamos? -preguntó, encendiendo la grabadora.
Empezamos -dijo Arthur-. Pero con una condición. No nos preguntes por nuestras influencias. Es la única pregunta que nos haría parecer más tontos de lo que ya somos.
Salomé sonrió, una sonrisa real que duró menos de lo que ella habría deseado.
-Vale. Entonces empezaré por la pregunta que debería haber hecho antes: ¿por qué "Industria de la nostalgia" suena diferente de lo que su título promete?
Jules intercambió una mirada con Arthur. Era una buena pregunta. No brillante, pero sólida. El tipo de pregunta que indica que alguien ha escuchado de verdad.
-Porque no es un ataque -dijo Arthur despacio-. O al menos no queríamos que lo fuera. La gente que ataca la nostalgia desde la superioridad moral suele sonar como gente que nunca ha necesitado refugiarse en nada.
-¿Y ustedes sí?
-Todos nos refugiamos en algo -intervino Lucas, sin girarse-. La diferencia es si te dejan salir después.
Salomé anotó algo en una libreta pequeña.
-En la canción hay una línea que me detiene cada vez: "la versión de nosotros que aún no debía explicarse". ¿A quién se dirigen con eso?
-A nadie en particular -dijo Jules-. A nosotros mismos. A nuestros padres. A la gente que creció con una promesa de futuro que nadie se molestó en retirar cuando dejó de estar disponible.
Salomé levantó la vista de la libreta.
-Eso suena político.
-Suena político. No es un programa. No tenemos el derecho de hablar en nombre de una generación entera.
Arthur rasgueó una vez, distraído.

-Además -dijo-, la política que cabe en una canción de tres minutos suele ser una política muy pobre. Preferimos que nos falte a que nos sobre.
Salomé asintió y siguió preguntando. Sobre la formación de la banda, sobre Montreul, sobre el local, sobre las dificultades económicas que no necesitaba mencionar porque se veían en cada detalle del espacio. Hablaba con la fluidez de quien ha hecho esto muchas veces, pero había algo en su manera de escuchar — una inclinación física hacia adelante, una pausa antes de anotar — que sugería algo más que rutina profesional.
Cuando terminó, guardó la grabadora y miró a los cuatro con una expresión que no supo disimular.
-Van a odiar este artículo -dijo Lucas.
-¿Por qué lo dice?
-Porque no somos lo suficientemente heroicos para el formato. No somos pobres con dignidad cinematográfica. No somos hijos de ricos arrepentidos con epifania moral. Somos cuatro tipos en un local mugriento que a veces sabemos lo que hacemos y a veces no.
Salomé se quedó callada un momento.
-Tiene razón. Eso es exactamente lo que hace difícil escribir sobre ustedes. No encajan en los moldes que tengo disponibles.
-Entonces invente otros -dijo Mehdi, por primera vez con algo parecido a seriedad.
-Inventar moldes es más caro de lo que parece. Los medios prefieren cuentas que ya funcionan.
Se despidió con una tarjeta que nadie pidió pero todos aceptaron. El artículo apareció diez días después, en un medio de alcance moderado pero respetado dentro del ecosistema musical francés. Llevaba el título que Jules habría predicho si alguien le hubiera preguntado: "Les Restes: la banda que quiere rescatar la

autenticidad del pop francés". El subtítulo era peor: "Cuatro músicos de la periferia parisina apuestan por la honestidad emocional frente a la maquinaria de la nostalgia".

Jules lo leyó tres veces en su piso de République, cada vez con una mezcla diferente de reconocimiento y náusea.

-Nos han convertido en alegoría -dijo por teléfono a Arthur.

-Eso es lo que hacen los medios. No es culpa de Salomé.

-No es culpa de nadie. Eso es lo que me jode.

La consecuencia inmediata del artículo no fue la fama, que hubiera sido demasiado cómica para la situación. Fue algo más insidioso: el interés de quienes habían estado esperando exactamente esa alegoría. Empezaron a llegar correos a la dirección genérica de la banda. Propuestas de festivales pequeños que querían "apostar por lo local". Mensajes de managers independientes con plantillas que alternaban palabras como "proyecto", "camino" y "acompañamiento". Una invitación a participar en un ciclo de "voces emergentes contra la industria" patrocinado por una marca de cerveza artesanal.

Arthur los leía todos porque era el que más temprano se levantaba, una costumbre heredada de los turnos de limpieza que no había logrado abandonar. Los clasificaba en tres categorías mentales: los que podían servir, los que podían dañar, y los que no merecían la energía de ser rechazados.

Un correo en particular le detuvo. Provenía de un sello discográfico independiente con nombre de proyecto abandonado: Microfictions. El remitente era alguien llamado Étienne Morel, director artístico, que decía haber escuchado la canción "en un contexto que no debería haberla favorecido" — una referencia vaga que

Arthur interpretó como borracho, enfermo o ambas cosas — y quería "conversar sin compromiso, porque lo único que prometo es que no prometo nada". Arthur respondió porque la frase le pareció honesta en su cinismo contenido. Quedaron en un café del décimo arrondissement, una zona que Arthur evitaba porque le olía a gentrificación de segunda generación, la que ya no se avergüenza de ser lo que es.

Étienne tenía cuarenta y ocho años, una calvicie que había dejado de combatir, y la postura encorvada de quien ha pasado décadas inclinado sobre mesas de mezcla o sobre problemas que no le correspondían resolver. Se presentó sin tarjeta, sin dosier, sin el aparato ritual de la industria que Arthur había aprendido a reconocer.

-No vengo a ofrecerte nada -dijo, antes de que Arthur pidiera café-. Vengo a ver si merece la pena que alguien ofrezca algo.

-¿Y usted decide eso?

-Decido si mi opinión vale la pena de ser transmitida a gente que sí tiene capacidad de ofrecer. Es un cargo menor pero no despreciable.

Arthur pidió un café solo. Étienne pidió agua.

-He escuchado lo que tienes en la plataforma. Es bueno. No lo suficiente para justificar un contrato, pero sí para justificar una conversación. Lo que me interesa no es la canción en sí. Es lo que sugiere que podría venir después.

-No tenemos nada después. Tenemos media docena de ideas y una que ha salido bien.

-Perfecto. Eso es mejor que tener un álbum acabado y aburrido.

La conversación duró cuarenta minutos. Étienne habló poco de sí mismo y mucho de sellos que habían fracasado, de artistas que habían elegido mal entre la integridad y la carrera, de la diferencia entre "no querer

éxito" y "no querer las formas que el éxito exige". No prometió nada. Pero dejó caer, al despedirse, que Microfictions estaba buscando "algo que no supiera cómo pedir".
Arthur relató el encuentro a los demás esa noche, en el piso de Lucas porque tenía el salón más grande y la nevera más vacía.
-¿Confíamos? -preguntó Mehdi.
-No -dijo Arthur-. Pero eso no significa que no le escuchemos.
La segunda persona que apareció fue, en cierto modo, menos esperada. Camille llamó a Jules una tarde de lluvia, con el tono de quien no llama para conversar sino para transmitir información que no quiere poseer.
-Hay alguien que quiere conoceros. No os represento en esto. No represento a nadie. Solo paso un mensaje porque me lo pidieron de forma que no podía rechazar sin ser descortés.
-¿Quién?
-Sofia Vilar. Comisaria de exposiciones, anteriormente directora de programación en un centro de arte contemporáneo que ahora dirige otro centro de arte contemporáneo con más presupuesto y menos público. Está montando algo sobre "prácticas sonoras y memoria urbana" y quiere incluir a bandas que "operen fuera de los circuitos comerciales establecidos".
Jules reconoció el lenguaje. Era el dialecto de la legitimación cultural: verbos que sonaban a acción pero describían estados, adjetivos que evaluaban posiciones sin comprometerse con contenidos.
-¿Por qué nosotros?
-Porque le envié yo vuestra canción. Y porque necesita credibilidad periférica que no tenga que construir desde cero.
-Gracias por la transparencia brutal.

-No me las des. No estoy siendo transparente, estoy siendo eficiente. Sofia es lista, está bien conectada, y su proyecto le interesa de verdad. Pero no confundas interés genuino con ausencia de ego. Quiere que su exposición diga algo que ella no puede decir ella sola.
Jules aceptó el encuentro porque Camille rara vez recomendaba algo sin haber calculado al menos tres escenarios posibles. La cita fue en un espacio que aún no existía: un local en proceso de reconversión cerca de la estación de Lyon, donde Sofia estaba construyendo lo que llamaba "un archivo vivo de la escena musical alternativa parisina". Las paredes eran todavía de obra gris. Había altavoces suspendidos del techo sin conectar, y pilas de cajas con documentación de exposiciones anteriores que nadie había abierto.
Sofia tenía cincuenta y tres años, una melena gris que llevaba suelta con una naturalidad que requería mantenimiento constante, y una manera de hablar pausada que obligaba a quien la escuchaba a ralentizar su propio ritmo. Recibió a los cuatro juntos porque Jules había insistido en que no representaban nada si no estaban todos presentes.
-No vengo a ofreceros exposición -dijo, sentada en una caja de cartón que funcionaba como provisional silla-. Vengo a proponer colaboración. Mi proyecto no es sobre ustedes. Es sobre el espacio donde ustedes existen, que es diferente.
-¿Y cuál es ese espacio? -preguntó Lucas, con la cautela de quien ha aprendido que "espacio" es una palabra que suele preceder a la abstracción.
-El de quienes hacen música sin que la industria les haya asignado un lugar. No rebeldes. No víctimas. Simplemente invisibles para los mecanismos de visibilización.
Mehdi soltó una risa breve.

-Somos visibles ahora. Tenemos un artículo y tres mil reproducciones.
-Tres mil reproducciones son invisibilidad con excepción -respondió Sofia, sin molestarse-. Lo que me interesa es documentar cómo ustedes existen cuando nadie está mirando. El ensayo, la conversación, el error. Lo que no se puede archivar pero que constituye la mayor parte de la práctica musical.
Arthur escuchaba con una atención que no lograba disimular su desconfianza.
-¿Y qué gana usted con eso?
-La posibilidad de mostrar algo que las exposiciones suelen ocultar: el proceso. Las instituciones culturales venden resultados. Yo quiero vender duda, ensayo, tiempo malgastado. Ustedes son, en este momento, una buena metonimia para eso.
Jules sintió el peso de la palabra. Metonimia. Era exactamente lo que temían ser, exactamente lo que no querían ser. Y sin embargo, la propuesta de Sofia contenía algo que los otros ofrecimientos no tenían: un reconocimiento explícito de la instrumentalización, como si nombrarla la transformara en algo negociable.
Hablaron una hora más. No llegaron a acuerdo, pero acordaron seguir hablando. Salieron al exterior con el crepúsculo encima, ese momento parisino donde la luz parece dudar entre el día y la noche con una indecisión que los residentes han aprendido a leer como melancolía.
-¿Qué coño es una metonimia? -preguntó Mehdi.
-Una parte que representa el todo -dijo Jules-. Ella quiere que seamos la parte visible de algo más grande que no se muestra.
-Suena a carga -dijo Lucas.
-Suena a carga -confirmó Arthur-. Pero al menos es una carga que nos nombran antes de imponernos.

La tercera aparición fue la que nadie había previsto, porque no llegó en forma de propuesta sino de consecuencia. Un viernes de mediados de noviembre, Jules recibió una llamada de un número desconocido. La voz al otro lado era joven, forzada en su seriedad, con el acento de quien ha aprendido el francais estándar en la periferia y lo aplica con rigor defensivo.
-¿Es usted Jules Ferrier? Hablo de parte de la revista *Tonal*. Nos interesaría que escribiera una columna mensual sobre música contemporánea. La propuesta surge del interés por su posición crítica respecto a la industria.
Jules no supo qué responder porque no entendía la pregunta que se le ocultaba debajo de la oferta. No era una pregunta sobre su capacidad de escribir. Era una pregunta sobre su capacidad de ser dos cosas a la vez: el que critica y el que es criticado, el que está dentro y el que está fuera, el que conoce la maquinaria por herencia y la rechaza por elección.
-No soy periodista -dijo, como si eso resolviera algo.
-No buscamos un periodista. Buscamos una voz.
Colgó sin aceptar ni rechazar, y llamó a Camille porque era la única persona que conocía que entendía estas cosas sin creer en ellas.
Ella atendió con el sonido de tráfico de fondo, probablemente en algún coche que la llevaba de una reunión a otra.
-Lo esperable -dijo, cuando Jules terminó de explicar-. Quieren utilizarte como antivirus contra su propio sistema. Un Ferrier que escribe contra la industria es publicidad que no parece publicidad. Te dan credibilidad que no han tenido que construir, y tú les das diferenciación que no has tenido que ganar.
-¿Debería rechazar?
-Deberías entender que rechazar también es una forma de ser utilizado. El Ferrier que rechaza la plataforma se

convierte en noticia menor: "Hijo de Henri Ferrier mantiene coherencia". También les sirve.
Jules apretó el teléfono con más fuerza de la necesaria.
-Entonces no hay salida.
-Hay una salida, pero no es heroica. Acepta, escribe lo que creas, y acepta que el lugar desde donde escribes está contaminado desde antes de que nacieras. No es justo. Es solo verdad.
Colgó con esa frase suspendida, que Jules reconoció como la forma que tenía Camille de mostrar afecto: dando algo difícil de digerir, en porciones exactas.
La columna apareció dos meses después, cuando Jules finalmente aceptó con la condición de que llevara su nombre completo, sin pseudónimo protector, sin distancia irónica. Se titulaba "La autenticidad como género", y comenzaba con una observación que había anotado en el puente del canal Saint-Martin la noche del evento de Nostalgie+:
La industria musical ha aprendido a vender no solo canciones sino la apariencia de no estar vendiendo. El artista "auténtico" es ahora un producto de lujo, más costoso de producir que el artista fabricado porque requiere una historia creíble de resistencia. Lo paradójico es que esta autenticidad de mercado funciona mejor cuanto más se acerca a la autenticidad real, lo que obliga a la industria a una tarea de apropiación cada vez más fina: no simular lo auténtico, sino detectarlo, comprarlo, y distribuirlo antes de que su creador entienda lo que posee.
El artículo generó más respuesta de la que Jules esperaba. Algunos lectores lo interpretaron como confesión, otros como traición, otros como cinismo disfrazado de lucidez. Henri no llamó, pero Jules supo que lo había leído porque Camille le envió una foto de su escritorio donde el número de la revista aparecía doblado en una esquina, con marcas de subrayado que

ella describió como "agresivas pero contenidas, como su propietario".

Lo que Jules no esperaba era la carta. Llegó a su piso en un sobre blanco, sin remite, con la letra temblorosa de quien escribe poco o escribe con dificultad. Era de una mujer que no nombraba, que decía haber trabajado treinta años en una fábrica de discos en los suburbios de Lyon, que había perdido el empleo cuando la digitalización convirtió su oficio en obsoleto. Decía que su hijo había enviado el artículo porque "ella aún leía cosas que no eran redes sociales", y quería decirle algo que tal vez ya sabía pero que merecía ser dicho desde otro lugar:

Usted escribe como quien conoce la máquina por dentro, pero la máquina que yo conocía era diferente. No era de ejecutivos ni de algoritmos. Era de gente que llegaba a las seis de la mañana con los dedos helados, que manejaba vinilo caliente, que sabía reconocer un defecto de prensado solo por el sonido. La nostalgia de la que usted habla no es la misma que la mía. La mía no es consumible porque no se puede vender. No hay canción que la contenga. Solo hay cuerpos que la recuerdan sin poder nombrarla.

Jules leyó la carta varias veces. La guardó en un cajón de la mesa de la cocina, junto a las tazas sin fregar y las revistas musicales que seguía sin leer sin irritarse, aunque ahora por razones diferentes. La carta no le había enseñado nada nuevo sobre la industria. Pero le había mostrado algo sobre la crítica: que escribir desde la posición de quien ve la máquina completa podía impedir ver las partes que la máquina no lograba asimilar. Que había experiencias de la música que escapaban tanto a la venta como a la denuncia de la venta.

Llamó a Arthur esa noche, tarde, cuando ya no era razonable llamar.

-Quiero que escribamos algo juntos. No una canción. Algo que no pueda ser ni vendido ni celebrado como denuncia. Algo que solo funcione en el espacio donde lo hacemos.
Arthur tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz tenía la textura de quien no ha dormido lo suficiente pero ha encontrado algo que merecía la vigilia.
-¿Sabes qué es lo que la crítica no puede oír?
-¿Qué?
-El ensayo. El momento donde todavía no sabes si funciona. La repetición que no es perseverancia ni derrota, solo persistencia sin nombre.
Jules cerró los ojos.
-Entonces escribamos para eso. Para el momento sin nombre.
Al día siguiente, en el local de Montreul, intentaron algo nuevo. No era una canción, no era un poema, no era un manifiesto. Era un texto hablado sobre música instrumental, una voz que entraba y salía sin narrar nada, que nombraba lo que ocurría en la sala mientras ocurría: la humedad, el zumbido, el error de Mehdi, la tos de Lucas, la pausa que Arthur dejaba más larga de lo previsto. Lo grabaron una vez, sin editar, y no lo publicaron. No porque fueran puristas, sino porque intuían que funcionaba solo en su fragilidad presente, que cualquier reproducción lo convertiría en otra cosa.
Salomé, la periodista, lo escuchó semanas después porque Arthur se lo mostró sin previo aviso, en su portátil, en un café ruidoso. Ella no supo qué decir. No porque no entendiera, sino porque entendía que aquello había sido construido precisamente para resistir la forma en que ella sabía reaccionar.
-Esto no puedo escribirlo -dijo finalmente.
-Lo sabemos -respondió Arthur-. Por eso te lo mostramos.

Salomé sonrió, una sonrisa diferente de la primera, menos profesional, más triste quizá.
-Entonces ¿qué hago con él?
-Nada. O quédate con la sensación de no poder hacer nada. Eso también es escucha.
Se quedaron un rato en silencio, mientras el café se enfriaba y el ruido del local seguía indiferente. Salomé guardó la grabadora, que no había encendido. Arthur cerró el portátil. No habían intercambiado promesas, no habían establecido alianzas, no habían producido nada que el mundo pudiera reconocer como producto. Pero algo había cambiado en la textura de su relación, la misma textura que Jules había aprendido a reconocer: la de una decisión que no transforma la vida de inmediato, pero altera el modo en que el tiempo pesa entre una llamada y otra, entre lo que se dice y lo que se deja de decir.

Capítulo 4. Dinero viejo, ruido nuevo

El dinero nuevo hace ruido cuando entra en una habitación. No siempre porque llegue en grandes cantidades, sino porque necesita anunciarse para justificar su presencia. El dinero viejo, en cambio, suele moverse con una discreción casi ofensiva. No pide permiso, no se explica, no se nombra a sí mismo como poder porque lleva tanto tiempo ocupándolo que ha aprendido a parecer paisaje. Jules conocía esa diferencia desde antes de tener palabras para describirla. La había visto en los silencios de sobremesa, en los relojes heredados que nadie comentaba, en la manera en que ciertos apellidos no

abrían puertas de forma visible sino que evitaban que estuvieran cerradas.
Durante años había creído que salir de ese mundo consistía en alejarse físicamente de sus lugares: dejar la casa familiar, no acudir a ciertas cenas, rechazar llamadas que comenzaban con una cordialidad demasiado medida. Más tarde descubrió que el dinero viejo no necesita proximidad para ejercer influencia. Puede actuar por delegación, por memoria, por anticipación. La gente te trata no solo por lo que eres, sino por lo que intuye que te respalda aunque tú lo niegues. A veces, sobre todo en Francia, basta con un apellido pronunciado con la entonación correcta.
Eso fue lo que empezó a pasarle a Les Restes después de la columna de Jules. No de manera espectacular. Nadie llegó al local con un contrato bajo el brazo ni apareció una campaña de fotos improvisada en una azotea de Belleville para convertirlos en símbolo de nada. Fue más sutil, y por eso mismo más difícil de discutir sin parecer paranoico. Ciertas respuestas llegaban más rápido. Ciertos correos recibían una segunda lectura. Ciertos intermediarios que antes se habrían limitado a ignorarlos ahora aceptaban escuchar una maqueta, visitar un ensayo, tomar un café.
No era solo por la música. Arthur lo entendió antes que nadie, quizá porque era el que menos interés tenía en la sociología del asunto y por eso mismo la veía con una crudeza sin adornos.
-No están respondiendo a la banda -dijo una noche, leyendo desde el teléfono en el suelo del local-. Están respondiendo a una historia donde nosotros salimos con subtítulos.
Lucas seguía de pie junto a la ventana, como si la ventana fuera una función y no un objeto.
-Todos responden a subtítulos. Nadie tiene tiempo para leer el texto entero.

Mehdi golpeaba con una baqueta el borde de una silla, una costumbre que irritaba a cualquiera que estuviera cerca y que él mantenía precisamente por eso.
-El problema no es que nos lean mal -dijo-. El problema es que nos lean útil.
Jules no respondió enseguida. Desde la carta de la mujer de Lyon, algo en su manera de intervenir había cambiado. Seguía siendo el más verbal de los cuatro, el más rápido para detectar el lenguaje falso y desmontarlo antes de que terminara de asentarse en la conversación. Pero ahora lo hacía con una reserva nueva, como si desconfiara también de su propia facilidad para nombrar. Había comprendido que la lucidez puede convertirse en un modo elegante de no arriesgar nada.
-Eso siempre ha pasado -dijo al fin-. La pregunta es si esta vez podemos usar esa utilidad sin dejar que nos vacíe.
La ocasión para comprobarlo llegó por una vía que ninguno habría elegido pero que todos reconocieron como inevitable. Camille escribió a Jules un mensaje de tres líneas, sin saludo ni contexto innecesario:
Tu padre quiere veros tocar.
No en público.
Antes de decidir si os ignora o si os incorpora.
Jules leyó el mensaje dos veces y no contestó durante una hora. Luego fue al local y lo leyó en voz alta. Arthur dejó la guitarra en el suelo con más cuidado del habitual. Lucas soltó una risa seca, de esas que no contienen humor sino confirmación. Mehdi levantó las cejas con un interés casi antropológico.
-Qué detalle -dijo-. Nos ofrece la cortesía de existir como amenaza antes de existir como oportunidad.
-No ha ofrecido nada -respondió Jules.
-No, claro. Eso es lo elegante. Solo quiere mirar.

Mirar. En el mundo de Henri Ferrier, mirar nunca había sido un gesto inocente. Mirar era clasificar, medir, decidir si algo pertenecía al ámbito de lo anecdótico o al de lo aprovechable. Jules recordaba a su padre escuchando demos en el despacho de la casa, no como escucha quien busca placer o incluso sorpresa, sino como escucha quien evalúa materiales. Había en él una disciplina antigua del gusto, una convicción casi religiosa de que distinguir era una forma de poder más refinada que poseer. Poseer venía después.
-¿Y si no vamos? -preguntó Lucas.
Jules guardó el teléfono.
-Si no vamos, vendrá de otra manera. O mandará a alguien. O decidirá sin escucharnos, que probablemente es peor.
Arthur se frotó la cara, cansado.
-Entonces vamos. Pero vamos sabiendo lo que es.
Lo que era, resultó, no se parecía del todo a lo que esperaban. La cita no fue en una oficina ni en una sala de conciertos privada ni en uno de esos restaurantes donde la gente con dinero habla de riesgo artístico delante de vinos imposibles. Fue en una casa de las afueras, hacia el oeste, donde la ciudad empieza a convertirse en otra cosa sin dejar de pertenecer a la misma geografía moral. Una casa amplia, reformada con esa clase de lujo que se presenta como sobriedad cultivada: piedra clara, madera mate, lámparas que parecían elegidas para no reclamar atención. Nada gritaba riqueza. Todo la confirmaba.
Camille los recibió en la entrada. Llevaba un jersey negro, vaqueros oscuros y la expresión de quien ya ha calculado el desgaste emocional de las próximas dos horas.
-He intentado desaconsejar esto -dijo mientras les quitaba los abrigos-. No por protegeros, sino por higiene general. Pero Henri cree que aún sabe

escuchar signos del tiempo. Cuando se pone así, prefiere comprobarlo por sí mismo.
-Qué tranquilizador -murmuró Mehdi.
Camille le sostuvo la mirada con un amago de sonrisa.
-No os confundáis: yo estoy aquí como amortiguador, no como aliada neutral. Si esto se tuerce, intentaré que se tuerza en cámara lenta.
Henri estaba en un salón alargado, de pie junto a una biblioteca que no parecía decorativa porque, a diferencia de otras bibliotecas de casas ricas, presentaba señales de uso real: lomos fatigados, papeles marcando páginas, alguna edición barata infiltrada entre volúmenes caros. Vestía sin ostentación, como siempre. En él la sobriedad había dejado de ser una elección estética para convertirse en una segunda piel social. Los saludó uno a uno sin efusividad y sin frialdad excesiva, concediendo a cada nombre la atención exacta que permite recordar que ha sido oído.
-Arthur. Lucas. Mehdi. Jules.
-Henri -dijo Jules, sin añadir nada.
En una esquina del salón había dos amplificadores pequeños que alguien había llevado esa tarde, una batería reducida, sillas apartadas para hacer espacio. El conjunto tenía algo absurdo: el esfuerzo de trasladar un fragmento de Montreul a un interior donde ninguna pared había conocido la humedad ni el descascarillado. Arthur lo advirtió enseguida.
-Si tocamos aquí, va a sonar demasiado limpio.
Henri se sentó.
-Todo suena distinto fuera de su contexto. Esa es justamente la razón para escucharlo aquí.
-No -dijo Lucas, antes de que nadie más hablara-. Esa es la razón por la que aquí va a decirle otra cosa.
Henri lo miró con un interés que no era exactamente respeto, pero se le parecía en la superficie.
-Entonces considérelo parte del experimento.

Jules sabía que Lucas detestaba la palabra. Experimento era como llamaban ciertas personas a los riesgos que corrían otros. Pero ya habían llegado hasta allí, con instrumentos prestados y orgullo mal disimulado, y no había manera de retroceder sin convertir la retirada en otra escena administrable por Henri.

Tocaron cuatro piezas. No solo "Industria de la nostalgia", que Henri ya conocía por la columna, por el artículo y por toda la circulación indirecta con la que la música llega a quienes están demasiado arriba para encontrarla por accidente. Tocaron también una composición nueva de Arthur, aún sin título, construida sobre una progresión que parecía resistirse a resolverse; una pieza más seca de Lucas y Mehdi, casi rítmica en su negativa a complacer; y por último el texto hablado que no habían publicado, ese intento de fijar el ensayo sin convertirlo en producto. Jules había dudado en llevarlo allí. Precisamente por eso Arthur insistió.

-Si va a mirar, que mire donde no hay traducción.

Henri escuchó sin interrumpir. No cerró los ojos, no asintió al ritmo, no realizó ninguno de esos gestos de consumo cultural que algunas personas usan para demostrar que están sintiendo algo. Permaneció inmóvil, con las manos juntas, como si atendiera a una exposición oral de la que dependiera una inversión menor pero instructiva.

Cuando terminaron, el silencio fue largo. Lo bastante largo para que Mehdi empezara a tensar la mandíbula. Lo bastante largo para que Jules recordara de golpe cenas antiguas, evaluaciones escolares, conciertos juveniles donde su padre había tardado exactamente ese tiempo en destruir algo sin alzar la voz.

Henri habló al fin.

-Lo más interesante no es lo que hacéis cuando sabéis adónde vais -dijo-. Es lo que hacéis cuando todavía no lo sabéis y decidís no fingir que sí.
Arthur no esperaba esa frase. Se notó en la forma en que alzó la vista.
-No sé si eso es un elogio.
-No lo es. Tampoco una crítica. Es un diagnóstico provisional.
-Mejor provisional que definitivo -dijo Jules.
Henri no le respondió a él, sino al conjunto.
-Tenéis un problema de posición. Y también una ventaja de posición. De momento parecéis creer que la segunda cancela el primero o que el primero ennoblece la segunda. Ninguna de las dos cosas es cierta.
-Me encanta cuando la gente con patrimonio llama "posición" a lo que otros llaman asfixia -dijo Lucas.
Camille giró apenas la cabeza, como quien detecta una vibración previsible.
Henri aceptó el golpe sin dramatizarlo.
-La asfixia existe. Precisamente por eso importa quién puede permitirse convertirla en estética y quién no. Vosotros estáis en un punto incómodo: bastante cerca de la precariedad como para conocerla, bastante cerca del capital simbólico como para ser absorbibles.
-Absorbibles -repitió Mehdi-. Qué palabra tan bonita para "comprables".
-No he dicho comprables. He dicho absorbibles. No es lo mismo. A veces resulta más barato canonizar algo que comprarlo.
Eso, pensó Jules, sí era lenguaje de familia. No por lo que decía, sino por la serenidad con que reducía un conflicto moral a una operación de clasificación. Y sin embargo había verdad ahí, una verdad desagradable precisamente porque su padre la formulaba sin pedir absolución.
-¿Y qué quiere? -preguntó Arthur.

Henri se tomó unos segundos.
-Quiero saber si estáis dispuestos a entender la maquinaria antes de dejaros definir por ella. Hay personas interesadas en vosotros. Algunas porque creen escuchar algo real. Otras porque creen que lo real aún se puede empaquetar. La diferencia entre unas y otras importa menos de lo que os gustaría.
-¿Habla en nombre de alguien? -preguntó Jules.
-Hablo en nombre de mi experiencia, que a veces otros alquilan porque les resulta útil.
Camille exhaló, casi imperceptiblemente. Conocía esa formulación. Era la manera que tenía Henri de admitir influencia sin concretar responsabilidades.
La conversación pasó después a un terreno más práctico, que en ciertas familias y en ciertas industrias es donde los afectos se vuelven menos hipócritas. Henri no ofreció dinero directo. Eso habría sido vulgar y, además, estratégicamente torpe. Ofreció algo más ambivalente: acceso. Un abogado para revisar contratos si llegaban. Contactos de dos personas "todavía razonables" dentro de sellos que no habían sido completamente devorados por sus propios departamentos de marketing. La posibilidad de usar, un par de fines de semana, un estudio vacío en las afueras que pertenecía a un amigo suyo y que llevaba meses sin actividad.
Arthur miró a los demás. El estudio importaba. Importaba de una manera material, inmediata. No como símbolo, no como dilema abstracto, sino como acústica, tiempo, micrófonos, la posibilidad de grabar sin vigilar el reloj ni la paciencia del vecino del piso superior. Lucas fue el primero en verbalizar el problema.
-Si aceptamos, ya hay relato -dijo-. Hijito de la industria rescata a su banda de la mugre con el capital paterno bien modulado.

-No sería capital paterno -dijo Henri-. Sería infraestructura prestada.
-Eres increíble -murmuró Jules.
-No, Jules. Solo soy preciso. Lo que tú haces con la precisión ya es asunto tuyo.
Camille intervino antes de que la frase se endureciera más.
-La precisión también puede ser una manera de ocultar violencia. Pero en este caso no está equivocado en lo esencial. Tenéis que decidir si confundís origen con uso. No todo recurso heredado exige obediencia. Aunque casi todos dejan marca.
Mehdi se dejó caer en la silla más cercana.
-Me fascina este nivel de sofisticación moral aplicado a algo tan básico como grabar unas canciones.
-Es que nunca es básico -dijo Arthur.
Y tenía razón. Nada era básico una vez que el dinero aparecía, sobre todo si no lo hacía como billete sino como posibilidad. El dinero viejo no compra solo cosas: compra tiempo, margen de error, segundas versiones, enfermedades menos caras, transporte menos humillante, decisiones que no tienen que tomarse con el alquiler respirando en la nuca. Quien ha crecido sin eso a veces desarrolla una ética de la pureza porque es lo único que le queda cuando no puede elegir las condiciones. Quien ha crecido con eso corre el riesgo inverso: creer que toda elección es matizable porque nunca ha conocido de verdad lo irreversible.
Al salir de la casa, ya de noche, no tomaron el tren enseguida. Caminaron hasta una avenida mal iluminada donde los coches pasaban con una indiferencia muy distinta a la del centro de París. Hacía frío. Lucas encendió un cigarrillo y se quedó mirando la brasa con más concentración de la necesaria.
-No quiero deberle nada -dijo.

-No le debemos nada todavía -respondió Jules.
-Eso no funciona así y lo sabes.
Arthur llevaba las manos en los bolsillos, los hombros hundidos.
-Yo sí quiero el estudio -dijo-. Lo quiero porque quiero escuchar qué pasa con las canciones cuando no estamos peleando contra el espacio. No por él. No por tu padre. Por nosotros.
-Mehdi -dijo Jules-. ¿Tú?
Mehdi tardó un poco.
-Creo que la pureza es un lujo raro. A veces de ricos, a veces de mártires. Y no me interesa ser ninguna de las dos cosas. Pero también creo que hay favores que cambian la forma en que te oyes a ti mismo. Si entramos ahí, tiene que ser sabiendo que vamos a sonar distinto antes de grabar una sola nota.
Jules no dijo nada. Pensaba en su madre, en las maneras diversas de administrar la dependencia, en el tipo de deuda que no se contabiliza porque se presenta como gesto natural entre personas con lazos previos. Pensaba también, con una incomodidad que no podía teatralizar delante de los otros, que el estudio había existido para él siempre como una posibilidad remota, parte de ese mundo al que había tratado de renunciar sin destruirlo del todo. Para Arthur, en cambio, la posibilidad era nueva en un sentido absoluto. No podía pedirle que tratara ese acceso con el mismo desprecio fatigado con que él había aprendido a mirar ciertos privilegios.
La decisión fue pospuesta, que es otra forma de decidir cuando nadie quiere asumir todavía el costo verbal de una elección. Pero el asunto no desapareció. Al contrario: se desplazó a cada ensayo, a cada conversación lateral, a cada silencio. Era como si la banda hubiera adquirido una quinta presencia, hecha

de infraestructura hipotética y conflicto de clase mal digerido.
En medio de eso, Étienne Morel reapareció. Citó a Arthur y a Jules en un bar pequeño cerca de Oberkampf, con mesas demasiado juntas y una iluminación pensada para que todo el mundo pareciera más interesante y más cansado de lo que era. Llegó tarde cinco minutos, lo bastante para ser humano pero no lo suficiente para parecer descortés.
-He oído que os están mirando personas antiguas -dijo, después de pedir un vaso de vino que no tocó enseguida.
Jules alzó una ceja.
-La velocidad con que circulan ciertas informaciones debería estudiarse.
-Se estudia todos los días. Se llama escena.
Arthur fue directo.
-¿Qué quiere decir con antiguas?
Étienne sonrió apenas.
-Gente que cree que aún puede distinguir entre intuición y tendencia. A veces pueden. A veces solo están protegiendo la narrativa de que todavía sirven para algo.
-¿Y usted en cuál de los dos grupos está? -preguntó Jules.
-En el de los que ya no pueden fingir que hay tanta diferencia.
No hizo falta mencionar a Henri. Lo importante no era el nombre, sino el movimiento. Étienne había percibido que Les Restes empezaban a entrar en esa zona donde distintos tipos de capital -económico, cultural, generacional- detectan un objeto aún inestable y tratan de acercarse a él antes de que tome forma propia.
-Os lo digo por experiencia -continuó-. El peor momento para una banda no es cuando nadie la escucha. Es cuando empiezan a escucharla por

razones incompatibles entre sí. Ahí cada gesto se vuelve traducción. Si aceptáis ayuda, dirán que estabais esperando entrar. Si no la aceptáis, os convertirán en prueba de incorruptibilidad y os venderán igual, pero más caro.
-Gracias por el optimismo -dijo Arthur.
-No os hablo para deprimirnos. Os hablo porque quizá aún podéis elegir el tipo de mala interpretación que preferís.
Ese lenguaje, pensó Jules, era deprimente precisamente porque era útil. Nadie con un mínimo de experiencia en cultura prometía inocencia. Como mucho, una administración menos torpe del compromiso.
Étienne les propuso algo concreto. No un contrato. Una sesión de prueba de dos días en un estudio modesto pero serio que Microfictions usaba de vez en cuando para artistas que aún no sabía si le interesaban lo suficiente como para invertir más. Sin cesión de derechos, sin obligación posterior, sin promesa de lanzamiento. Solo tiempo grabado y mezcla básica de dos temas, para ver qué ocurría cuando la banda se enfrentaba a una escucha técnica real.
-Eso sí os lo puedo ofrecer yo -dijo-. No prestado por una genealogía, sino por presupuesto pequeño y capricho medido.
Arthur miró a Jules. Había una diferencia evidente entre ambas ofertas, aunque quizá no tan absoluta como a todos les habría gustado. Una provenía del pasado personal de Jules. La otra de la lógica profesional de un sello. Ninguna era neutral. Pero la neutralidad, para entonces, ya había dejado de ser un criterio operativo.
Aceptaron la prueba con Étienne primero, quizá porque era más fácil comprometerse con una intermediación impersonal que con el peso delicado de una deuda familiar. El estudio estaba en Pantin, en una nave

rehabilitada donde convivían productoras pequeñas, talleres de escenografía y una empresa de impresión textil que saturaba el pasillo con olor a tinta. No había lujo. Había competencia técnica, café malo y un ingeniero de sonido llamado Naël que llevaba años aprendiendo a distinguir el miedo de los músicos del ruido de sus amplificadores.

Naël tenía treinta y pocos, manos pequeñas y una paciencia casi ofensiva. Los escuchó ensayar una pieza entera antes de mover un solo micrófono. Luego recorrió la sala como quien busca no el mejor sonido, sino la distribución menos mentirosa de las fuerzas.

-El problema no es que toquéis sucio -dijo-. El problema es que a veces vuestra suciedad compite entre sí. Si todo está roto al mismo tiempo, nadie oye dónde se rompe de verdad.

Lucas lo miró con una mezcla de recelo y aprecio involuntario.

-Eso ha sonado insultante y útil.

-Es mi registro profesional.

Trabajaron dos días seguidos. Arthur descubrió que la precisión técnica no mataba necesariamente la fragilidad, aunque sí la obligaba a justificarse de otro modo. Mehdi se volvió más silencioso conforme avanzaban las tomas; cada repetición parecía hacerlo pelear menos con el tempo y más con la idea de permanencia. A Lucas le costó escuchar su bajo aislado: decía que sonar solo era la manera más triste de sonar. Jules, que no tocaba en todas las piezas pero orbitaba el proceso como observador implicado, tomó notas por impulso y luego se obligó a dejar de hacerlo. Había momentos que si se escribían demasiado pronto se endurecían antes de haber sido comprendidos.

La gran discusión no llegó por una cuestión artística obvia, sino por una toma de voz. Querían registrar otra versión del texto hablado, más nítida que la

improvisada en Montreul pero no domesticada. Naël sugirió separar la voz y reconstruir el ambiente después. Arthur se negó. Decía que el texto solo tenía sentido si respiraba el mismo aire que los instrumentos, si la indecisión de una frase contaminaba el tiempo de una nota.

-Entonces habrá errores -dijo Naël.

-Claro -respondió Arthur-. El asunto es cuáles.

La frase quedó flotando en la cabina como una definición no intencionada de todo el proyecto. No evitar el error. Elegir su régimen.

Salieron del estudio con dos mezclas provisionales y un agotamiento muy específico, distinto al del ensayo. Era el cansancio de haberse escuchado con herramientas más finas de las que estaban acostumbrados a tolerar. Étienne los llamó esa misma noche.

-Ahora ya sé algo que antes solo sospechaba -dijo-. No sois una idea con una canción buena. Sois una banda con problemas reales. Eso es mejor.

-Qué romántico -dijo Mehdi, desde el altavoz del teléfono.

-Lo romántico sería que esos problemas os salvaran. Yo solo digo que os dan forma.

Sin embargo, la prueba con Microfictions no resolvió la cuestión del estudio ofrecido por Henri. La complicó. Porque ahora existía una comparación posible. Habían probado lo que un entorno técnico serio podía hacer por ellos y también lo que podía exigirles. El estudio de las afueras, según descubrieron por Camille, era mayor, mejor equipado y temporalmente disponible durante tres días completos por la cancelación de una producción. Tres días así podían adelantar meses de trabajo o arruinar una dirección antes de que supieran defenderla.

Camille citó a Jules sola, en un café del Boulevard Beaumarchais donde las mesas eran demasiado pequeñas para conversaciones familiares importantes. Llegó con veinte minutos de retraso y sin disculparse, lo que en ella equivalía a admitir que la jornada estaba siendo peor de lo previsto.
-Henri no va a insistir más de una vez -dijo apenas sentarse-. Si decís que no, será no. Si decís que sí, no os pedirá nada explícito a cambio. Lo explícito le parece vulgar.
-Lo implícito sale más caro.
-Siempre has sido más rápido que prudente.
Jules apoyó las manos alrededor de la taza sin beber.
-No sé cuál de las dos respuestas es más honesta con ellos.
Camille entendió enseguida que "ellos" no era la banda y no era la familia por separado, sino el punto imposible donde ambas cosas empezaban a tocarse.
-La honestidad está sobrevalorada cuando se usa como sustituto de análisis -dijo-. La pregunta no es qué te hace sentir más limpio. La pregunta es qué condiciones produce cada decisión y si podéis vivir con ellas sin convertiros en vuestros propios comentaristas.
Jules sonrió, cansado.
-Hablas como si llevaras años explicándome cosas que no quiero entender.
-Llevo años haciéndolo.
Hubo una pausa.
-Tu padre no quiere compraros -continuó Camille-. Quiere comprobar si todavía sabe reconocer algo antes de que tenga precio. Eso no es más noble, solo más complejo. Y sí: también hay ego. Mucho. Pero no solamente.

Jules miró hacia la calle. Una pareja discutía sin elevar demasiado la voz, como si incluso el conflicto en ese barrio tuviera que conservar cierta compostura.
-¿Y tú qué harías?
Camille no respondió enseguida.
-Yo aceptaría el estudio y rechazaría cualquier relato de gratitud. Haría el trabajo, usaría el tiempo, dejaría constancia privada de dónde viene ese tiempo, y no permitiría que se confundiera con bendición. Pero yo llevo demasiado tiempo negociando con estructuras. Vosotros aún podéis permitiros odiarlas un poco más.
La banda decidió aceptar. No por unanimidad entusiasta, sino por convergencia fatigada. Habían descubierto que a veces las decisiones importantes no se toman en un momento de convicción, sino en el punto exacto donde la resistencia abstracta empieza a parecerse demasiado al autosabotaje. Pusieron condiciones mínimas: no habría visitas durante la grabación, no habría escucha de material sin su consentimiento, no habría posteriores cenas de evaluación convertidas en favor familiar. Camille transmitió las condiciones con una sobriedad que ya contenía ironía.
-El concepto de límites impresiona mucho más cuando viene de personas sin departamento legal -les dijo.
El estudio estaba en Saint-Cloud, escondido detrás de un portón anodino y un jardín demasiado cuidado para parecer casual. Dentro, sin embargo, la lógica cambiaba. Era un espacio de trabajo real, no un salón de prestigio. Cabina amplia, sala viva de techos altos, consola analógica conservada con un amor que rozaba la superstición, pianos cubiertos, estanterías con cintas etiquetadas en caligrafías de décadas distintas. El técnico de guardia, un hombre llamado Bernard que llevaba allí desde antes de que varios formatos

murieran, los trató con la indiferencia profesional más tranquilizadora que podían haber recibido.
-No me importa quién os manda -dijo mientras ajustaba niveles-. Me importa si afináis antes de discutir.
Arthur, por primera vez en días, sonrió sin esfuerzo.
Trabajaron tres jornadas casi completas. El espacio les cambió el cuerpo antes que el sonido. Lucas tocaba más quieto. Mehdi escuchaba el rebote de la sala como si fuera una quinta extremidad. Arthur se permitió probar variaciones que en Montreul se habrían perdido entre zumbidos y urgencias. Jules volvió a leer el texto hablado, esta vez menos como intervención crítica y más como superficie porosa, dejando que ciertas palabras quedaran a mitad de camino entre la voz y el ruido.
Hubo un momento, en la tarde del segundo día, en que todo pareció alinearse sin solemnidad. Estaban repitiendo una pieza nueva, todavía sin nombre, construida sobre un patrón irregular de batería y una progresión que Lucas describía como "ansiedad con estructura". En la tercera toma, Arthur dejó caer dos compases que solía llenar; Mehdi no los cubrió; Jules entró tarde con una frase que no estaba escrita; y el silencio resultante -esa abertura mínima, esa retirada colectiva- reorganizó el resto de la pieza. Bernard no dijo nada por el intercomunicador. Solo levantó un pulgar y siguió grabando.
Después, nadie celebró gran cosa. En las bandas, como en ciertas familias, el pudor suele aparecer justo cuando algo sale bien. Pero todos supieron que habían encontrado un borde nuevo. No éxito. No resolución. Solo un punto de apoyo menos falso.
Henri no apareció en ningún momento. Tampoco llamó al terminar. Cumplió su parte del pacto con una disciplina que Jules no esperaba agradecer pero

agradeció. Fue Camille quien escribió esa noche, casi de madrugada:
Mi padre pregunta solo una cosa: si habéis encontrado algo que no hubierais encontrado sin la sala.
Le he dicho que esa no es una pregunta inocente.
Aun así, contestadla solo entre vosotros.
La respondieron al día siguiente, en Montreul, rodeados otra vez por el olor viejo del local, por la alfombra cansada, por el amplificador que zumbaba incluso cuando parecía apagado. El contraste era casi violento. Y sin embargo, al tocar allí de nuevo, descubrieron que algo del estudio había regresado con ellos de forma menos corrupta de lo temido. No la pulcritud. No la grandiosidad. Más bien una relación distinta con el espacio vacío, una tolerancia nueva hacia lo que no necesitaba ser llenado.
-Sí encontramos algo -dijo Arthur.
-Pero no era suyo -añadió Lucas.
-No -dijo Jules-. Era nuestro en condiciones que no eran nuestras.
Mehdi se encogió de hombros.
-Bueno. Bienvenidos a la modernidad.
Aquella noche no tomaron ninguna decisión sobre sellos, exposiciones ni columnas futuras. Se limitaron a tocar durante horas, a veces concentrados, a veces dispersos, dejando que el cansancio hiciera su trabajo extraño de selección. Afuera llovía con una persistencia fina, sin drama. Adentro, el tiempo sonaba distinto. No mejor. Más consciente de sus préstamos.
Jules pensó, sin decirlo, que quizá eso era crecer dentro del ruido nuevo sin negar el dinero viejo: aprender a detectar qué parte de una herramienta intenta poseerte y qué parte solo amplifica lo que ya estaba en proceso. No había pureza en esa operación. Apenas método, cuidado y una vigilancia que agotaba. Pero también había otra cosa, menos noble y más útil:

la posibilidad de no entregarles gratuitamente el sentido de lo que hacían.
En algún momento de la madrugada, Arthur dejó la guitarra y se quedó mirando el suelo como si esperara encontrar allí una frase ya usada por otro. Luego habló sin levantar la cabeza.
-El problema no es de dónde viene el dinero.
Los otros esperaron.
-El problema es cuándo empieza a sonar dentro de la música.
Nadie respondió enseguida porque, como ocurría a veces, la frase ya venía con su propia resonancia.
Afuera siguió lloviendo. Dentro, el amplificador volvió a zumbar en ese tono bajo que Lucas llamaba "la nota nacional del fracaso técnico". Y durante unos segundos, antes de reanudar el ensayo, los cuatro escucharon precisamente eso: el punto incierto donde la ayuda, la deuda, la técnica, la memoria y la ambición todavía no formaban un discurso, pero ya estaban aprendiendo a compartir el mismo cuarto.

Capítulo 5. Firmado y sellado
Los papeles siempre llegan después de las intuiciones, pero a veces consiguen reescribirlas.
Durante unas semanas, Les Restes vivió en ese intervalo ambiguo donde todavía era posible fingir que nada esencial había cambiado. Seguían ensayando en Montreul, seguían discutiendo por detalles que a ratos parecían musicales y a ratos eran otra cosa con amplificadores alrededor, seguían saliendo del local con el cuerpo oliendo a humedad, metal caliente y tabaco ajeno. Pero ahora existían dos mezclas circulando en teléfonos que no controlaban del todo,

una memoria reciente de estudio serio, y una pequeña vibración nueva en la manera en que algunas personas pronunciaban el nombre de la banda. No era reconocimiento. Era peor y más útil: expectativa.
La expectativa modifica antes el trato que la realidad. Hace que la gente llegue puntual a reuniones que antes habría cancelado. Hace que ciertos correos incorporen fórmulas de cortesía menos mecánicas. Hace que aparezcan frases como *hay interés* o *se está moviendo algo* dichas por personas que han construido su vida alrededor de no nombrar nunca con precisión qué se mueve ni en beneficio de quién.
Étienne Morel fue el primero en convertir esa vibración en lenguaje administrativo.
Los citó a los cuatro en la oficina de Microfictions una tarde de lluvia espesa. El edificio seguía siendo el mismo: una segunda planta sin grandeza, con pasillos demasiado estrechos para la importancia simbólica que algunos trataban de proyectar allí dentro. Había carteles de giras pasadas, estanterías con vinilos colocados para parecer memoria orgánica y no estrategia de marca, una cafetera que expulsaba un olor tostado ligeramente triste. Jules pensó, al entrar, que casi todos los espacios culturales de clase media aspiracional compartían la misma estética de precariedad controlada: lo bastante desgastados para resultar creíbles, lo bastante ordenados para que el desgaste no amenazara nunca la rentabilidad.
Étienne no les ofreció café. Eso, en él, equivalía a una forma de respeto.
-Tengo una propuesta concreta -dijo, sentándose sin ceremonia y abriendo una carpeta gris-. No es espectacular. Precisamente por eso puede ser útil.
Arthur se inclinó hacia delante. Lucas permaneció de pie, apoyado en una pared como si toda silla contuviera una trampa. Mehdi cogió un bolígrafo de la

mesa sin pedir permiso y empezó a hacerlo girar entre los dedos. Jules miró la carpeta y sintió una punzada antigua, no exactamente miedo, sino el reconocimiento corporal de una escena que otros en su familia habían habitado demasiadas veces: el momento en que una conversación todavía puede llamarse conversación aunque ya haya empezado a parecerse a un contrato.
Étienne sacó tres hojas grapadas.
-Un acuerdo de desarrollo. Dos canciones grabadas y publicadas por nosotros en digital. Un anticipo pequeño, casi ridículo, que os servirá para cubrir algo de tiempo y transporte sin convertir esto en una épica. Conserváis margen de negociación para un siguiente paso si lo hay. Nosotros nos quedamos una opción preferente durante un periodo limitado. Nada de álbum todavía. Nada de exclusividad total a largo plazo. Quiero ver cómo se comporta la música cuando sale del círculo inmediato sin inflarla antes de tiempo.
-Me gusta cómo en tu boca "no inflarla" suena casi moral -dijo Lucas.
-En mi boca es presupuestario.
-Mejor -murmuró Mehdi-. La moral suele salir más cara.
Arthur cogió las hojas y las pasó enseguida a Jules, no porque Jules fuera necesariamente quien más entendía de contratos, sino porque todos intuían que sabía leer la coreografía que los rodeaba. Jules las revisó en silencio. Había cláusulas previsibles, fórmulas de uso, plazos, porcentajes, lenguaje diseñado para parecer más neutral de lo que era. Nada monstruoso. Nada particularmente generoso. Justamente por eso el documento resultaba más serio que muchos entusiasmos anteriores. La explotación no siempre se presenta con colmillos; a menudo llega con sensatez moderada, plazos razonables y un tipo de redacción

que invita a confundirse y llamar equilibrio a la asimetría.
-No firmaremos hoy -dijo Jules, dejando las hojas sobre la mesa.
Étienne asintió.
-Espero que no. Si firmáis el mismo día, o sois ingenuos o estáis desesperados. Y no me interesáis mucho en ninguno de los dos estados.
Lucas soltó una risa breve.
-Qué manera tan francesa de halagarnos.
-No es un halago. Es selección de riesgo.
Salieron con copias impresas y una fecha tentativa para responder una semana después. Afuera seguía lloviendo. Caminaron varias calles antes de entrar en un bar, más por necesidad de moverse que por destino claro. Era uno de esos sitios donde la luz parece siempre de última hora de la tarde incluso cuando anochece, y donde las mesas pegajosas obligan a una intimidad que nadie ha pedido. Arthur colocó las hojas en medio como si fueran una radiografía.
-No es horrible -dijo.
-No -respondió Jules-. Esa es precisamente la clase de documento que conviene tomarse en serio.
Lucas encendió un cigarrillo bajo el toldo, inclinado hacia la calle.
-¿Y eso qué significa en tu idioma?
-Que no están intentando robarnos de forma estúpida. Están intentando situarnos pronto y barato.
-Me cae bien cuando hablas como heredero arrepentido -dijo Mehdi-. Tiene un filo didáctico.
Jules no respondió. Estaba leyendo de nuevo una cláusula sobre la opción preferente, midiendo no solo lo que decía sino el tipo de futuro que presupone cualquier opción. Un contrato no describe solo un intercambio; fabrica un horizonte, decide de antemano

qué clases de movimiento serán legibles y cuáles pasarán a llamarse incumplimiento.
Arthur señaló una línea con el dedo.
-El dinero es poco.
-El dinero siempre es poco al principio -dijo Lucas.
-No, no digo eso para quejarme. Lo digo porque precisamente por ser poco parece decente. Casi hasta amable.
Mehdi dejó el bolígrafo sobre la mesa.
-El dinero pequeño tiene una ventaja ideológica. Te deja creer que aún no has entrado de verdad.
Nadie discutió la frase. Todos habían conocido ya suficientes versiones de esa lógica: no es tanto, no compromete, solo abre una puerta, ya veremos después. El primer paso rara vez se presenta como destino. Se presenta como prueba de sensatez.
La revisión con abogado ocurrió dos días más tarde, y fue una de esas escenas donde la clase social se manifiesta menos en el dinero que en la familiaridad con los procedimientos. El abogado era uno de los contactos de Henri, como había prometido. Camille hizo la intermediación para evitar que el gesto pareciera una extensión directa de la voluntad paterna. Se llamaba Maître Delmas, tenía el tipo de edad en que algunos hombres consiguen parecer simultáneamente cansados y afilados, y ocupaba un despacho cerca del Parc Monceau donde todo transmitía una pedagogía silenciosa del orden: madera oscura, archivadores invisibles, silencio caro.
Lucas entró con hostilidad preventiva. Mehdi con curiosidad sociológica. Arthur con una mezcla de vergüenza y atención práctica. Jules con esa incomodidad particular que producen los mundos de origen cuando uno ya no pertenece del todo a ellos pero sigue sabiendo dónde están colocados los vasos.

Delmas leyó el contrato con una concentración casi humillante, como si cada coma formara parte de una liturgia privada. Luego levantó la vista.
-No es un mal acuerdo de entrada -dijo-. Lo cual no quiere decir que sea bueno por defecto. Quiere decir que está diseñado por gente que sabe no parecer voraz al principio.
-Qué descanso -murmuró Lucas.
Delmas no sonrió.
-Los problemas principales son tres. El porcentaje digital es negociable. La opción preferente tiene una redacción demasiado elástica. Y la definición de promoción deja espacio para cargar ciertos costes de manera creativa si en algún momento la relación se complica.
Arthur frunció el ceño.
-¿Eso es habitual?
-Sí. También es habitual que una banda descubra tarde qué significaba una palabra que ya había firmado.
Jules se recostó apenas en la silla.
-¿Qué cambiaría?
Delmas enumeró modificaciones con una claridad seca: limitar el plazo de la opción, precisar territorios, separar gastos de promoción ordinaria de inversiones extraordinarias, establecer derecho de aprobación sobre determinadas sincronizaciones, elevar algo el anticipo sin convertir la negociación en teatro. Hablaba como quien no necesita dramatizar el peligro porque su oficio consiste precisamente en administrarlo.
-Me interesa una cosa -dijo Mehdi-. ¿En qué momento todo esto deja de ser prudencia y empieza a parecer desconfianza ofensiva?
Delmas juntó las manos.
-En un contrato serio, nunca. La ofensa empieza cuando alguien espera gratitud por dejar constancia escrita de una asimetría.

Jules pensó que a su padre le habría gustado esa frase y la habría considerado al mismo tiempo levemente exhibicionista. Ese era el problema de ciertas lucideces: nunca llegaban del todo limpias.
A la salida, Lucas se detuvo en la acera y miró el edificio como si acabara de salir de un museo dedicado a una civilización que despreciaba y envidiaba por partes iguales.
-Odio que esto sea útil -dijo.
-Sí -respondió Arthur-. Pero lo es.
La negociación no fue larga, y eso les enseñó otra cosa. Muchas veces no hace falta gritar para descubrir dónde estaba el margen real. Étienne aceptó varias correcciones con rapidez profesional. Rechazó un par con una firmeza que sonó menos personal que estructural. Ajustaron cifras menores. Acotaron el periodo de preferencia. Añadieron una formulación sobre aprobación de usos comerciales que a Lucas le parecía insuficiente y a Delmas le parecía, dadas las circunstancias, un triunfo razonable.
Cuando todo quedó listo para la firma, ocurrió lo que suele ocurrir cuando una decisión ha sido discutida durante demasiado tiempo: el gesto final resultó casi anticlimático. No hubo sensación de conquista. No hubo ceremonia interior. Solo cuatro personas alrededor de una mesa en una oficina templada, sus nombres repetidos en varias páginas, un bolígrafo que pasó de mano en mano, y el sonido leve del papel recibiendo una identidad legal más pesada que la tinta.
Arthur firmó primero, con una rapidez que parecía una forma de no pensarlo demasiado. Mehdi leyó una última vez la página final antes de escribir su nombre con caligrafía inesperadamente limpia. Lucas sostuvo el bolígrafo unos segundos más que los otros, no por duda jurídica sino por resistencia simbólica, como si retrasar medio minuto pudiera conservar algo que ya

se había movido. Jules firmó al final y sintió, al trazar el apellido, esa antigua incomodidad de saberse acompañado por genealogías que no caben en ninguna cláusula y sin embargo condicionan muchas. Étienne recogió las copias.
-Bien -dijo-. Ahora empieza la parte menos literaria y más decisiva.
-¿La promoción? -preguntó Arthur.
-No. La paciencia.
Durante los días siguientes, la firma no produjo euforia sino una forma peculiar de vigilancia. Todos empezaron a escuchar las mismas canciones como si ya no les pertenecieran de manera idéntica. El simple hecho de que dos temas hubieran sido elegidos para salir al mundo transformaba el resto del material en periferia provisional. "Industria de la nostalgia" era uno de ellos, casi inevitablemente. El otro fue la pieza surgida en Saint-Cloud durante aquel silencio compartido del segundo día. La titularon **"Sala prestada"**, y el nombre les incomodó a todos justo lo suficiente como para conservarlo.
La preparación de los lanzamientos introdujo un tipo de trabajo que ninguno respetaba del todo pero que todos tuvieron que aprender a tolerar. Biografías cortas. Fotografías. Descripciones para plataformas. Un texto de presentación para prensa que debía decir algo sin matar aquello que intentaba nombrar. Fue ahí donde reapareció la vieja violencia de la traducción.
La primera propuesta de Microfictions llegó por correo una mañana. Jules la leyó en el teléfono mientras esperaba el metro y sintió una mezcla tan inmediata de irritación y fatiga que tuvo que salirse de la estación antes de responder. El texto hablaba de "urgencia generacional", "post-punk emocional", "poética urbana", "tensión entre crudeza y sofisticación". No era

especialmente malo. Ese era precisamente el problema. Sonaba a muchas cosas ya dichas con solvencia suficiente como para volverse intercambiables.
Envió el texto al grupo sin comentario. Las respuestas llegaron en menos de un minuto.
Arthur:
Parece que nos han puesto subtítulos otra vez.
Lucas:
"Poética urbana" es una forma elegante de decir que no saben dónde meternos.
Mehdi:
Yo voto por describirnos como cuatro contribuyentes al borde del error administrativo.
Esa tarde se reunieron con Étienne para discutirlo. Él escuchó las objeciones con paciencia profesional, esa modalidad del cansancio que consiste en prever la indignación ajena sin tomársela del todo como un ataque.
-Tenéis razón en una cosa -dijo-. El texto simplifica.
-¿Y en cuál no? -preguntó Jules.
-En que simplificar no siempre es una traición. A veces es el peaje mínimo para que una escucha ocurra.
Lucas se cruzó de brazos.
-Ese argumento sirve para todo lo peor.
-Y también para parte de lo necesario.
Hubo un silencio molesto, no porque Étienne estuviera diciendo algo falso, sino porque lo decía desde ese lugar intermedio donde la lucidez y la resignación se parecen demasiado.
Arthur intervino con una calma nueva.
-No queremos un texto puro. Queremos un texto que no nos clausure antes de sonar.
Eso desplazó la conversación. Trabajaron frase por frase. Eliminaron etiquetas demasiado satisfechas de sí mismas. Mantuvieron algunas coordenadas útiles.

Cambiaron "urgencia generacional" por una formulación menos inflada y más exacta: *canciones hechas desde la fricción entre espacio, deuda y ruido*. No era una solución perfecta. Era, al menos, una imperfección propia.

Las fotos fueron peor.

Microfictions propuso una sesión con una fotógrafa competente llamada Inès, que tenía buen ojo y mala paciencia para las neurosis performativas de los músicos. Los citó en un descampado ferroviario junto a unas naves grafiteadas al norte de la ciudad. Cuando llegaron, Lucas se detuvo en seco.

-No pienso posar delante de un muro como si fuéramos la tesis de alguien sobre autenticidad periférica.

Inès ni siquiera se molestó en fingir diplomacia.

-Y yo no pienso fotografiaros haciendo cara de sufrimiento histórico. Así que estamos de acuerdo en algo.

Aquello, sorprendentemente, ayudó. La sesión se desplazó. Terminaron caminando sin rumbo fijo por calles laterales, entrando y saliendo de portales, escaleras, tiendas cerradas, un aparcamiento medio vacío, una lavandería automática donde la luz blanca les devolvió un aspecto menos mitológico y más interesante. Inès dejó de buscar una imagen de banda y empezó a perseguir las diferencias de temperatura entre ellos: Arthur mirando siempre un poco hacia dentro incluso cuando estaba quieto; Lucas con el cuerpo en posición de réplica; Mehdi encontrando ironía física hasta en la forma de apoyar un hombro; Jules demasiado consciente de la cámara precisamente cuando intentaba no estarlo.

-Ya está -dijo Inès al final, guardando el equipo-. Cuando dejáis de intentar significar, aparecéis.

-No sé si eso es un halago -dijo Jules.

-No lo es. Es oficio.
La semana anterior al lanzamiento de "Industria de la nostalgia", Jules recibió un correo de su madre. No hablaba de la banda en términos explícitos. Nunca lo hacía cuando el asunto le importaba de verdad. Le preguntaba por su salud, por el otoño que se acercaba, por una exposición en la que había pensado que quizá le interesaría acompañarla, y solo al final añadía una posdata breve: *He oído que las cosas avanzan. Procura distinguir entre avance y captura.*
Jules leyó esa línea varias veces. Su madre pertenecía a esa clase de personas para quienes la advertencia rara vez es un gesto de protección pura; casi siempre contiene también una forma de autorretrato. Aun así, la frase lo acompañó el resto del día con una persistencia desagradable. Avance y captura. En ciertos entornos, la diferencia nunca es evidente al principio. Solo se vuelve legible cuando ya has reorganizado parte de tu vida alrededor del movimiento.
El lanzamiento fue un jueves a medianoche, como si incluso la circulación digital necesitara conservar una superstición horaria heredada de otros mercados. Se reunieron los cuatro en el piso de Arthur, con cerveza barata, una pizza mediocre y una tensión tan poco épica que resultaba casi tierna. No había público, no había fiesta, no había sensación de acontecimiento. Solo una página que refrescar, mensajes entrando poco a poco, un puñado de reproducciones iniciales y la extraña experiencia de ver aparecer el nombre de la banda en interfaces diseñadas para homogeneizarlo todo.
-Ahora ya somos oficialmente una miniatura cuadrada -dijo Mehdi, mirando el teléfono.
-No digas eso como si no fueras a comprobar estadísticas cada once minutos -respondió Lucas.
-Las comprobaré por desprecio científico.

Arthur no hablaba mucho. Escuchaba la canción desde el altavoz portátil con una concentración que parecía defensiva. Cuando terminó, volvió a ponerla. No porque dudara del resultado, sino porque por primera vez estaba oyéndola en el espacio abstracto donde iba a existir para otros: ni ensayo, ni estudio, ni sala, ni local. Solo archivo, compresión, algoritmo y oído ajeno.
-¿Qué? -preguntó Jules al cabo de un rato.
Arthur tardó en contestar.
-Suena menos nuestra y más precisa.
-Normal -dijo Lucas.
-No, no es solo eso. Suena como cuando algo deja de pertenecerte del todo pero todavía no sabes a quién más pertenece.
Nadie respondió porque todos entendieron. Publicar no consiste únicamente en compartir una obra. Consiste en aceptar una pérdida de monopolio sobre su sentido. A partir de cierto momento, una canción ya no vive donde fue hecha, sino donde empieza a ser usada.
A la mañana siguiente llegaron los primeros textos breves, menciones, listas de novedades, recomendaciones de cuentas especializadas que monetizaban con elegancia una pose de descubrimiento permanente. Un blog musical habló de "una rabia contenida más interesante que el revival enérgico de otros proyectos vecinos". Una newsletter la describió como "post-punk de procedencia crítica", fórmula que hizo reír a Mehdi durante casi un minuto seguido. También aparecieron comentarios de oyentes desconocidos. Algunos escuchaban cosas reales. Otros solo se escuchaban a sí mismos usando la canción como prueba de pertenencia estética.
-Este dice que somos ideales para pasear de noche por una ciudad en proceso de gentrificación -leyó Lucas desde el móvil.

-Qué amable. Al menos especifica el crimen -dijo Mehdi.
Pero entre la ironía empezó a abrirse algo más difícil de manejar: pequeñas reacciones auténticas. Un mensaje de una chica de Lille que decía haber puesto la canción antes de entrar a su turno en un supermercado. Un correo larguísimo de alguien en Bruselas que encontraba en el texto una forma exacta de nombrar la vergüenza de haber aprendido tarde el lenguaje de su propia clase. Un chico de Marsella que escribía solo una frase: *Gracias por no sonar reconciliados*. Eran gestos mínimos, pero tenían un peso distinto al de cualquier reseña. No daban prestigio. Daban contexto humano, que a veces complica más las cosas.
-Si alguien te escucha de verdad -dijo Jules esa noche, releyendo algunos mensajes-, ya no puedes fingir del todo que solo estás jugando a desmontar discursos.
Arthur asintió.
-La gente siempre llega donde pensabas que solo estabas ensayando.
El segundo tema, "Sala prestada", salió tres semanas después. Tuvo menos inmediatez y más extrañeza. Algunos medios lo ignoraron precisamente porque no ofrecía una entrada fácil. Otros lo prefirieron por razones que la banda encontraba sospechosas pero no enteramente equivocadas. Había en esa pieza un tipo de hueco que obligaba a escuchar de otra manera, y no todos estaban dispuestos. Eso tranquilizó un poco a Lucas.
-Si esta gusta demasiado, me preocuparé -dijo.
El problema no fue la recepción crítica, sino la llegada del primer contrato complementario. Microfictions quería formalizar ahora una cesión vinculada a sincronizaciones potenciales, preventiva, según decían, para agilizar oportunidades futuras en cine, series y campañas culturales. El documento no imponía nada

inmediato. Solo organizaba posibilidades. Esa es la forma más eficaz de captura contemporánea: convertir el futuro en una arquitectura de disponibilidad.
Se reunieron otra vez en la oficina. Étienne expuso el asunto con la sobriedad de quien sabe que ciertas palabras activan alergias previsibles.
-No os estoy proponiendo vender un tema a un anuncio de coches mañana -dijo-. Os propongo no reaccionar improvisando si dentro de seis meses aparece una supervisora musical con dos días de plazo y un presupuesto decente.
-Qué alivio. Temía que esto fuera sobre arte -dijo Lucas.
-Es sobre tiempo de respuesta. El arte viene después, si sobrevive.
Jules pidió el documento. Arthur lo leyó a su lado. Mehdi miraba alternativamente la página y la cara de Étienne, como si comparara dos versiones del mismo lenguaje.
-No me gusta firmar posibilidades abstractas -dijo Arthur.
-A nadie debería gustarle -respondió Étienne-. Pero algunas posibilidades abstractas os evitan firmar estupideces concretas con prisa.
La frase era irritante y cierta. Otra vez esa combinación. Delmas revisó también ese papel y recomendó prudencia: no negarse por principio, no ceder en bloque, reservar aprobación por proyecto, limitar sectores, dejar fuera publicidad política, alcohol y lujo aspiracional si querían mantener cierta coherencia mínima entre discurso y circulación.
-¿Y anuncios de bancos? -preguntó Mehdi.
-Solo si os interesa convertir la ironía en autolesión -respondió Delmas.
Terminaron aplazando la firma. No por indecisión inmadura, sino porque por primera vez entendían que

el verdadero aprendizaje no estaba en decir sí o no, sino en reconocer la velocidad con la que el entorno intentaba normalizar nuevas capas de cesión. El sello había firmado con ellos dos canciones; ahora quería preparar el terreno para usos futuros antes incluso de que la banda hubiera decidido qué clase de relación deseaba con su propia visibilidad.

En paralelo, empezó a pasar algo más delicado: la presencia del contrato se filtró dentro de la música. No de manera espectacular. Ninguno empezó a componer "pensando en el mercado" como dicen los peores análisis retrospectivos. Fue más sutil y por eso más peligroso. Arthur se descubrió eliminando a veces una repetición excesiva porque imaginaba, antes de tocarla, la paciencia probable de un oyente externo. Lucas rechazó una línea de bajo propia por sonar "demasiado eficaz", lo cual era una manera de admitir que la eficacia se había vuelto una categoría sospechosa. Mehdi, durante un ensayo especialmente tenso, dejó las baquetas sobre la caja y dijo lo que todos estaban bordeando sin nombrarlo.

-Ya está sonando -dijo.

Nadie pidió aclaración.

-El contrato. Ya está sonando dentro antes de que llegue el dinero de verdad.

Jules lo miró desde el suelo, apoyado contra un amplificador.

-¿Y cuál sería la alternativa? ¿No escuchar nunca el eco de las condiciones?

-La alternativa no existe -respondió Mehdi-. Pero el problema sí.

Arthur pasó una mano por el pelo, agotado.

-No quiero convertirme en un policía de mis propias decisiones. Si empiezo a sospechar de cada ajuste porque quizá es legibilidad y no necesidad, no vamos a terminar nada.

-No -dijo Lucas-. Pero tampoco quiero que acabemos llamando necesidad a lo que solo aprendió a quedar bien en un formulario.
La discusión fue larga, improductiva en apariencia, esencial en realidad. En las bandas, como en los afectos, hay conversaciones que no resuelven nada pero recalibran la forma en que los cuerpos van a seguir compartiendo espacio. Aquella noche no salieron con una norma. Salieron con una vigilancia común más afinada y menos inocente. A veces eso es lo máximo que puede llamarse madurez.
Henri siguió sin intervenir de forma directa. Pero el mundo que lo rodeaba no desapareció. Camille envió un mensaje seco una mañana: *He sabido por terceros que alguien quiere organizar una cena pequeña con "gente interesante" y que vuestro nombre ha circulado. Mi consejo: no confundáis invitación con contexto.*
Jules mostró el mensaje al resto y nadie necesitó demasiada interpretación.
-No voy a una cena donde alguien use la expresión "gente interesante" -dijo Lucas.
-Me parece una política de salud pública razonable -respondió Arthur.
Ese mismo fin de semana tocaron en una sala mínima de Belleville, la primera fecha después de la firma y los lanzamientos. Cabían quizá ochenta personas si nadie respetaba demasiado el espacio del otro. La pegatina del baño decía *No future* con una tipografía tan nueva que parecía comprada esa mañana. El técnico de sonido estaba de mal humor y el monitor de la izquierda falló durante la prueba. Todo eso, extrañamente, los tranquilizó.
Antes de salir, Arthur se quedó un momento solo junto al telón negro lateral. No estaba nervioso en el sentido clásico. Más bien parecía estar ajustando internamente una escala. Jules se acercó.

-¿Qué pasa?
Arthur tardó un segundo.
-Quiero comprobar una cosa.
-¿Cuál?
-Si después de firmar seguimos tocando hacia delante o empezamos a tocar hacia la imagen de nosotros tocando hacia delante.
Jules no respondió enseguida. Luego asintió.
-Esa diferencia tarda en notarse. Pero se nota.
El concierto fue irregular y vivo. Hubo errores, acoples, un inicio torpe en la segunda canción, una entrada de voz medio desplazada que terminó mejorando una transición. También hubo algo que no habían tenido del todo antes: una relación más consciente con el hueco. No llenaban tanto. Dejaban caer más. La gente respondió con esa mezcla buena de atención y desconcierto que rara vez produce unanimidad pero a veces produce presencia real.
En "Sala prestada", alguien del público gritó el título antes de que empezaran. Lucas miró a los otros con una expresión ambigua, entre la satisfacción y la sospecha. Ahí estaba ya una primera prueba material de circulación: una canción recién salida había dejado de ser solo suya lo suficiente como para volverles desde otra garganta.
Después del concierto, mientras recogían cables y evitaban conversaciones demasiado entusiastas, se acercó una mujer de unos cincuenta años, abrigo azul oscuro, pelo corto, una manera de hablar sin ansiedad que la diferenciaba enseguida del ecosistema habitual de promotores, amigos de amigos y oportunistas culturales.
-No vengo a felicitaros -dijo-. Eso suele ser impreciso.
-Me cae bien esta noche -murmuró Mehdi.
La mujer lo ignoró con elegancia.

-Me llamo Marianne Vautrin. Trabajo en programación para un festival pequeño en primavera. Aún no sé si sois adecuados para esa escala o si la escala os estropearía demasiado pronto. Pero me interesa ver qué hacéis una segunda vez.
No les dio una tarjeta inmediatamente. Primero habló dos minutos sobre el concierto con una precisión inhabitual, señalando una transición concreta, un exceso de densidad en el tercer tema, y la manera en que el texto de Jules mejoraba cuando parecía menos convencido de sí mismo. Solo después dejó una tarjeta en el amplificador.
-Si dentro de dos semanas seguís pareciéndoos a esto y no a vuestra idea de esto, escribid.
Se fue sin despedida suplementaria.
Lucas la vio alejarse.
-Eso sí era una subtituladora peligrosa -dijo.
-Sí -respondió Jules-. Pero al menos sabe leer.
Aquella noche acabaron en el local de Montreul otra vez, no para ensayar de verdad sino para quedarse alrededor del ruido residual que dejan los conciertos cuando todavía no estás preparado para irte a dormir. Hablaron poco. Arthur afinó sin necesidad. Mehdi golpeó suavemente una caja apagada. Lucas fumó en la puerta con la chaqueta puesta. Jules abrió la copia del contrato que llevaba doblada en el bolsillo desde hacía días y la dejó sobre una silla.
-No sé por qué sigo llevándolo encima -dijo.
-Porque no has firmado solo un papel -respondió Lucas desde la puerta-. Has firmado una condición de escucha.
La frase quedó allí, junto al zumbido bajo del amplificador y la humedad vieja del cuarto. Era exacta de un modo incómodo. Firmar no había resuelto nada. Apenas había desplazado el conflicto a una zona más fina, donde la violencia ya no se presentaba como

prohibición externa sino como modulación interna de la atención, del tiempo, de la anticipación.
Jules pensó entonces que quizá el sello, la firma, los papeles, incluso el dinero futuro, no eran todavía el verdadero centro del problema. El centro era otro y más difícil: la velocidad con la que una estructura aprende a habitar tus reflejos antes de que puedas nombrarla. La profesionalización no empieza cuando cobras. Empieza cuando imaginas, sin querer, la legibilidad de un gesto antes de hacerlo.
Arthur rasgó una cuerda al aire y escuchó cómo moría el sonido.
-Todavía no está perdido -dijo, casi para sí.
-No -respondió Mehdi-. Pero ya está registrado.
Afuera pasó un tren. Dentro, por un momento, nadie habló. El contrato seguía sobre la silla, doblado como cualquier papel corriente, con su apariencia trivial de objeto administrativo. Y sin embargo los cuatro sabían que allí había quedado algo más que una autorización y un reparto de porcentajes. Había quedado fijado un primer acuerdo entre su ruido y el mundo que quería ponerle sello.
No era una rendición. Tampoco una victoria.
Era, simplemente, una forma de entrada.
Y como casi todas las entradas importantes, no venía con música de fondo sino con letra pequeña.

Capítulo 6. Críticos, ídolos, fantasmas

La primera forma de reconocimiento rara vez llega como una coronación. Llega como ruido clasificado. Durante las semanas siguientes al concierto de Belleville, Les Restes empezó a existir en una capa intermedia del ecosistema cultural: ya no eran del todo

invisibles, pero todavía no tenían entidad suficiente para imponer su propia versión de sí mismos. Ese territorio, que desde fuera puede parecer estimulante, desde dentro se parece más a una guerra de traducciones. Cada escucha produce una hipótesis. Cada hipótesis intenta fijarte un contorno. Y cada contorno que otros dibujan sobre ti compite, silenciosamente, con el trabajo todavía incompleto de descubrir qué eres cuando nadie mira.

La tarjeta de Marianne Vautrin pasó tres días sobre el amplificador del local antes de que alguien decidiera tocarla. No por desinterés. Por superstición crítica. En las bandas, como en ciertos amores o ciertos duelos, hay objetos que uno retrasa usar para no tener que admitir que significan algo.

Fue Arthur quien la cogió al final.

-Escribo yo -dijo.

Nadie discutió. Arthur tenía una manera de redactar mensajes que evitaba dos peligros simétricos: la gratitud servil y la pose de indiferencia. En menos de diez líneas consiguió recordar el concierto, agradecer la conversación sin arrastrarse y proponer, con una precisión casi tímida, que seguían pareciéndose bastante a aquello que ella había visto. Marianne respondió al día siguiente. Quería verlos de nuevo, sin promesas, en un ensayo abierto o en otra fecha pequeña. No usó ni una sola vez la palabra proyecto. Eso inspiró una confianza prudente.

Mientras tanto, las canciones seguían moviéndose. No mucho, no de manera espectacular, pero sí con esa persistencia microscópica que a veces altera más una vida que una explosión breve. Algunas listas de reproducción las incorporaron. Un par de emisoras universitarias las programaron en horarios donde la audiencia era más teórica que cuantificable. Aparecieron dos reseñas de longitud media en medios

especializados de circulación modesta y prestigio hipertrofiado, ese tipo de publicaciones leídas por tres mil personas y citadas como si administraran el clima moral de una época.
La primera reseña le gustó a Arthur y molestó a Lucas. La segunda produjo el efecto contrario. Entre las dos componían un retrato contradictorio pero reconocible de lo que empezaba a ocurrirles: unos escuchaban contención donde otros escuchaban cálculo; unos valoraban la incomodidad formal, otros la trataban como promesa de una depuración futura, palabra que en boca crítica suele significar domesticación elegante.
Jules leyó ambas en la cocina de su piso, con el portátil abierto y una taza de café enfriándose a un lado. Había aprendido, años antes, que la crítica cultural no revela solo lo que hay en la obra sino también el tipo de orden que el crítico desea imponerle al mundo. Aun así, siguió leyendo hasta el final de cada párrafo, como quien mete la lengua en una herida para comprobar si sigue allí.
Una frase de la primera reseña se le quedó clavada: *Les Restes trabajan con notable inteligencia el desgaste simbólico de la rabia heredada*. No era falsa. Eso era lo peor. Tenía la clase de precisión que, por tocar algo real, amenaza con sustituirlo.
Envió la captura al grupo.
Lucas respondió primero:
Ya nos han convertido en tesis.
Mehdi tardó un poco más:
Peor: en buena tesis.
Arthur escribió después:
Hay cosas más humillantes que ser leído con atención.
Lucas contestó enseguida:
Sí. Ser leído con atención por alguien que ya sabe qué quiere encontrar.

Aquella noche discutieron en el local sin música de por medio. No fue exactamente una pelea. Fue una de esas conversaciones donde nadie está del todo en desacuerdo con nadie y por eso mismo el malestar se vuelve más difícil de descargar.
-La crítica no inventa de cero -dijo Jules-. Selecciona, organiza, exagera.
-Y al hacerlo también fabrica una versión utilizable -respondió Lucas.
-Como nosotros con las canciones -apuntó Mehdi.
-No exactamente -dijo Arthur.
-Exactamente no. Estructuralmente, sí.
Se hizo un silencio breve. Mehdi tenía esa virtud irritante de introducir una simetría justo cuando los demás todavía querían creer en una diferencia moral cómoda.
Lo que empezaba a aflorar era menos una disputa sobre periodistas que una cuestión más antigua y menos resoluble: hasta qué punto una obra puede sobrevivir a las lecturas que la vuelven visible. La invisibilidad protege mal, pero protege algo. La recepción, en cambio, distribuye. Y al distribuir también simplifica, codifica, recicla. Para entrar en la conversación pública no basta con existir; hace falta volverse narrable en términos ajenos.
Lucas empezó a caminar de un lado a otro del local.
-No quiero sonar como un idiota romántico -dijo-. Ya sé que todo esto pasa. Ya sé que no existe un afuera puro. Pero hay una velocidad a la que empiezan a devolvernos frases sobre nosotros mismos que ni siquiera hemos terminado de pensar.
-Tampoco nosotros pensamos tan despacio como creemos -dijo Jules.
Arthur estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra el bombo.

-A mí me inquieta otra cosa. Que acabemos reaccionando a esas frases aunque juremos que no. Nadie necesitó que aclarara. La crítica, cuando toca un nervio, no solo describe una obra: introduce tentaciones. Puedes querer contrariarla de manera infantil. Puedes querer confirmarla para aprovechar la corriente. Puedes incluso aprender a componer con un crítico imaginario sentado dentro del cráneo, aprobando o frunciendo el ceño. Hay pocas formas de colonización más eficaces que esa.
Los primeros ídolos aparecieron poco después, aunque no bajo la forma solemne que promete la palabra.
No se trató de héroes personales revelados de repente, sino de un fenómeno más torpe y más contemporáneo: músicos, programadores, periodistas y oyentes ligeramente mejor situados que ellos empezaron a funcionar como superficies de validación. Una mención en una cuenta concreta importaba demasiado. Una escucha atribuida a alguien con cierto prestigio subterráneo alteraba el humor del día. Un mensaje privado de un artista que admiraban tenía el poder de reorganizar durante horas la conversación del grupo.
El primero llegó una tarde de martes. Una cantautora llamada Agnès Vidal, que había sido importante para Arthur y Jules durante la universidad y que Lucas respetaba precisamente porque nunca le había pedido respeto a nadie, compartió "Sala prestada" con un comentario escueto: *Esto no intenta gustarme, y por eso vuelve*. No era un endorsement rotundo, ni una bendición. Era mejor. Sonaba a escucha verdadera. Arthur se quedó mirando la pantalla unos segundos más de los necesarios.
-Bueno -dijo al fin-. Esto sí me afecta.
-Me preocupa que uses ese tono para algo que no sea una crisis -respondió Mehdi.

Lucas le quitó importancia con una mueca, pero no engañó a nadie. También él estaba tocado. Los ídolos, cuando funcionan de verdad, no son personas superiores sino atajos biográficos. Condensan épocas de la propia vida. Te devuelven, con una sola frase, a versiones anteriores de ti mismo que todavía siguen votando dentro de tu cabeza.

Jules pensó en la primera vez que había escuchado a Agnès en una habitación prestada del distrito once, con una chica cuyo nombre ya había perdido pero no el gesto con que golpeaba la mesa siguiendo un ritmo que no terminaba nunca de estabilizarse. Le incomodó notar hasta qué punto cierta legitimidad seguía teniendo, en él, una textura social muy específica: discos correctos en pisos caros, revistas pequeñas sobre mesas grandes, discusiones interminables en voces cansadas pero bien alimentadas. Uno puede pasarse años criticando una escena y seguir deseando, en secreto, ser admitido por las personas justas de esa misma escena.

La segunda aparición fue menos noble.

Un periodista cultural con reputación de descubridor precoz escribió a Microfictions proponiendo una entrevista. Étienne, con esa mezcla suya de diligencia y distancia, les reenvió el mensaje sin entusiasmo visible. El nombre era conocido. Había lanzado o ayudado a lanzar a varios grupos de la última década, siempre con el mismo método: detectar lo que parecía nuevo justo antes de que dejara de serlo, envolverlo en un léxico reconocible y presentarlo como síntoma antes que como música. Sus perfiles daban prestigio, pero también fijaban una lectura difícil de quitarse de encima.

-Se llama Romain Delaunay -dijo Arthur, leyendo en voz alta-. Ya hizo polvo a medio mundo con elogios.

-Bella especialidad -murmuró Lucas.

-¿La hacemos? -preguntó Jules.
Mehdi se encogió de hombros.
-Si decimos que no, parecerá pose. Si decimos que sí, parecerá hambre. En ambos casos tendrán razón y no la tendrán.
Al final aceptaron. No por cálculo puro ni por resignación, sino porque empezaban a comprender que parte de la madurez pública consiste en elegir los marcos de exposición sin fingir que puedes escapar del todo a ellos.
La entrevista tuvo lugar en un café demasiado luminoso cerca de République. Romain llegó diez minutos tarde, impecablemente vestido de una manera que quería parecer casual pero requería una logística secreta. Tenía el tipo de encanto social que no necesita ser invasivo para colonizar una mesa. Saludó a cada uno como si ya supiera qué versión de sí mismo iba a devolverle después.
No sacó la grabadora enseguida. Primero conversó. Preguntó por conciertos vistos recientemente, por lecturas, por el barrio de ensayo, por la ciudad. Era hábil. Sabía que la información más útil para perfilar a alguien rara vez llega cuando se formula la primera pregunta oficial. Llega antes, en esa zona de relajación controlada donde la gente se cree todavía fuera de texto.
Jules lo vio trabajar y pensó, con una mezcla de admiración hostil y cansancio anticipado, que algunos críticos se parecen más a ciertos abogados que a ciertos escritores: no buscan la verdad entera, sino la formulación más eficaz para volverla circulable.
Cuando por fin empezó la entrevista, Romain fue directo al tipo de preguntas que producen citas limpias.
-¿Os incomoda que os llamen post-punk?
Lucas sonrió sin humor.

-Me incomoda menos que quienes usan la etiqueta para no escuchar.
Romain celebró la frase con una inclinación mínima de la cabeza. Ya tenía titular posible.
-¿Y la dimensión política? Hay algo en vuestros textos que evita el panfleto pero no la estructura.
-Jamás he oído a nadie hablar así fuera de una entrevista -dijo Mehdi.
Romain soltó una risa breve, no ofendida.
-Porque fuera de una entrevista no necesito ser útil tan rápido.
Arthur intervino antes de que Lucas endureciera la escena.
-La política está en las condiciones de percepción, no solo en el contenido. En qué se vuelve legible, para quién, a qué precio.
Romain tomó una nota. Jules vio en ese gesto el instante exacto en que una idea compleja empezaba a convertirse en material transportable.
La conversación duró una hora y cuarto. Hubo momentos honestos, incluso buenos. También hubo esa sensación pegajosa de haber entregado más materia prima de la que uno sabría luego reconocer como propia. Al salir, caminaron unas calles en silencio.
-He dicho dos cosas que me dan ganas de pegarme -dijo Lucas.
-Solo dos está bien -respondió Mehdi.
-Tú has estado insoportablemente bien -le dijo Jules.
-Lo sé. Eso es lo que más me preocupa.
El perfil se publicó cuatro días después. No era una caricatura. Tampoco una traición. Era peor: una lectura brillante y utilizable. Romain había entendido casi todo lo suficiente como para ordenar el caos en una narrativa seductora. Los presentaba como una banda para la que la contradicción social no era decorado sino motor formal; hablaba del “rechazo inteligente de

la reconciliación estética" y del "malestar como método de composición". Los citaba con precisión suficiente para que se reconocieran y con montaje suficiente para que ya no fueran exactamente ellos.
Lucas leyó el texto entero de pie, junto a la ventana del piso de Arthur.
-Bueno -dijo al terminar-. Ya tenemos exégesis premium.
Arthur parecía menos irritado.
-No está mal escrito.
-Ese es el problema -dijo Jules.
Porque los textos malos se descartan con facilidad. Los buenos, en cambio, entran. Te prestan una imagen de ti mismo lo bastante sofisticada como para que cueste renunciar a ella. Y una vez que esa imagen circula, no solo te representa frente a otros: empieza a proponerse como modelo de coherencia interna. Puedes acabar defendiendo, a fuerza de repetición externa, una versión de ti que nació en la cabeza ajena.
Los fantasmas llegaron después, como llegan casi siempre: no como apariciones sobrenaturales, sino como retornos de material no resuelto.
En el caso de Arthur, el fantasma tenía voz paterna. Su padre no había comentado directamente nada de la banda desde los primeros lanzamientos. Ese silencio, en él, nunca significaba neutralidad; significaba observación diferida. Llamó un domingo por la tarde. Arthur estaba solo, ordenando cables y papeles en el salón, con esa falsa energía doméstica que a veces usa la gente para no pensar demasiado.
Hablaron primero de asuntos laterales: una tía, una avería, una factura. Luego llegó el desplazamiento leve que Arthur conocía de memoria, ese giro casi imperceptible por el que una conversación cotidiana se aproxima a la zona donde de verdad estaba yendo desde el principio.

-He leído algo sobre vosotros -dijo su padre.
Arthur se sentó.
-Ya.
-Interesante.
Era una de sus palabras más peligrosas.
-¿Qué has leído?
-Un perfil. No importa dónde.
Arthur dejó pasar un segundo.
-¿Y?
-Hay inteligencia. Demasiada autoconciencia para mi gusto, pero supongo que eso ahora cotiza bien.
No era un ataque frontal. Era peor. Era ese tipo de juicio que se presenta como observación estética y lleva dentro una biografía entera de decepciones mal archivadas.
-No hacemos música para tu gusto -dijo Arthur.
-No. Y menos mal. Mi gusto ha sido un sistema de defensa bastante mediocre.
Aquello descolocó a Arthur más que cualquier desdén. Por un instante vio asomar, detrás del tono ácido habitual, algo parecido al cansancio sincero. Su padre siguió hablando, esta vez sin ironía visible.
-Solo te digo una cosa. Ten cuidado con confundir control del discurso con control de la vida. Hay gente que aprende muy pronto a explicarse bien y muy tarde a sostener lo que explica.
Arthur no respondió enseguida. Quiso rechazar la frase por intrusiva. Quiso despreciarla por tardía. No pudo del todo, y eso lo enfadó más.
Cuando colgó, se quedó largo rato sentado sin hacer nada útil. Los fantasmas familiares tienen esa capacidad indecente de reaparecer justo cuando uno empezaba a sentirse razonablemente construido. No vuelven para enseñarte algo nuevo. Vuelven para recordarte que ciertas formas de vulnerabilidad nunca desaparecen: solo mejoran de vestuario.

En Jules, el fantasma tomó otra vía: no una voz presente, sino una acumulación de escenas antiguas activadas por el nuevo pequeño circuito de reconocimiento donde se movían. Una cena a la que no fue. Un apellido pronunciado con facilidad en habitaciones donde a otros se les exigía siempre un contexto suplementario. Una antigua compañera de universidad, ahora editora en una revista cultural de buena reputación, que le escribió con cordialidad apenas maquillada para "ponerse al día" justo después del perfil de Romain.

Jules aceptó verla, y supo en el instante mismo de decir que sí que estaba entrando en una escena conocida.

Se encontraron en un bar de vinos naturales donde todo parecía diseñado para negar su propio precio. Ella se llamaba Clara, y seguía teniendo esa mezcla de agudeza real y vanidad administrable que en otro tiempo le había parecido casi irresistible. Hablaron de trabajos, de la ciudad, de quién había desaparecido hacia qué tipo de vida. Tardaron diecisiete minutos en llegar a la banda.

-Os está yendo bien -dijo Clara.

-Nos está yendo algo -respondió Jules.

-A veces lo algo es lo decisivo.

Sonrió al decirlo, como si acabara de producir una pequeña teoría portátil. Jules la reconoció enseguida: la vieja economía discursiva de cierto medio cultural alto, donde la inteligencia se demuestra convirtiendo cada observación banal en una frase con aire de haber sobrevivido a una mesa redonda.

-Te he escrito también porque estamos preparando un dossier sobre nuevas formas de politicidad en la música francesa -continuó-. Y no me interesa hacerlo con los sospechosos habituales.

Jules bebió un poco antes de contestar.

-Qué honor: ser sospechosos adyacentes.
Clara soltó una risa.
-Sigues estando a la defensiva antes de que llegue la amenaza.
-No. Solo he aprendido a reconocer el mobiliario.
La frase tensó apenas la mesa. No lo suficiente para romper nada, sí para limpiar la escena. A partir de ahí hablaron con más franqueza. Clara admitió, casi sin querer, que en la revista había discusión sobre si Les Restes eran una irrupción real o una forma refinada de reciclaje de códigos ya prestigiosos. Jules agradeció la honestidad y la odió un poco por igual. El mundo al que ella pertenecía seguía operando con la misma mezcla de capital simbólico y falsa transparencia: te decía más que otros, pero casi siempre para recordar que seguía administrando el derecho a clasificarte.
Al volver al local contó el encuentro sin dramatizarlo. Mehdi escuchó hasta el final y resumió con su precisión habitual:
-No son fantasmas porque hayan desaparecido. Son fantasmas porque les gusta volver sin pagar alquiler.
Lucas se rió, pero enseguida se puso serio.
-A mí el fantasma me está entrando por otro lado.
Tocó con los nudillos la carcasa del amplificador antes de seguir.
-Mi hermano ha escuchado las canciones.
Aquello cambió el aire. Lucas hablaba poco de su familia, y cuando lo hacía era con una economía que no admitía turismo emocional.
-¿Y? -preguntó Arthur.
-Me escribió anoche. Un mensaje de cuatro líneas. Dice que le pasaron el tema en el taller. Que no entiende del todo las letras, pero que suena a gente enfadada que todavía no ha cobrado por callarse.
Mehdi soltó una exhalación que era casi una risa y casi otra cosa.

-Es una gran crítica.
-Sí -dijo Lucas-. Y me jode que probablemente sea la que más me importa.
No añadió nada más, pero no hizo falta. Había allí una herida doble: el deseo de ser oído por alguien cuya vida no estaba hecha de mediaciones culturales, y el miedo a que todo el aparato de prestigio que empezaba a rodearlos terminara alejando precisamente esa escucha. El reconocimiento horizontal y el reconocimiento vertical rara vez piden el mismo precio. A veces exigen incluso traiciones incompatibles.
Durante algunos ensayos, todo esto empezó a hacerse oír de formas extrañas. No como grandes discusiones teóricas, sino como pequeñas interrupciones de la fluidez. Tocaban una canción y de pronto alguien decía "demasiado consciente". O "esto ya suena explicado". O "esta parte pide aire, no prestigio". Eran frases vagas, pero señalaban un miedo compartido: que la música empezara a contaminarse no tanto por el mercado bruto como por la autopercepción sofisticada.
Una noche particularmente mala, Lucas dejó el bajo antes de terminar un tema nuevo.
-No sé si estoy tocando o corrigiendo una reseña imaginaria.
Arthur lo miró desde la batería.
-Hoy todos estamos haciendo eso.
Jules estaba sentado junto a la pared, cuaderno en mano.
-Entonces dejemos de tocar este tema.
-No -dijo Mehdi-. Toquémoslo peor.
Los tres lo miraron.
-Me refiero en serio. Tocadlo peor, a ver qué queda cuando se cae la parte que quiere ser válida.
Aquello, que en otro contexto habría sonado a consigna caprichosa, funcionó inesperadamente bien. Repitieron la canción de manera más brutal, más torpe,

menos pendiente de su perfil futuro. Perdió elegancia. Ganó pulso. No encontraron una solución definitiva, pero sí una herramienta provisoria contra cierta parálisis crítica: a veces el pensamiento solo deja de esterilizar cuando el cuerpo vuelve a imponerle un ritmo.

Marianne Vautrin apareció en uno de esos ensayos una semana después. Llegó puntual, saludó sin afectación y se quedó al fondo, escuchando con esa concentración antigua que no necesita exhibirse para resultar intimidante. No habló entre temas. No puso cara de autoridad benevolente. Simplemente observó. Cuando terminaron, se acercó con un cuaderno pequeño en la mano. Lo abrió apenas.

-El material nuevo respira mejor cuando olvidáis que puede interesar -dijo.

Lucas soltó una media sonrisa.

-Estamos intentando profesionalizar ese olvido.

-No se puede -respondió Marianne-. Solo se puede ritualizar una vigilancia contra su contrario.

La frase tenía algo de oráculo disciplinado, pero en ella no había pose. Siguió con observaciones concretas: una repetición demasiado cerrada en el cuarto tema, un buen desequilibrio entre voz y caja en otro, una tendencia de Jules a subrayar con palabras lo que la música ya había dicho. Esa última le dolió porque era cierta.

Después guardó el cuaderno.

-Quiero proponeros una fecha en abril -dijo-. Festival pequeño, presupuesto modesto, público no necesariamente cómodo. Podría sentaros bien si llegáis sin empezar a ilustrar vuestra propia reputación.

Arthur asintió. Mehdi pidió detalles prácticos. Lucas permaneció callado un momento.

-¿Por qué nosotros? -preguntó al fin.

Marianne no pareció sorprendida.

-Porque todavía no habéis decidido si queréis ser legibles o necesarios. Y esa indecisión produce cosas que a veces merece la pena ver cerca.
Se fue casi enseguida, como la primera vez. Su modo de validar tenía algo extraño: no aliviaba. Comprometía. La noticia de la fecha no provocó euforia sino una concentración nueva. Empezaron a trabajar con más continuidad y menos dispersión, lo que trajo beneficios claros y también un riesgo. La disciplina, cuando aparece en un grupo que ha construido parte de su identidad contra las lógicas de rendimiento, puede generar vergüenza interna. Nadie quería ser el primero en sonar demasiado aplicado.
Arthur fue quien rompió ese pudor una tarde.
-Vamos a necesitar ensayar mejor -dijo, secamente, después de cortar un tema a mitad-. No más. Mejor.
Nadie hizo bromas. A veces la autoridad se vuelve aceptable cuando no se confunde con brillo personal sino con servicio al conjunto.
Establecieron una rutina más nítida. Llegaban a hora fija. Grababan pasajes. Escuchaban sin hablar durante unos minutos antes de opinar. Jules llevó un cuaderno distinto para separar letras en proceso de comentarios sobre estructura, como si ordenar físicamente el pensamiento pudiera evitar al menos parte del contagio mutuo entre ansiedad conceptual y decisión musical. Mehdi empezó a anotar tempos con una seriedad que habría negado en voz alta dos meses antes. Lucas, que decía odiar la optimización, fue quien más insistió en repetir entradas y transiciones hasta que la tensión dejara de ser casual y se volviera elegida.
No se hicieron más puros. Se hicieron más conscientes del tipo de impureza que estaban dispuestos a aceptar.
En paralelo, la entrevista de Romain siguió produciendo efectos secundarios. Les abrió puertas pequeñas, sí, pero también atrajo una fauna reconocible: estudiantes

de periodismo con preguntas sobre “la representación del malestar”, programadores que querían bandas “con discurso”, fotógrafos empeñados en encontrar en sus caras una sociología resumida. El mundo cultural contemporáneo posee una capacidad casi industrial para detectar cualquier forma viva de contradicción y convertirla en una estética de programación.
Una tarde recibieron la propuesta de participar en una mesa redonda titulada *Nuevas disidencias sonoras*. Lucas leyó el correo en voz alta y luego dejó el móvil sobre el amplificador con el cuidado de quien deposita una sustancia biológica desagradable.
-No puedo ir a un sitio donde alguien haya escrito esto sin marearse -dijo.
-Pagan cien euros por persona -observó Mehdi.
-Entonces podría marearme un poco -contestó Lucas.
Jules negó con la cabeza.
-No es el dinero. Es la trampa de empezar a existir demasiado en comentario.
Arthur estuvo de acuerdo.
-Si aceptamos suficientes cosas así, un día nos daremos cuenta de que hemos hablado más de lo que tocamos.
No fueron. La decisión no los convirtió en héroes de nada. Solo preservó una proporción.
Los fantasmas, sin embargo, no obedecen calendarios ni criterios coherentes. En Jules reaparecieron otra vez, esta vez por vía materna. Su madre insistió finalmente en verlo para esa exposición de la que había hablado en su correo. Aceptó más por agotamiento afectivo que por entusiasmo. Quedaron en una galería del Marais donde se exhibían instalaciones sobre archivo, ruina y circulación de imágenes, es decir, el tipo exacto de tema que en otros contextos habría hecho bromear a Mehdi durante semanas.

Su madre llegó con diez minutos de retraso y una serenidad impecable. Lo besó en la mejilla, miró su abrigo como si estuviera evaluando una decisión política menor y empezó a caminar por la exposición sin decir nada esencial durante un buen rato. Esa era una de sus formas de mando: obligar a que el verdadero asunto madurara alrededor.
Hablaron por fin al salir, en la calle.
-He leído cosas -dijo ella.
Jules sonrió sin ganas.
-Parecéis haberos puesto de acuerdo todos.
-No exageres. Apenas sois visibles. Eso todavía os protege.
Era una frase cruel y tierna a la vez, como muchas de las suyas.
-¿Y qué has pensado? -preguntó Jules.
Su madre tardó en contestar.
-Que el reconocimiento temprano tiene una cortesía especialmente peligrosa. Te ofrece espejos antes de que hayas decidido cuánto tiempo quieres vivir delante de ellos.
Jules la miró de reojo. Había días en que detestaba la precisión de su madre porque siempre parecía incluir una pequeña renta moral sobre la experiencia ajena. Pero esta vez la frase se le quedó.
-¿Eso es consejo? -preguntó.
-No. Es autobiografía reciclada.
Siguieron caminando. Luego ella añadió, casi con ligereza:
-También he pensado que escribes mejor cuando no intentas parecer inmune a lo que te hiere.
Aquello lo desarmó de una manera menos elegante de la que habría tolerado mostrar. Durante un segundo quiso replicar. No lo hizo. Los fantasmas familiares a veces no vuelven solo para herir; vuelven para recordar que incluso las personas que más te deformaron

conservan una capacidad indecente para verte bien en ciertos puntos.
El capítulo crítico de esas semanas no lo cerró ningún artículo ni ninguna reseña, sino una escena mínima después de otro concierto pequeño, esta vez en las afueras, donde compartieron cartel con dos grupos desiguales y una acústica ingrata. Tocaron bien, quizá demasiado tensos en algunos pasajes, pero con una decisión nueva en las zonas lentas. Tras bajar del escenario, mientras guardaban material, se acercó un chico muy joven, quizá diecinueve años, con una libreta doblada en el bolsillo de la chaqueta.
-No escribo en ningún sitio importante -dijo de entrada, como si quisiera ahorrarles una evaluación-. Tengo un blog muy pequeño y a veces hago entrevistas.
Lucas hizo un gesto ambiguo.
-Ya nos han hecho una hace poco.
-Lo sé. La leí. Por eso no quiero hacer esa.
Aquello detuvo a Jules.
-¿Cuál quieres hacer entonces?
El chico respiró antes de responder, nervioso pero firme.
-Una sobre influencias que no os gustan admitir. Sobre a quién le debéis cosas que no encajan en vuestra imagen.
Mehdi soltó una carcajada limpia.
-Eso sí que es periodismo hostil útil.
No hicieron la entrevista esa noche, pero se quedaron hablando veinte minutos con él, apoyados en la furgoneta de otro grupo, mientras alrededor seguían sonando vasos, pasos y feedback residual. El chico citó una melodía concreta que le recordaba a un grupo de los noventa que Lucas había fingido no escuchar nunca. Arthur admitió una deuda con ciertas canciones francesas demasiado líricas para su imagen habitual. Jules confesó que parte de su oído verbal seguía

formado por autores que en teoría detestaba políticamente. Hablar de eso, extrañamente, resultó más liberador que defender una supuesta radicalidad coherente.
Cuando el chico se fue, Lucas encendió un cigarrillo.
-Igual ese sí era crítico -dijo.
-No -respondió Jules-. Era peor para nosotros. Quería genealogía.
Y la genealogía, como sabían cada vez mejor, nunca trae solo influencias. Trae deudas, vergüenzas, aspiraciones mal enterradas, lealtades involuntarias. Trae ídolos que ya no se sostienen, fantasmas que siguen dictando gestos, críticas que se te meten dentro porque hablan el idioma en que aprendiste a buscar legitimidad.
Esa noche, de vuelta en Montreul, no ensayaron. Se quedaron hablando con las luces medias, cada uno en una esquina distinta del local, como si el espacio mismo necesitara repartirlos un poco para que la conversación no cayera en confesionalismo barato. Hablaron de discos odiados y amados a destiempo, de artistas que les habían enseñado cosas horribles y necesarias, de la sospecha constante de estar pareciéndose demasiado a referencias que habían prometido superar. Ninguno salió limpio de esa conversación. Salieron, quizá, un poco menos ficticiamente coherentes.
Jules pensó, al cerrar por fin el cuaderno aquella madrugada, que los críticos, los ídolos y los fantasmas no eran fuerzas separadas. Formaban un solo sistema de ecos. Los críticos convertían la escucha en relato. Los ídolos convertían el deseo en escala. Los fantasmas convertían el pasado en mecanismo de repetición. Y la banda, en medio, trataba de hacer algo bastante más modesto y bastante más difícil: tocar sin

obedecer del todo a ninguna de las tres voces, pero sin fingir que no las oía.
Afuera, la calle estaba casi vacía. Dentro, quedaban vasos de plástico, cables mal enrollados, una colilla en una lata y ese olor de local que mezcla polvo, electricidad y cansancio compartido. Arthur cerró una funda. Mehdi apagó el último piloto rojo del equipo. Lucas se quedó un segundo más en la puerta, mirando la oscuridad del pasillo como si esperara que alguien todavía fuera a decir la frase correcta. No ocurrió. Jules guardó el cuaderno en la mochila.
La noche había dejado algo claro, aunque no tuviera forma de conclusión: el problema no era que otros los leyeran mal, ni siquiera que a veces los leyeran demasiado bien. El problema era aprender a seguir produciendo cuando la mirada ajena ya había empezado a instalar muebles dentro.
No era una tragedia. Tampoco un simple inconveniente. Era otra fase de la entrada.
Y toda entrada sostenida, tarde o temprano, exige una pregunta menos estética que moral: no quién te escucha, sino qué parte de ti empieza a organizarse para merecer esa escucha.

Capítulo 7. Gira

La gira no empezó en la carretera.
Empezó antes, en esa mutación silenciosa por la que una serie de fechas sueltas deja de parecer una suma de accidentes felices y empieza a comportarse como una estructura. Al principio nadie la llamó así. Eran conciertos enlazados con una lógica todavía precaria:

una invitación en Lille que coincidía con una cancelación en Reims, una posibilidad en Bruselas si conseguían compartir furgoneta con otro grupo, la fecha de abril propuesta por Marianne como eje moral más que logístico. Pero en algún momento, al mirar el calendario de la pared del local y ver varios fines de semana ocupados, Arthur dijo la palabra sin ceremonias.

-Gira.

La pronunció como quien prueba una herramienta ajena.

Lucas levantó la vista desde el cable que estaba reparando.

-No exageres.

-No estoy exagerando. Estoy nombrando un problema.

Mehdi, sentado en el suelo con una libreta de tapas blandas, hizo cuentas en voz baja.

-Si encadenamos cinco ciudades en tres semanas, con dos regresos intermedios, eso no es una aventura. Es una mala decisión organizada.

Jules sonrió.

-Que es una definición bastante digna de gira.

No celebraron nada. La idea de salir les producía una mezcla extraña de deseo físico y alarma administrativa. Habían fantaseado durante años con tocar fuera de su perímetro habitual, pero fantasear con la circulación y organizarla son actividades que exigen órganos distintos. La imaginación ama la carretera por lo que promete; la logística la conoce por lo que cobra.

Etienne apareció más en esas semanas. No se volvió súbitamente paternal ni invasivo. Siguió siendo, en lo esencial, un hombre de frases económicas y atención discontinua. Pero cuando vio que el calendario empezaba a llenarse, adoptó esa gravedad práctica que algunos adquieren no por entusiasmo sino por memoria. Había visto suficientes grupos confundiendo

movilidad con avance como para desconfiar por sistema de toda agenda que pareciera excitante en papel.
-Primero decidid si queréis sobreviviros a vosotros mismos -dijo una tarde en el local-. Luego ya veremos cuántos kilómetros necesitáis para demostrarlo.
Había traído una carpeta con presupuestos estimados, contactos, condiciones técnicas, dudas sobre seguros, peajes, gasolina y alojamientos. Lucas la miró como si fuera literatura carcelaria.
-Qué bonito se vuelve todo cuando lo traduces a pérdidas.
-Esa es la ventaja de las pérdidas -respondió Etienne-. Suelen ser sinceras.
La gira, entendieron pronto, no sería una expansión gloriosa sino una negociación continua entre precariedades. Tocaban todavía en un nivel donde casi ninguna fecha pagaba de verdad. Algunas cubrían gastos. Otras prometían visibilidad, esa moneda abstracta cuya inflación nunca se menciona lo suficiente. Otras dependían de dormir en casas ajenas, compartir equipo o aceptar condiciones que, dichas en voz alta, habrían sonado a broma hostil.
Marianne, sin embargo, había sido precisa: la fecha de abril se mantenía y podía servir como centro de gravedad para armar algo alrededor. No les ofrecía una escalera. Les ofrecía un punto de apoyo. Había diferencia.
Durante varios días el local dejó de ser solo un espacio de ensayo y se convirtió en oficina provisional del caos. Sobre una mesa plegable aparecieron mapas, horarios, capturas de mensajes, listas de material, estimaciones de combustible, nombres de salas minúsculas, teléfonos de programadores que escribían como si cada favor concedido los acercara al martirio. Jules observaba aquel despliegue con una incomodidad

particular. Le atraía la evidencia material de que algo estaba ocurriendo. También le aterraba lo que esa evidencia tenía de empresa.
-El capitalismo gana incluso cuando duermes en un suelo -murmuró, leyendo un correo sobre reparto de taquilla.
-No gana incluso -dijo Mehdi-. Gana sobre todo ahí. Lo otro es solo su versión premium.
Arthur intentó mantener el foco.
-Necesitamos decidir qué fechas no aceptamos.
Ese plural sonó más maduro de lo que cualquiera se sentía. Porque rechazar, en esa fase, no era una cuestión de exceso sino de dignidad estratégica. Decir que no a algo pequeño cuando casi todo era pequeño exigía una forma de confianza todavía inestable. Y sin embargo sabían que aceptar cualquier cosa podía romperlos con más eficacia que quedarse quietos.
Hicieron una lista de criterios que al principio quiso sonar racional y terminó pareciendo íntima. No demasiados trayectos absurdos por una sola noche. No tocar gratis salvo en casos donde hubiera una razón concreta que no pudieran expresar sin avergonzarse un poco. No aceptar mesas redondas camufladas de concierto. No tocar en sitios donde el equipo estuviera tan destruido que la música tuviera que librar una guerra previa contra la electricidad. No encadenar tantas fechas que tocar empezara a parecer montaje y desmontaje interrumpidos por ruido.
-También deberíamos añadir: no convertirnos en nuestros propios inspectores de autenticidad -dijo Jules.
Lucas lo miró.
-Eso no cabe en un rider.
-Pero es donde más fallamos.
Las semanas previas a la salida introdujeron una alteración nueva en el grupo: el tiempo empezó a

fragmentarse según necesidades funcionales. Ensayar ya no era solo tocar mejor. Era tocar con la duración adecuada, con cambios de instrumento viables, con silencios que no dependieran del humor del momento sino de una decisión repetible. Arthur, que en otro tiempo habría despreciado ese lenguaje por próximo a la profesionalización vacía, se volvió extrañamente minucioso.

-Este tema entra demasiado lento después del tercero.

-Sí -decía Lucas-. Porque después del tercero aún creemos que seguimos pensando.

-Pues dejad de creerlo.

No sonaba autoritario. Sonaba cansado y útil. Eso hacía la disciplina más tolerable.

Mehdi empezó a registrar tiempos exactos entre canciones, no por obsesión cuantitativa sino por una intuición muy suya: la espontaneidad, cuando funciona sobre un escenario, rara vez consiste en hacer cualquier cosa. Consiste en haber preparado lo suficiente como para que lo imprevisto no sea una avería del pánico.

Jules reescribió varias letras a medias. No porque estuvieran mal, sino porque al decirlas en continuidad empezó a oír dónde la escritura se protegía con inteligencia excesiva. Una cosa era sonar opaco por necesidad. Otra, muy distinta, blindarse con ambigüedad para no quedar atrapado en una frase demasiado frontal. Marianne había dejado una herida útil con aquello de subrayar lo que la música ya había dicho. La llevaba consigo como se llevan ciertas críticas buenas: no obedeciéndolas, pero tampoco logrando olvidarlas.

Lucas, mientras tanto, se peleó con el equipo como si quisiera extraerle una moral. Había amplificadores que zumbaban como insectos viejos, pedales que funcionaban según una teología inestable, cables que

parecían conservar rencores materiales. Pasó dos noches enteras revisándolo todo con una atención rabiosa.
-¿Qué haces? -preguntó Jules al llegar una tarde.
-Intento que nuestra precariedad sea sonora y no eléctrica.
Era una buena frase. Lucas la odiaría al día siguiente si alguien se la recordaba.
La primera salida fue a Lille. Una fecha pequeña en un espacio semilegal, con barra improvisada y un cartel donde su nombre aparecía mal escrito. Ese detalle, lejos de ofenderlos, tuvo un efecto casi tranquilizador. El error administrativo les devolvía un grado de anonimato que en París empezaba a escasearles.
Viajaron en una furgoneta alquilada que olía a plástico calentado y café derramado. Arthur condujo la primera parte con esa tensión silenciosa de quien necesita demostrar competencia en algo que no forma parte de su identidad visible. Mehdi iba de copiloto, administrando mapas, mensajes y comentarios sarcásticos sobre el paisaje industrial. Detrás, Lucas dormitaba a intervalos violentos y Jules miraba por la ventana con el cuaderno cerrado sobre las rodillas, como si aún no quisiera concederle a la experiencia la dignidad de material narrativo.
La carretera hizo con ellos lo que suele hacer al principio: los obligó a una convivencia menos estética. En el local todavía existían posiciones, esquinas, hábitos que distribuían el malestar. En una furgoneta, en cambio, los cuerpos entran en una democracia más grosera. Se oye demasiado la respiración ajena. Se comparten migas, olores, cansancios. La amistad, cuando viaja, pierde parte de su escenografía moral y deja a la vista sus sistemas de tolerancia reales.
A la altura de un peaje, Lucas se incorporó de golpe.

-Soñé que llegábamos al concierto y todo el público eran críticos con linternas.
-¿Llevaban libretas? -preguntó Mehdi.
-No. Facturas.
Arthur no se rió, pero le cambió algo en la boca que equivalía a su versión de alivio.
En Lille los recibió una chica llamada Sonia, programadora, camarera, técnica ocasional y al parecer también encargada de resolver cualquier cosa que el lugar no hubiera previsto. Les enseñó el espacio con una mezcla de orgullo y disculpa. Había humedad en una pared lateral, dos monitores medio fiables y un camerino que era en realidad un almacén con sillas desparejadas y cajas de cerveza.
-Es mejor de lo que parece -dijo Sonia.
-Me gustan mucho los sitios cuya defensa empieza así -respondió Lucas.
Y, sin embargo, era verdad. Había algo en el lugar que no pedía perdón por existir. Sonaba mal en ciertas frecuencias y bien en otras; obligaba a ajustar sin ofrecer comodidad; estaba lleno de ese tipo de gente que hace cultura en condiciones que no permiten usar la palabra cultura sin cierta vergüenza física.
La prueba de sonido fue breve, irregular y sorprendentemente útil. Arthur detectó enseguida que la sala castigaba las sutilezas tímbricas pero premiaba el pulso. Mehdi sonrió al comprobarlo. Lucas se irritó cinco minutos y luego empezó a tocar mejor. Jules observó que, cuando las condiciones obligaban a simplificar, algunas de sus dudas intelectuales se quedaban sin combustible.
Tocaron tarde, ante unas setenta personas de atención desigual. No fue un concierto impecable. Fue algo mejor para esa primera noche: un concierto que les enseñó cómo los deformaba el desplazamiento. Empezaron demasiado tensos, como si quisieran

justificar el viaje desde el primer tema. A mitad del set, tras un error pequeño en una entrada que Lucas resolvió con una brusquedad casi elegante, algo cedió. Dejaron de demostrar. Empezaron a ocupar.

Después, en la barra, nadie les dijo nada definitivo. Hubo frases torpes, elogios parciales, comparaciones discutibles, una invitación dudosa para tocar en Rouen y un chico que les habló diez minutos sobre una caja de ritmos que ellos no usaban. Pero también hubo esa forma modesta de escucha que rara vez se traduce en prestigio y sin embargo sostiene casi todo: personas que se acercan sin léxico, con una intensidad todavía no profesionalizada, para decir que una parte les había hecho sentir algo que no sabrían ordenar mejor.

De vuelta al alojamiento -un piso compartido donde Sonia les había conseguido colchones y mantas prestadas-, Jules tardó en dormirse. Oía a Arthur moverse en la habitación contigua, a Lucas fumar en la ventana de la cocina con la discreción inútil de los culpables, a Mehdi enviando audios que no quería mandar pero mandaba igual. Pensó que la gira empezaba precisamente ahí, en ese punto donde la experiencia deja de poder resumirse en el concierto y se reparte entre cansancio, convivencia y una forma extraña de suspensión doméstica.

A la mañana siguiente desayunaron café demasiado claro y pan del día anterior. Nadie estaba brillante. Ese fue el primer signo tranquilizador de salud. Los grupos que se narran demasiado bien durante una gira suelen estar protegiéndose de algo.

La segunda fecha, en Bruselas, fue distinta de una manera instructiva. El espacio era mejor, el cartel más limpio, la comunicación más profesional, el camerino contenía fruta colocada con la clase de cuidado que indica una organización acostumbrada a recibir bandas sin idealizarlas. Todo parecía ascender un grado en la

jerarquía invisible de los circuitos. También el público era más legible: más prensa pequeña, más conversaciones antes del concierto sobre sellos, referencias, trayectorias. Menos azar.
-Justo lo que me hace tocar con alergia -dijo Lucas, afinando.
Arthur no respondió. Estaba concentrado en la batería con una intensidad opaca. Las mejores condiciones a veces lo endurecían. Como si la posibilidad de salir bien evaluado activara en él una zona de exigencia menos libre.
Antes de salir, Marianne les envió un mensaje breve: *No os volváis interesantes antes de tiempo*. Nadie comentó la frase en voz alta, pero todos la leyeron más de una vez.
El concierto fue técnicamente superior al de Lille y emocionalmente más ambiguo. Sonaron compactos, precisos, incluso por momentos poderosos. Hubo partes donde la sala devolvía cada golpe con una nitidez que parecía una recompensa civilizada. Sin embargo, al bajar del escenario, la sensación compartida no era de plenitud sino de sospecha.
-Ha estado demasiado bien -dijo Jules.
Mehdi se sirvió agua en un vaso de plástico.
-No me gusta cuando dices eso y tienes razón.
Lucas fue más directo.
-Hemos tocado como una banda que ya sabe cómo quiere ser entendida.
Arthur dejó las baquetas sobre la mesa.
-Y eso os parece malo.
-No siempre -dijo Lucas-. Hoy sí.
No discutieron más. Había conciertos que fracasaban y conciertos que abrían una duda peor: si la eficacia estaba empezando a limar algo que aún no sabían nombrar sin caer en romanticismos perezosos. El público de Bruselas fue generoso. Se acercaron dos

periodistas, una programadora de Namur, un músico mayor al que Arthur admiraba en secreto y que les dijo una frase breve -“tenéis un problema bueno con la contención”- que lo dejó afectado durante horas. También vendieron más camisetas de las que esperaban, lo cual produjo alegría práctica y una incomodidad casi supersticiosa en Lucas.
-No me gusta ver nuestra tipografía doblada en una bolsa.
-Me encanta oírte hablar como si cobrar fuera una traición metafísica -dijo Mehdi.
-Eso es porque aún no me debes dinero.
El trayecto de vuelta fue silencioso. No un silencio malo, sino uno de digestión. La carretera nocturna tiene a veces esa utilidad clínica: permite procesar sin convertir inmediatamente la experiencia en interpretación. Jules apoyó la frente en la ventanilla y pensó en la velocidad con que un grupo puede empezar a medirse contra la versión de su propio funcionamiento que produjo un concierto anterior. La gira no solo mostraba ciudades. Iba fabricando comparaciones internas, estándares móviles, narrativas de rendimiento. Lo peligroso no era fallar en ellas, sino olvidar que eran provisionales.
La fecha de Reims se cayó dos días después por “ajustes presupuestarios”, que en el idioma contemporáneo de la precariedad quiere decir: alguien hizo números y decidió que vuestra existencia era prescindible. La noticia llegó por correo, con disculpas correctas y una promesa de reprogramación en otoño que nadie creyó mucho.
Lucas celebró la cancelación con una amargura casi alegre.
-Me encanta cuando el mercado alternativo recuerda que sigue siendo mercado.
Arthur se enfadó más de lo esperado.

-No es solo el concierto. Es el trayecto. Es el alquiler. Es el tiempo de ensayo movido.
-Eso se llama realidad -dijo Lucas.
-No. Se llama que no somos los únicos precarios en la cadena y eso no mejora nada.
Etienne, al enterarse, propuso intentar meter una fecha pequeña en Amiens para no perder del todo el fin de semana. Lo hizo con el tono de quien ya sabe que remendar nunca equivale a sustituir pero puede impedir un agujero mayor. Sonia los conectó con una sala cooperativa; Marianne escribió a una programadora que conocía; Clara, para sorpresa de Jules, movió un contacto sin pedir nada a cambio. La gira empezó a mostrar otra de sus verdades menos narrables: ninguna circulación existe por pura autonomía. Hasta las trayectorias que uno quiere imaginar como autogestionadas están hechas de favores, restos de confianza, reputaciones prestadas y trabajo invisible de otros.
Amiens salió adelante con tres días de margen. El sitio era pequeño, casi ridículo en su escala, pero había una atención feroz en la gente que lo sostenía. Montaron ellos mismos parte del equipo, cenaron pasta en platos desechables junto a un mural a medio terminar y tocaron delante de treinta y cinco personas que escucharon como si la sala midiera diez veces más. Fue una de las mejores noches.
No por épica. Por proporción. Todo parecía estar exactamente a la altura de lo que podían dar y recibir sin teatro suplementario. Al terminar, una mujer de unos cincuenta años se acercó a Arthur y le habló no de política, ni de escena, ni de etiquetas, sino del modo en que una de las canciones había sostenido un tempo de ansiedad reconocible sin convertirlo en espectáculo. Arthur asintió con torpeza. No sabía bien qué hacer

con elogios que no pasaban por el repertorio habitual de legitimaciones.
Más tarde, ya cargando la furgoneta, Mehdi resumió la noche con una calma rara.
-Este concierto no nos sirve para subir. Nos sirve para no volvernos idiotas.
La frase quedó flotando de un modo incómodo y exacto.
La fecha central, la del festival de Marianne, llegó con un peso distinto. No por tamaño -seguía siendo pequeño-, sino porque durante semanas se había convertido en una especie de examen imaginario. Habían organizado ensayos en función de ella, rechazado otras cosas para llegar menos gastados, discutido arreglos con el público hipotético del festival dentro de la cabeza. Marianne, sin quererlo del todo, se había vuelto una figura de concentración moral.
El viaje hacia allí tuvo menos bromas que los anteriores. Arthur conducía con las manos demasiado firmes en el volante. Lucas escuchaba música en un auricular solo, señal inequívoca de repliegue. Mehdi revisaba horarios y mensajes con un rigor casi sacerdotal. Jules trató de escribir algo y abandonó a los cinco minutos. Algunas fechas no admiten ser preparadas en lenguaje sin protestar.
El festival estaba en una antigua nave reacondicionada a las afueras de una ciudad mediana que parecía no haber decidido aún si quería atraer cultura o simplemente tolerarla. Había dos escenarios, un equipo competente, voluntarios agotados, comida tibia y esa atmósfera reconocible de los eventos modestos bien curados: nada sobraba, nada impresionaba, pero casi todo había sido pensado por alguien.
Marianne los saludó con la misma sobriedad de siempre.
-No hagáis de esta fecha una tesis -dijo.

-Me sorprende tu fe en que podamos evitarlo
-respondió Jules.
-No tengo fe. Tengo experiencia.
No añadió más. Revisó con Arthur un par de cuestiones técnicas, habló con Mehdi sobre horarios, ignoró con elegancia el humor defensivo de Lucas y desapareció hacia otra urgencia. Su manera de cuidar consistía a menudo en no quedarse.
Compartían cartel con una artista electrónica de Lyon, un trío belga que hacía un ruido meticulosamente incómodo y una cantautora veterana a la que Arthur y Jules admiraban desde hacía años. Ese tipo de convivencia lateral -coincidir con otros sin convertirse necesariamente en colegas- empezó a ser una parte importante de la gira. En los camerinos y pasillos se daban conversaciones breves, alianzas de veinte minutos, observaciones técnicas que a veces contenían más verdad que ciertas entrevistas largas.
La cantautora veterana, Mireille Darras, los vio probar sonido y dijo después, encendiendo un cigarrillo junto a la salida de emergencia:
-Tenéis una relación demasiado moral con la intensidad.
Lucas la miró de perfil.
-¿Eso es una crítica?
-Es un diagnóstico provisional. A vuestra edad va bien.
-A nuestra edad ya no se dice eso -murmuró Jules.
Mireille sonrió.
-Pues entonces a vuestro síntoma.
El concierto empezó mal. No de forma desastrosa, pero sí con esa clase de rigidez que delata una inversión afectiva excesiva. El primer tema salió más rápido de lo debido. En el segundo, Jules entró tarde en una frase y trató de corregirse con una violencia verbal que empeoró la herida. Lucas, al intentar sostenerlo, endureció demasiado el bajo. Arthur apretó.

Mehdi miró a los tres con una calma feroz que solo se percibía de cerca.
Y entonces pasó algo pequeño y decisivo: en el cuarto tema falló un monitor.
No del todo. Lo suficiente. Un problema técnico menor, casi vulgar, intervino como una forma de gracia sucia. Los obligó a dejar de interpretarse a sí mismos y volver a escuchar el escenario real. Arthur empezó a marcar de otro modo, más físico. Lucas se acercó medio paso a Mehdi. Jules bajó el volumen de su propia conciencia lo justo para poder oír la sala. De pronto ya no estaban tocando el concierto importante. Estaban resolviendo un presente.
A partir de ahí, todo respiró mejor.
No fue un triunfo absoluto. Fue algo más creíble. Hubo una zona larga en mitad del set donde el grupo sonó como si hubiera dejado de pedir permiso a su propio concepto. Las canciones lentas, que en otros contextos se les caían hacia la solemnidad, adquirieron una aspereza viva. Un tema nuevo, el que Mehdi había propuesto "tocar peor" semanas atrás, encontró por fin una forma menos correcta y más necesaria. Al terminar no hubo explosión de aplausos, ni iluminación mística, ni esa épica retrospectiva que tanto daño hace a la memoria de los grupos. Hubo una recepción intensa, sostenida, suficiente. Lo mejor fue lo que no podía fotografiarse: al bajar del escenario no se miraron para evaluarse enseguida.
Marianne los dejó solos casi diez minutos antes de acercarse.
-Mejor -dijo.
Lucas bebió agua.
-Eres de una generosidad conmovedora.
-Lo sé.
Arthur esperó.
-¿Qué ha cambiado?

Marianne se encogió de hombros.
-Habéis dejado de administrar vuestra importancia.
Esa noche durmieron poco. No por celebración sino por activación nerviosa. En la zona común del alojamiento del festival, entre vasos de cartón y sillas plegables, hablaron con músicos a los que quizá no volverían a ver. Mireille les contó una historia cruel sobre una gira de los noventa donde cobraban en vales de comida y desprecio. La artista de Lyon habló de fatiga escénica como quien describe una lesión repetitiva. Un voluntario de veintidós años les explicó con una seriedad conmovedora por qué había decidido dedicar un año de su vida a programar conciertos en un lugar donde casi nadie cobraba lo suficiente. La gira empezaba a desplazar su centro: menos fantasía de desplazamiento individual, más conciencia de pertenecer, aunque fuera lateralmente, a una economía afectiva y material frágil.
Al día siguiente, en la carretera, nadie quiso convertir la noche en balance definitivo. Mehdi puso música mala a propósito. Lucas durmió. Arthur condujo con una soltura nueva, no porque el festival hubiera resuelto nada sino porque ya no necesitaba que lo resolviera. Jules pensó que algunas fechas importantes sirven sobre todo para desactivar la idolatría que uno había proyectado sobre ellas.
La segunda mitad de la gira fue más sucia.
No en términos artísticos, sino corporales. Empezaron a acumularse la falta de sueño, los horarios absurdos, la comida tomada tarde y mal, las pequeñas irritaciones que no justifican una pelea pero degradan el ánimo como la humedad degrada una pared. La convivencia entró en una fase menos noble. Arthur se volvió más seco. Lucas, más explosivo y luego más culpable. Jules atravesó dos días de mutismo casi total. Mehdi, que había sostenido mucho con su ironía

funcional, empezó a quedarse callado en momentos donde antes habría mediado.
En Nantes tuvieron la primera discusión verdaderamente fea del viaje. No por una gran cuestión simbólica. Por una puerta trasera.
La sala quería que descargaran en quince minutos porque había otro evento antes. El acceso era malo, llovía, faltaba un soporte, el técnico llevaba prisa y Lucas descubrió que una caja había viajado mal colocada. Dijo algo contra Arthur. Arthur respondió demasiado rápido. Jules intervino con una frase que pretendía pacificar y sonó condescendiente. Mehdi dejó caer un ampli con más fuerza de la necesaria.
-Lo que más me gusta de nosotros -dijo Lucas, empapado, agarrando un cable enredado- es que politizamos todo excepto la distribución real del esfuerzo.
Nadie contestó porque era un mal momento y una buena frase. Que es una combinación devastadora.
La pelea siguió a media voz en el camerino, entre toallas húmedas y olor a cerveza agria. No sacaron traumas antiguos ni resentimientos definitivos. Sacaron algo más corriente y por eso más importante: contabilidad moral. Quién carga más, quién decide más, quién se ausenta más dentro de sí mismo, quién convierte su ansiedad en criterio para todos. Fue incómodo y útil a la vez, como ciertas limpiezas que solo pueden hacerse cuando la casa ya está bastante desordenada.
-Me cansa que el perfeccionismo siempre parezca un bien común cuando lo ejerces tú -le dijo Lucas a Arthur.
-Y a mí me cansa que tu alergia a la autoridad se active justo cuando toca hacer algo desagradable -respondió Arthur.
Jules esperaba el golpe. Llegó.

-Tú no medies escribiendo sobre nosotros en tiempo real -dijo Lucas.
Jules tragó saliva. Mehdi habló por fin.
-Ya está bien. Si vamos a seguir siendo una banda, más nos vale aprender la diferencia entre una jerarquía funcional y un pequeño régimen afectivo.
La frase los dejó quietos. No porque resolviera la discusión, sino porque la colocó en un plano donde ya no podían fingir que hablaban solo de una puerta, una caja o un horario.
Tocaron poco después de ese intercambio y, contra toda lógica terapéutica superficial, tocaron bien. No por catarsis. Por claridad. A veces una fricción nombra por fin lo que estaba ocupando espacio de manera difusa y, al hacerlo, libera atención. El concierto no fue cálido; fue exacto. Al terminar, no se abrazaron ni hicieron bromas de reconciliación. Se pusieron a cargar en silencio, pero en un silencio menos envenenado.
Esa noche cenaron tarde en una brasserie casi vacía. Nadie quiso revisar la pelea en detalle. Eligieron otra forma de reparación: hablar de cosas laterales hasta que el cuerpo entendiera que el vínculo seguía ahí. Mehdi contó una historia humillante de adolescencia. Arthur confesó que odiaba conducir pero le aterraba parecer incompetente si lo decía. Lucas admitió que vender camisetas lo deprimía menos por mercantilización que por miedo a verse gustando demasiado. Jules dijo algo sobre su costumbre de convertir tensiones presentes en material mental para no sentirlas del todo. Nadie se lo reprochó. Ya lo sabían.
La gira, en ese punto, había perdido cualquier posibilidad de ser tomada por metáfora romántica. Era trabajo mal pagado, deseo sincero, organización defectuosa, escenas de cuidado imprevisto, pequeñas miserias somáticas y algunos momentos de música

que justificaban sin explicar el resto. Justamente por eso se volvía más real.
En Burdeos, una periodista local les hizo una pregunta que los desarmó por su sencillez.
-¿Qué os está costando más de tocar fuera de casa?
Se miraron como si la respuesta fuera obvia y no lo fuera.
Arthur dijo:
-Llegar siendo todavía alguien.
Lucas añadió:
-No convertir cada noche en un examen o en una revancha.
Mehdi:
-Dormir.
Jules tardó un poco más.
-Aceptar que una gira no revela quién eres. Lo mezcla.
La periodista sonrió como si hubiera recibido más de lo que esperaba. Ellos, en cambio, quedaron tocados por haber formulado algo verdadero sin la parafernalia habitual de la autointerpretación brillante.
Los últimos conciertos tuvieron una textura distinta, menos inaugural y más sedimentaria. Ya no estaban descubriendo solo las ciudades o las salas; se estaban viendo aparecer a sí mismos bajo repetición. Eso tenía algo de experiencia química. Ciertos gestos de Arthur al montar. La manera en que Lucas se aislaba quince minutos antes de tocar. La economía verbal de Mehdi cuando el cansancio le cruzaba un umbral. La tendencia de Jules a volverse observador incluso dentro de sus propios errores. La gira fabricaba personajes y al mismo tiempo les mostraba el coste de creer demasiado en ellos.
La última fecha fue en una ciudad pequeña cerca de Lyon, en un centro cultural municipal con butacas retráctiles, personal amable y un cartel donde por fin el nombre de la banda aparecía correctamente escrito y

con tipografía decente. Habría debido darles una sensación de llegada. No se la dio. Les dio otra cosa: cansancio limpio.
Tocaron un set sólido, no especialmente trascendente, con un par de momentos muy buenos y ninguna catástrofe. El público fue atento, incluso afectuoso. Vendieron dos discos, tres camisetas y hablaron con un profesor de instituto que quería poner una de sus letras en clase si conseguía "explicar antes por qué la rabia no siempre simplifica". Lucas casi se atragantó de ternura y cinismo.
Al terminar de cargar, ya de noche, se quedaron un rato junto a la furgoneta sin subir. No porque esperaran algo. Porque todavía no querían convertir el final en trayecto de vuelta.
-Fin de la gran gira europea -dijo Mehdi.
-No digas eso ni como broma -respondió Arthur.
Lucas encendió un cigarrillo, miró la punta roja en la oscuridad y habló sin sarcasmo.
-Me alegro de que haya sido más difícil de lo que parecía.
Jules lo miró.
-¿Porque así parece más serio?
-No. Porque así no podemos mentir tanto sobre por qué seguimos.
Nadie respondió enseguida. La frase tenía algo desnudo que no admitía adornos.
Volvieron a Montreuil dos días después, más porosos que triunfales. El local olía igual. Esa fue una de las sorpresas más útiles. Uno viaja semanas con la fantasía de que el regreso revelará una mutación visible, y en cambio encuentra cables, polvo, una silla coja, vasos viejos en una esquina. La épica de la salida rara vez modifica el mobiliario de base. Lo que cambia, si cambia algo, suele estar en otra parte: en la relación entre los cuerpos y ese mismo lugar.

Entraron sin hablar demasiado. Arthur dejó las llaves sobre el amplificador. Mehdi abrió una ventana. Lucas recorrió con la mirada el cuarto como si comprobara la supervivencia de un animal difícil. Jules dejó la mochila en el suelo y notó una sensación inesperada, casi incómoda: el local ya no era solo el sitio desde el que salían. También era el sitio al que ahora traían versiones de sí mismos producidas fuera.

No hubo balance oficial. Ni brindis. Ni declaración sobre lo aprendido. Se sentaron un rato cada uno donde pudo. El cansancio había limpiado las ganas de teoría.

Fue Arthur quien habló primero.

-Hemos tocado mejor al final que al principio.

Mehdi asintió.

-Y discutido mejor también.

Lucas sonrió sin alegría.

-No sé si eso cuenta como progreso o como profesionalización del desgaste.

Jules se quedó mirando el cuaderno cerrado dentro de la mochila.

-La gira no nos hizo más verdaderos -dijo al fin-. Pero sí menos imaginarios.

Esa frase tampoco resolvía nada. Solo nombraba un desplazamiento. Afuera seguía habiendo críticas posibles, ídolos desplazándose de sitio, fantasmas listos para reactivar sus viejos peajes. Además, la circulación traía consecuencias: más correos, nuevas invitaciones, pequeñas oportunidades, tentaciones de acelerar. Nada se volvía simple por haber salido a tocar unas semanas. La carretera no purifica. Apenas redistribuye.

Y sin embargo algo había pasado.

No habían encontrado una identidad más firme. Habían visto, más bien, cuántas identidades intentan usarte cuando te mueves: la banda prometedora, la banda

difícil, la banda legible, la banda honesta, la banda agotada, la banda que por fin funciona, la banda que empieza a repetirse. Habían atravesado esas proyecciones sin deshacerse del todo en ninguna. Eso, en su escala modesta, ya era una forma de consistencia.
Antes de irse, Jules abrió por fin el cuaderno. No escribió sobre carreteras, ni sobre salas, ni sobre la falsa mística del viaje. Escribió una sola línea, casi con rabia, para no olvidar lo esencial de esas semanas: Moverse no te saca de ti. Solo impide que sigas creyendo que eras una sola cosa quieta.
Cerró el cuaderno.
En el local volvió a hacerse ese silencio denso que no significa vacío sino resto. Quedaban trabajo, cansancio, deudas pequeñas, canciones por arruinar y reconstruir, llamadas sin devolver, ropa sin lavar, escenas todavía no entendidas. Quedaba también otra clase de pregunta, menos brillante que las del comienzo y quizá más útil.
No si la gira había salido bien.
Sino qué tipo de vida empezaba a volverse normal para ellos cada vez que aceptaban seguir.

Capítulo 8. La crisis

La crisis no llegó como llegan las catástrofes en los relatos perezosos: con una llamada a medianoche, una puerta rota, una traición perfectamente encuadrable. Llegó de una forma menos teatral y por eso más difícil de narrar sin falsearla. Llegó como una modificación

del aire entre ellos. Como una suma de pequeñas desobediencias interiores. Como el momento en que aquello que hasta hacía poco se sostenía gracias al movimiento empezó a pedir otra clase de prueba.
Al principio lo confundieron con cansancio.
Era razonable. Venían de la gira con el cuerpo todavía desordenado, el sueño mal rehecho y esa resaca peculiar que no produce el exceso sino la interrupción. Durante semanas habían vivido sometidos a urgencias claras: llegar, montar, tocar, cargar, dormir poco, volver a arrancar. El regreso les devolvía una libertad menos amable: la de tener que decidir qué significaba ahora seguir. Y decidir, cuando nadie obliga desde fuera, consume una energía distinta. Más abstracta. Más cruel.
El local seguía allí, idéntico en su obstinación material. Los mismos cables fatigados, la misma humedad que convertía una esquina en biografía mineral, la misma mesa plegable que había servido sucesivamente de escritorio, comedor, altar laico y depósito de cosas rotas. Pero ellos entraban de otra manera. Se movían por el espacio con un conocimiento nuevo y una incomodidad difícil de admitir. La gira les había quitado algunas ilusiones sobre sí mismos sin ofrecer a cambio una forma estable.
Durante los primeros ensayos tocaron mucho y hablaron poco. Parecía una buena señal. No lo era del todo. A veces el silencio indica concentración; otras veces, aplazamiento. Arthur llegaba antes que los demás y montaba la batería con una eficiencia que bordeaba la prevención. Lucas enchufaba el bajo y buscaba sonido durante demasiado tiempo, como si en el ajuste técnico hubiera una pregunta que aún no quería formular. Mehdi hacía observaciones mínimas, casi administrativas, sobre tempos, entradas o duración. Jules cantaba con una atención extraña,

menos entregada al trance que en otros momentos, como si estuviera probando la resistencia de cada frase frente a una sospecha reciente.
No era que sonaran peor. En ciertos pasajes sonaban mejor que nunca. Más precisos, menos enamorados de sus propias vacilaciones, más capaces de sostener una forma sin pedirle al accidente que la legitimara.
Justamente por eso aparecía otra inquietud. La mejora, en vez de tranquilizarlos, empezaba a abrir una grieta conceptual que ninguno había sabido enunciar todavía sin sonar solemne o infantil.
Una tarde lo hizo Lucas, naturalmente en la peor forma posible.
-Estamos empezando a funcionar demasiado bien.
Arthur ni levantó la vista.
-Qué problema insoportable.
-No hablo de tocar limpio.
-Entonces habla claro.
Lucas dejó el bajo colgando, con esa mezcla de desgana y agresividad que a veces parecía su manera más sincera de pedir ayuda.
-Hablo de que ya sé dónde va a caer cada cosa. Dónde nos tensamos, dónde respiramos, dónde el público suele entrar, dónde tú te pones serio, dónde Jules va a alargar una sílaba porque sabe que queda bien.
Jules frunció el ceño.
-No hago eso porque quede bien.
-Ya sé. Lo haces porque ahora sabes que funciona. Que es peor.
Mehdi apoyó el cuaderno sobre el ampli.
-Y aquí llega, puntual, nuestra discusión favorita: si la conciencia de los propios recursos convierte la música en una impostura o en un oficio.
-No caricaturices -dijo Lucas.
-No caricaturizo. Te traduzco.

Arthur golpeó dos veces la baqueta contra el aro, no para marcar un inicio sino para contener una impaciencia.
-Toda banda que no se disuelva en su primer impulso acaba encontrándose con esto. O aprendes algo de lo que haces o te dedicas eternamente a venerar tus torpezas iniciales como si fueran una ética.
La frase quedó flotando con demasiado peso para un martes cualquiera.
Jules pensó, sin decirlo, que quizá la crisis empezaba precisamente ahí: no en la posibilidad de volverse comerciales, ni en el miedo obvio a venderse, ni siquiera en la precariedad económica, que seguía siendo tan concreta como siempre. Empezaba en una región más incómoda. En la sospecha de que una forma de verdad puede degradarse no solo por traición, sino por repetición exitosa.
Las semanas siguientes confirmaron que no se trataba de una mala tarde.
Llegaron más correos después de la gira. Pocas cosas espectaculares, pero sí suficientes para alterar la escala de las decisiones. Una sala de mayor aforo en París quería programarlos como teloneros de una banda inglesa de culto medio. Un festival de verano preguntó por su disponibilidad con un tono que sugería presupuesto, aunque no uno generoso. Dos sellos pequeños pidieron escuchar material nuevo. Una revista cultural propuso una entrevista “sobre la nueva escena de guitarras y tensión”. Esa etiqueta hizo reír a Mehdi durante varios minutos y enfureció a Lucas el resto del día.
-La nueva escena de guitarras y tensión. Magnífico. Ya somos una carpeta.
-No seas injusto -dijo Jules-. También somos un pequeño párrafo.
Arthur no sonrió.

-Lo importante no es cómo nos llamen. Es qué aceptamos hacer dentro de eso.
Pero eso era precisamente lo difícil: aceptar sin obedecer, aprovechar sin volverse legibles de más, crecer sin dramatizar el crecimiento como si toda variación de escala fuera una forma de corrupción. El problema no era nuevo, pero ahora dejaba de ser teórico. Había interlocutores. Había plazos. Había pequeñas decisiones con consecuencias concretas. La crisis, entendieron, tenía menos que ver con un estallido que con una administración sostenida de ambigüedades.
Etienne volvió a aparecer con mayor frecuencia. Conservaba su economía verbal y esa manera suya de emitir advertencias como si solo estuviera describiendo el tiempo. Trajo cifras, habló de calendarios, recordó que el entusiasmo ajeno rara vez paga gasolina. Pero también percibió algo más difícil de cuantificar. Los encontró menos unidos por una intuición común y más separados por interpretaciones tácticas de un mismo momento.
-Os pasa una cosa bastante clásica -dijo una tarde, de pie junto a la puerta del local, sin quitarse el abrigo-. Empezáis a tener opciones antes de tener acuerdo sobre para qué sirven.
Lucas se dejó caer en una silla.
-Me encanta cuando conviertes nuestra fragilidad en tipología histórica.
-Es para que os sintáis menos especiales.
-Me ayuda regular.
Arthur, en cambio, tomó la frase en serio.
-¿Y qué hacemos?
Etienne se encogió de hombros.
-Lo único útil: hablar antes de que la realidad decida vuestro carácter por costumbre.
No lo hicieron enseguida.

Hablar en serio exigía admitir que la gira no los había devuelto fortalecidos de una forma simple. Había afinado cosas y desgastado otras. Había producido confianza práctica y al mismo tiempo había revelado diferencias más profundas de lo que cada uno quería de la banda. Mientras las fechas se encadenaban, esas diferencias podían camuflarse bajo la urgencia. Ahora, en Montreuil, con correos esperando respuesta y tardes disponibles para pensar demasiado, el desacuerdo empezó a adquirir rostro.
Arthur quería grabar pronto.
No por ansiedad de novedad, ni por el fetichismo del producto, sino porque intuía que el grupo se encontraba en un punto raro de madurez inestable: lo bastante sólido como para fijar algo, no tanto como para fosilizarse. Le preocupaba que siguieran tocando el mismo repertorio hasta volverlo un argumento circular sobre sí mismo.
-Si esperamos demasiado, las canciones van a empezar a parecer documentos de una versión nuestra que ya no existe.
Lucas desconfiaba de esa lógica.
-O van a dejar de parecérnoslo a nosotros, que no es lo mismo.
-¿Y qué propones?
-No correr por miedo.
-Mejor correr por qué. ¿Por convicción?
-No. Por necesidad de no obedecer a un calendario imaginario.
Mehdi se situaba en un lugar menos vistoso y más decisivo. Veía la urgencia de Arthur y comprendía la prevención de Lucas. Sabía además algo que los otros intuían de forma fragmentaria: los recursos reales eran limitados hasta un punto casi ridículo. Grabar significaba dinero, tiempo, coordinación, negociación técnica y una energía mental que quizá aún no habían

recuperado del todo. Pero también sabía que postergar indefinidamente en nombre de la pureza del proceso podía convertirse en otra coartada elegante.
Jules, por su parte, empezaba a sospechar que el problema de fondo no era si grabar o no grabar, sino desde qué régimen interior se tomaría esa decisión. La gira le había dejado una certeza desagradable: una parte de sí mismo era capaz de romantizar cualquier conflicto con tal de no nombrar a tiempo su miedo más simple. Y su miedo más simple en ese momento no era al éxito ni al fracaso. Era a que la banda empezara a exigir una definición de él que la escritura aún no sabía acompañar sin resentimiento.
Una noche volvió a ver a Clara.
No había habido ruptura explícita entre ellos, pero sí una dispersión cada vez menos accidental. Durante la gira se habían escrito poco y con esa mezcla de afecto real y cortesía estratégica que suele anunciar un cambio más profundo que cualquier discusión. Se encontraron en un bar pequeño cerca del canal, eligieron una mesa mal iluminada y durante varios minutos hablaron de otras personas, otras agendas, otros trabajos. La conversación se deslizó hacia la banda casi por cansancio.
-Os noto raros desde que volvisteis -dijo Clara.
Jules removió el vaso vacío aunque ya no quedaba nada que mezclar.
-Raros es un término generoso.
-Entonces dame uno menos diplomático.
-Nos estamos volviendo conscientes de nosotros mismos de una forma poco saludable.
Clara lo observó un instante.
-Eso os pasa desde que os conozco.
-Sí, pero ahora hay pequeñas consecuencias. Invitaciones. Expectativas. Gente escribiendo como si estuviéramos entrando en algo.

-¿Y tú en qué crees que estáis entrando?
Jules tardó en responder.
-En una zona donde ya no basta con querer parecerse a una banda que no miente. Hay que decidir qué mentiras son inevitables.
Clara sonrió con una tristeza leve, no cruel.
-Eso suena mucho a ti y poco a una decisión practicable.
Tenía razón. Por eso dolió.
-A veces pienso -siguió ella- que confundís mucho la vigilancia moral con la profundidad. Como si detectar toda trampa os librara de vivir dentro de alguna.
Jules apoyó la espalda en la silla.
-Qué descanso hablar contigo.
-No es descanso. Es que no estoy dentro.
La frase, dicha sin vanidad, le recordó algo importante: toda crisis de grupo fabrica un lenguaje interno que tiende a absolutizarse. Desde dentro, cada gesto parece cargado de consecuencias históricas. Desde fuera, a veces no deja de ser cuatro personas intentando no perder del todo el sentido de lo que comparten. Esa reducción podía ser injusta. También podía salvar.
Pocos días después, Marianne apareció por el local con una puntualidad que ninguno le había pedido pero todos agradecieron a su manera. Traía cigarrillos, ojeras y un cansancio que parecía mejor organizado que el de ellos. Había visto suficientes trayectorias intermedias como para detectar el tipo de turbulencia antes de que se formulara.
-Contadme vuestra versión mala -dijo, sentándose en una caja de transporte-. La buena ya me la imagino.
Nadie quiso empezar. Finalmente habló Mehdi.
-La versión mala es que la gira salió suficientemente bien como para complicarlo todo.
Marianne asintió.

-Perfecto. Esa es una crisis de verdad. Las fáciles vienen del desastre.
Arthur expuso su deseo de grabar. Lucas su resistencia a precipitarse. Jules trató de explicar algo sobre repetición y pérdida de riesgo que sonó más convincente en su cabeza que en el aire. Mehdi puso números sobre la mesa: costes, tiempos, trabajos paralelos, disponibilidad. Marianne escuchó sin interrumpir, salvo para pedir precisión cuando alguno se refugiaba en conceptos demasiado nobles.
-¿Qué quiere decir exactamente “demasiado pronto”? -le preguntó a Lucas.
-Que aún no sé si estas canciones están vivas o solo adiestradas.
-Bien. Eso ya es mejor que hablar de autenticidad.
Luego miró a Arthur.
-¿Y “grabar ahora” quiere decir fijar un momento o asegurar tu autoridad?
Arthur se tensó.
-No necesito asegurar...
-Sí, ya. Nadie necesita nunca asegurar su autoridad justo antes de hacerlo.
El golpe fue seco pero no injusto. Arthur bajó la mirada hacia una llave de afinación que giraba entre los dedos. Marianne siguió con la misma dureza útil que los había sostenido otras veces.
-La cuestión no es si corréis o no. La cuestión es si sois capaces de distinguir entre decisión y reacción. Muchas bandas aceleran porque temen que el momento pase. Otras se frenan porque temen que el momento las obligue a volverse concretas. Ambas creen estar defendiendo algo noble.
-¿Y la respuesta? -preguntó Jules.
-No hay respuesta general. Hay síntomas. Si discutís más sobre lo que significaría grabar que sobre cómo suenan realmente las canciones ahora mismo, vais mal.

El silencio posterior fue de los que reorganizan una sala.
Porque era verdad. Hacía días que hablaban del sentido de sus próximos pasos con una intensidad casi filosófica, pero tocaban menos el problema material y sensible: qué canciones resistían, cuáles estaban huecas, qué nuevas formas habían aparecido, qué zonas del directo merecían ser traducidas y cuáles debían quedarse como acontecimientos de escenario. La crisis, al verse nombrada, dejó de parecer enteramente abstracta.
Esa misma noche hicieron algo inhabitual: dejaron de ensayar y se sentaron a escucharse con brutalidad concreta. Mehdi había grabado varios conciertos de la gira con una calidad irregular pero suficiente. Pusieron fragmentos de Lille, Bruselas, Amiens, el festival de Marianne, Nantes. Al principio oírse fue desagradable por los motivos habituales: defectos amplificados, gestos vocales insoportables, desequilibrios de mezcla que parecían argumentos personales contra cada uno. Luego empezó a aparecer algo más valioso. Una cartografía.
En Lille había hambre y torpeza fértil.
En Bruselas, control brillante y una especie de cerco invisible.
En Amiens, una proporción casi milagrosa entre fragilidad y forma.
En el festival, una inflexión clara: el momento en que el grupo dejaba de tocar la idea de sí mismo y empezaba, por obligación técnica y alivio moral, a habitar una escucha menos narcisa.
En Nantes, una dureza cortante que no era bonita ni amable, pero sí difícil de falsificar.
Escucharon horas. Paraban, discutían, retrocedían veinte segundos, volvían a poner una transición, una entrada, una respiración. Arthur defendía ciertos

pasajes por arquitectura. Lucas, por peligro. Mehdi atendía a la energía relacional entre ellos con una precisión casi clínica. Jules iba tomando notas sin decidir si eran para un disco, para una conversación futura o para protegerse de la experiencia convirtiéndola en texto una vez más.

En un momento dado, cerca de medianoche, Lucas señaló un fragmento de Amiens donde una canción que en ensayo solía sonar demasiado calculada aparecía de pronto áspera, breve, casi arisca.

-Eso -dijo-. Ahí no estamos representando nada. Estamos apenas consiguiéndolo.

Arthur no discutió.

-Y esto también -añadió, marcando un pasaje de Nantes donde la batería entraba seca, el bajo parecía morder y la voz de Jules perdía elegancia a favor de una exposición incómoda.

Marianne, que seguía allí fumando junto a la ventana abierta, habló sin mirar a nadie.

-Vuestra crisis tiene una buena noticia. Cuando dejáis de administrar cómo queréis ser percibidos, seguís existiendo.

Nadie celebró la frase. No era celebrable. Era más bien una condición de trabajo.

A partir de entonces, la crisis cambió de forma. No desapareció, pero dejó de ser una nube conceptual y empezó a distribuirse en tareas, discusiones y renuncias más localizables. Lo cual no la volvió agradable; la volvió habitable.

Decidieron separar el problema en partes.

Primero: repertorio. Qué canciones merecían seguir vivas y cuáles estaban sobreviviendo por costumbre o por apego a una versión ya superada del grupo.

Segundo: grabación. No “hacer un disco” como horizonte grandilocuente, sino registrar un conjunto

breve de piezas capaces de soportar fijación sin perder completamente su aspereza.
Tercero: ritmo de crecimiento. Qué conciertos aceptar en los meses siguientes, con qué criterios y bajo qué condiciones mínimas para no convertir la exposición incipiente en una máquina de agotamiento.
La claridad táctica no eliminó el conflicto emocional. Lo hizo más preciso.
Las sesiones dedicadas al repertorio fueron las más duras.
Matar una canción en una banda pequeña tiene algo de gesto casi indecente. No porque exista un mercado esperando, ni una audiencia inmensa reclamando su himno. Precisamente al contrario. Cada tema arrastra horas invisibles de local, discusiones, intuiciones torpes, reconciliaciones parciales, pequeñas epifanías privadas. Renunciar a uno implica admitir que el trabajo invertido no garantiza continuidad. Que el pasado del grupo no merece conservación automática solo por haber sido suyo.
Jules fue quien más sufrió ahí. Algunas letras viejas llevaban adheridas versiones de sí mismo que todavía no sabía despedir sin sentir una pérdida ilegible. Arthur escuchaba menos el texto que la estructura. Mehdi analizaba si la canción producía todavía un problema vivo o solo imitaba uno. Lucas detectaba con crueldad bastante exactitud dónde empezaban a tocar desde la memoria muscular y no desde una necesidad presente.
-Esta ya la sabemos demasiado -dijo sobre un tema que meses atrás habían defendido como si contuviera una clave central.
-Eso no la invalida -replicó Jules.
-No. Pero le quita hambre.
Arthur intervino con una frialdad que esta vez no sonó autoritaria, solo triste.

-No podemos quedarnos con canciones por lealtad biográfica.
La frase decidió varias cosas.
Salieron del repertorio tres temas. No de manera ceremonial. Uno quedó suspendido “por ahora”, fórmula que todos entendieron como una forma compasiva de entierro. Otro se transformó tanto que casi dejó de ser reconocible. El tercero murió de verdad, en un silencio que ninguno quiso dramatizar.
Lo inesperado fue que, al vaciar, apareció espacio.
Mehdi propuso recuperar una pieza instrumental corta que habían relegado por considerarla demasiado desnuda. En el nuevo contexto, esa desnudez ya no parecía carencia sino interrupción necesaria. Arthur comenzó a tocar ciertos patrones con menos relleno, como si hubiera entendido que en ese momento el grupo necesitaba más decisión que riqueza. Lucas dejó de saturar una sección donde antes buscaba compensar con volumen una inseguridad de forma. Jules reescribió dos letras casi enteras, no para volverlas más claras sino para quitarles el tipo específico de ingenio defensivo que ahora le resultaba insoportable.
La crisis trabajaba también por sustracción.
Fuera del local, sin embargo, la vida no había suspendido sus propias exigencias. Ese fue otro de los elementos menos románticos y más decisivos del período. Arthur seguía encadenando trabajos precarios que le dejaban la espalda cargada y el humor reducido. Mehdi asumía más horas en una librería donde lo consideraban fiable precisamente porque administraba bien su desgaste. Lucas se metió en una serie de colaboraciones técnicas mal pagadas para otros grupos que despreciaba estéticamente con una arrogancia que apenas disimulaba el miedo a necesitar ese dinero. Jules aceptó escribir varias piezas para una

revista cultural que le pedía lucidez semanal sobre asuntos que a veces solo le producían cansancio abstracto.
La crisis de la banda se mezclaba así con otra verdad menos noble: seguir teniendo una banda requiere a menudo una cantidad obscena de trabajo exterior que mina justo la parte de uno mismo que luego debe aparecer disponible para crear. No había pureza en esa ecuación. Tampoco escapatoria fácil.
Una tarde, mientras desmontaban después de un ensayo especialmente áspero, Mehdi dijo algo que parecía una broma y no lo era del todo.
-Lo más antiartístico que hacemos es sobrevivir.
Lucas cerró un estuche con demasiada fuerza.
-No. Lo más antiartístico sería empezar a hablar como si eso nos diera superioridad moral.
-Mehdi no ha hablado de superioridad -dijo Jules.
-He hablado de cansancio -corrigió Mehdi.
Arthur se secó la frente con la camiseta.
-Y de que estamos intentando tomar decisiones complejas con un margen psíquico de insecto.
Esta vez sí se rieron. No mucho, pero lo suficiente como para reconocer el diagnóstico.
En medio de ese proceso llegó una propuesta más grande de lo esperado.
No era enorme. No había manager, ni cifras transformadoras, ni la promesa obscena de una vida resuelta. Pero sí era el tipo de oferta capaz de recalibrar un horizonte: un sello independiente con mejor distribución, cierta reputación internacional en circuitos afines y una inclinación estética que, al menos sobre el papel, no resultaba ofensiva. Habían escuchado grabaciones de la gira por mediación de Marianne y querían reunirse.
La noticia no produjo entusiasmo limpio. Produjo un silencio lleno de aritmética moral.

Lucas fue el primero en enunciar la sospecha.
-Justo a tiempo para que nos imaginemos aceptando algo antes de saber qué aceptaríamos en realidad.
Arthur no compartía del todo ese reflejo defensivo, pero tampoco quiso negarlo.
-Verlos no nos obliga a nada.
-No -dijo Lucas-. Nos obliga a representarnos.
Mehdi intervino.
-Eso ya lo hacemos gratis entre nosotros.
Quedaron en ir los cuatro.
La reunión fue en una oficina pequeña, sorprendentemente sobria, en el segundo piso de un edificio sin encanto. Los recibió una mujer llamada Sabine, alrededor de cuarenta años, voz baja, ropa sin esfuerzo aparente y una manera de escuchar que desarmaba más que ciertas muestras ostentosas de entusiasmo. No los halagó. No necesitó. Habló de algunas canciones, de ciertos pasajes de la gira, de la dificultad poco habitual que veía en su relación con el pulso y la contención. Arthur se tensó al sentirse comprendido en un terreno tan específico. Lucas se irritó levemente por la misma razón.
Sabine fue clara.
-No os llamo porque seáis fáciles de vender. Si quisiera algo fácil, no estaríamos aquí. Os llamo porque me interesa que todavía no hayáis decidido del todo qué forma estable queréis tomar. Eso tiene fecha de caducidad, claro. Pero también tiene una energía real.
Jules pensó que era, a la vez, lo más acertado y lo más peligroso que podían decirles.
Hablaron de formatos. Un EP antes que un álbum. Tirada modesta. Libertad relativa en mezcla, aunque con límites presupuestarios. Posibilidad de algunos conciertos mejor articulados si el lanzamiento tenía consistencia. Nada indecoroso. Nada milagroso. Lo

bastante serio como para comprometer. Lo bastante pequeño como para no salvar a nadie.
Cuando salieron, caminaron varias calles sin decidir en qué bar sentarse. Como si elegir mesa implicara ya entrar en la interpretación correcta de lo ocurrido.
-Fue inteligente -dijo Jules al fin.
-Demasiado -respondió Lucas.
Arthur lo miró con cansancio.
-No todo lo articulado es manipulación.
-No todo. Pero a veces reconocer exactamente tu conflicto es la forma más eficaz de volverte cooperativo.
-Me gustaría un día entero dentro de tu cabeza -murmuró Mehdi-. Para confirmar científicamente que es agotador.
Terminaron en un café anodino donde el camarero parecía odiar la luz. Allí, entre vasos pequeños y una calefacción excesiva, la discusión que habían ido posponiendo desde la gira encontró por fin una forma más desnuda.
Arthur habló primero, quizá porque sabía que si esperaba demasiado su posición correría el riesgo de sonar como una ambición personal disfrazada de bien común.
-Yo quiero hacerlo. No porque crea que esto nos vaya a resolver la vida ni porque me seduzca tener una estructura un poco más decente alrededor. Quiero hacerlo porque prefiero equivocarme concretando que pasar seis meses defendiendo una incertidumbre que ya empieza a oler a miedo.
Lucas sostuvo la mirada unos segundos.
-Y yo no quiero decir que no. Quiero saber a qué sí. Porque hay una parte de nosotros que se vuelve muy razonable justo antes de aceptar lo que luego llama inevitable.
Mehdi agitó el café.

-Eso es bastante preciso.
Jules buscó las palabras con dificultad.
-Creo que lo que me asusta no es el sello. Es la velocidad con que todo puede empezar a organizarse alrededor de una versión narrable de nosotros. Que de pronto las canciones dejen de ser lugares donde nos pasa algo y se conviertan en pruebas de consistencia.
Arthur respondió con menos dureza de la habitual.
-Eso ya puede pasarnos sin sello, sin disco y sin salir de este bar.
Nadie tuvo un argumento perfecto contra esa frase.
La crisis, en ese momento, mostró su núcleo menos espectacular y más irreversible: no había una opción inocente. Ni avanzar ni aplazar garantizaban pureza. Ni aceptar estructura equivalía necesariamente a venderse, ni defender la indecisión protegía automáticamente lo vivo. Tenían que elegir sin refugiarse en la fantasía de una salida intacta.
Tardaron dos semanas en decidir.
Dos semanas de ensayos extraños, mensajes largos, irritaciones breves y una clase de atención mutua menos sentimental de lo que habría parecido desde fuera. Se hicieron preguntas mejores que antes. No "qué pensará tal gente", ni "si esto nos vuelve más o menos auténticos", sino otras más ásperas: cuánto tiempo real podían sostener la banda sin algún tipo de articulación material más firme; qué grado de intervención externa estaban dispuestos a asumir; cuánta energía dedicarían a defender una identidad negativa construida sobre rechazos; cuántas veces más podían aplazar una grabación sin que la demora se volviera una posición estética de pereza sofisticada.
La respuesta final no fue unánime en emoción, pero sí en decisión.
Aceptarían grabar un EP con Sabine y su sello, bajo condiciones claras, escritas y discutidas hasta el

agotamiento. Pocas canciones. Plazos razonables. Control real sobre el repertorio y la producción. Ninguna promesa grandiosa sobre promoción. Ninguna aceleración de conciertos que repitiera el desgaste de la gira sin necesidad.
Lucas fue quien más tardó en asentir del todo. Lo hizo sin épica.
-Acepto porque prefiero pelear dentro de una decisión que seguir defendiendo desde fuera una sospecha infinita.
-Me parece una de tus mejores frases capitalistas -dijo Mehdi.
-Te odio.
-Lo sé.
Podría parecer que ahí termina una crisis. Sería falso. La decisión no cerró el conflicto. Lo desplazó. Cada paso posterior reactivó zonas nuevas de tensión: estudios posibles, dinero insuficiente, arreglos discutidos, la aparición súbita de opiniones externas más o menos informadas. Pero algo sí cambió de manera nítida. Dejaron de combatir una bruma y empezaron a tratar con objetos. Fechas. Canciones. Contratos. Llamadas. Ensayos orientados. Presupuestos miserables pero reales. La materia tiene esa ventaja sobre la ansiedad: al menos ocupa sitio.
En ese tramo final de la crisis ocurrió además algo menos visible y quizá más importante. Aprendieron a reconocer en qué momentos hablaban desde un problema musical y en cuáles estaban usando la música como superficie honorable para conflictos de lugar, miedo o poder. No siempre acertaban. Pero la distinción empezó a existir.
Una noche, ya bastante tarde, después de varias horas de trabajo sobre un tema nuevo que no terminaba de encontrar cuerpo, Arthur dejó las baquetas y dijo:

-No sé si estoy defendiendo el ritmo o mi necesidad de sentir que conduzco algo.
Lucas no respondió enseguida. Luego asintió.
-Yo no sé si estoy discutiendo el arreglo o evitando que algo me entusiasme demasiado.
Mehdi miró a Jules.
-Te toca.
Jules se pasó la mano por la cara.
-No sé si esta letra está mal o si me da vergüenza que no se esconda más.
Fue un momento breve. Nada solemne. Nadie se abrazó. Nadie declaró que por fin se entendían. Pero la sala quedó atravesada por una claridad sin heroísmo que, en grupos como ellos, valía más que cierta intimidad performativa.
Marianne volvió a verlos poco antes de que cerraran el acuerdo con el sello. Escuchó dos temas nuevos, fumó la mitad de un cigarrillo sin terminarlo y dijo:
-Ahora tenéis un problema mejor.
Arthur arqueó una ceja.
-¿Mejor que cuál?
-Que el de confundiros con vuestra promesa. Ahora corréis el riesgo contrario: confundiros con vuestra capacidad de gestión.
Jules soltó una risa seca.
-Qué alivio no salir nunca de clase.
Marianne se encogió de hombros.
-La única gente que deja de estar en clase en este oficio es la que ya solo repite.
Antes de irse añadió algo que ninguno comentó en voz alta hasta mucho después.
-La crisis útil no es la que te rompe. Es la que te obliga a renunciar a una versión favorecedora de ti mismo.
Cuando se marchó, el local quedó de nuevo en silencio. Afuera llovía con esa insistencia mediocre que París administra tan bien: suficiente para ensuciarlo

todo, no tanto como para justificar una épica del encierro. Dentro, las cosas seguían siendo pobres y concretas. Cables, humo viejo, vasos mal lavados, papeles con horarios, una lista de canciones tachadas y reescritas, la funda rota de un teclado, una factura doblada dentro de un cenicero vacío.
La crisis no les había regalado grandeza. Les había quitado adjetivos.
Eso se notaba en cómo hablaban al final de aquellas semanas. Menos teoría total. Menos necesidad de convertir cada decisión en síntoma de época. Más atención, incluso en medio del cansancio, a los mecanismos precisos por los que una banda puede empezar a traicionarse sin necesidad de volverse famosa, rica ni especialmente visible. También a los mecanismos menos narrables por los que puede sostenerse: disciplina sin policía interior, conflicto sin melodrama, ambición sin mística empresarial, cuidado sin sentimentalismo.
Una noche, al cerrar el local, Lucas se quedó el último con Jules en la puerta. Hacía frío. La calle estaba casi vacía. Desde dentro aún se filtraba un olor tenue a polvo caliente y metal.
-¿Sabes qué me molesta más de todo esto? -dijo Lucas.
-Que exista.
-No. Que la crisis nos haya vuelto un poco más adultos justo cuando más ganas tenía de seguir siendo irresponsable con estilo.
Jules sonrió.
-Esa era una irresponsabilidad bastante trabajada.
Lucas encendió un cigarrillo, miró la llama como si le tuviera una objeción íntima y exhaló despacio.
-Supongo que sí. Pero era nuestra.
Jules pensó en corregirlo, en decir que nada de aquello les pertenecía del todo, que incluso sus modos de

resistencia estaban hechos de influencias, escenas, pose heredada y miedo con buenos modales. No lo hizo. Porque también había una verdad más sencilla. Una banda, a cierto punto, no se define solo por lo que crea. Se define por el tipo de crisis que está dispuesta a atravesar sin delegarla en una excusa.

Se despidieron sin dramatizar. Al día siguiente volverían a entrar en el local, a discutir una transición, un verso, un presupuesto ridículo, una llamada pendiente. La vida de la banda no se había aclarado. Se había vuelto más específica.

Y en esa especificidad había una forma modesta de avance.

No salían de la crisis convertidos en otra cosa. Salían con menos margen para fingir que no sabían dónde estaban las trampas principales. Eso no inmuniza. Apenas responsabiliza.

A veces era suficiente.

En las semanas que siguieron, mientras el EP empezaba a tomar la forma lenta de una decisión que por fin acepta pagar sus consecuencias, quedó en ellos una sedimentación menos visible que cualquier contrato. La banda ya no podía pensarse solo como refugio, ni como promesa, ni como laboratorio moral contra el mundo. Era también una pequeña institución inestable que producía sus propias inercias, jerarquías, zonas ciegas y formas de cuidado. Entender eso no la volvía menos querida. La volvía menos sagrada.

Y quizá esa era la única salida adulta que les interesaba de verdad: no dejar de creer en lo que hacían, sino dejar de necesitar que su fe los absolviera. Porque la crisis, al final, no había preguntado si eran sinceros.

Había preguntado algo peor.

Si eran capaces de seguir juntos una vez perdida la comodidad de imaginar que la sinceridad, por sí sola, bastaba.

Capítulo 9. Regreso, o algo parecido

El EP no tenía nombre todavía cuando entraron al estudio. Habían discutido varias opciones, todas con el mismo destino: archivadas en conversaciones que se interrumpían por una llamada, una duda técnica, el simple cansancio de quienes han aprendido a desconfiar de los títulos antes que de las cosas. Dejaron que el espacio físico los bautizara primero.

El estudio ocupaba el sótano de un edificio en el canal Saint-Martin, accesible por una escalera de metal que resonaba como un instrumento percusivo al pisarla. El productor era un hombre de sesenta y dos años que había trabajado con bandas que ahora pertenecían a la geografía mitificada —nombres que Lucas reconocía con una mezcla de respeto y recelo, como quien ve fotos de los amores de juventud de sus padres— y que desde hacía una década se dedicaba casi exclusivamente a grabar jazz de cuartos frecuentados por la misma docena de oyentes. Se llamaba Bernard, aunque todos en el circuito lo conocían por un apodo que no usaba nadie en su presencia. Tenía la costumbre de escuchar los ensayos enteros sin anotar nada visible y de hablar solo cuando el grupo llegaba a un punto de agotamiento que él mismo parecía calibrar con precisión de patio de colegio.

-El primer día es para que ustedes se escuchen en este sitio —dijo, señalando los monitores con un gesto que no evaluaba, solo constataba-. El segundo, si

llegamos, es para que empiecen a mentirme con criterio.
Arthur rio, solo. Bernard lo observó sin devolverle la sonrisa.
Marianne los había derivado hacia él con una frase ambigua: —No os va a proteger, pero tampoco os va vender una historia que no sea la vuestra"—. A Lucas le pareció una recomendación de tía soltera respecto a un pretendiente. A Mehdi, una descripción técnica que respetaba. A Jules, una promesa que ya sabía incompleta. A Arthur, un desafío.
El primer día, de hecho, no produjo nada registrable por voluntad explícita. Tocaron durante seis horas con los micrófonos abiertos, Bernard ajustando posiciones sin comentarios, el grupo redescubriendo el eco peculiar de ese subsuelo húmedo. El sonido llegaba con una demora casi imperceptible, suficiente para desorientar a quienes se habían amoldado a la acústica aseca de su local. Jules cantó con una prudencia que no reconocía como suya. Lucas encontró que el bajo se comportaba como instrumento distinto, más parlante, menos complice. Arthur golpeaba con una contención que bordeaba la timidez, una novedad inquietante. Mehdi parecía el único que no había cambiado, hasta que Bernard, ya casi al final, le señaló un pedal con el pie y él supo que había sido visto en algo que creía invisible.
Cuando salieron, la noche sobre el canal parecía mentir sobre la hora. Era medianoche pero el tráfico peatonal sugería algo intermedio, una ciudad que no descansa sino que cambia de turno. Caminaron en silencio hasta un bar que no conocían, se sentaron en una mesa con vistas a nada en particular, pidieron cervezas que no terminaron.
-Esto va a ser más lento de lo que pensaba —dijo Arthur al fin.

-Más lento o más difícil de nombrar —corrigió Jules.
Lucas giró el vaso entre las palmas.
-¿Alguien más sintió que estábamos tocando para que él nos escuchara en lugar de tocarnos a nosotros?
-Él es el primer oído externo que no pagamos nosotros —dijo Mehdi-. Eso cambia la ecuación. No la invalida.
Arthur no estaba seguro de que "ecuación" fuera la palabra correcta para lo que había sentido. Había detectado en sí mismo algo incómodo: la necesidad de que alguien con autoridad confirmara que estaban haciendo algo válido. Una necesidad que doce meses atrás habría rechazado con violencia articulada, y que ahora apenas reconocía sin poder suprimirla.
Lo peor no era tenerla. Era darse cuenta de que la tenían todos, en grados distintos, con vergüenzas distintas.
La segunda semana traía consigo una rutina que ninguno había previsto: la accidentalidad del estudio dejó de ser excusa y empezó a ser método. Bernard proponía tomas que parecían incompletas por diseño. Cortaba en medio de frases que se afirmaban. Dejaba registrados silencios que a Arthur le parecían errores de tape hasta que escuchaba la mezcla provisional y descubría que ocupaban más espacio que las notas. El hombre trabajaba con una economía de intervención que confundía a cuatro músicos acostumbrados a la urgencia coreográfica del directo.
-Una cosa es la música que hacéis en el escenario —les dijo una tarde, cuando Lucas protestó por una toma descartada-. Otra es la música que podéis permitiros dejar existir. No son la misma.
-Eso suena a que nos pide que seamos otra banda —dijo Lucas.

-Suena a que os pido que decidáis si sois una banda que graba lo que toca o una banda que usa el estudio como lugar donde descubrir qué estáis tocando.
Jules escribió la frase en una libreta que ya no sabía si era para letras, apuntes, o simple compulsión de convertir en texto lo que resistía ser vivido directamente. La frase le pareció, como tantas cosas de Bernard, simultáneamente obvia e inasequible.
Empezaron a ocurrir fenómenos que no se habían programado.
Una tarde, frente a un tema que venían arrastrando desde antes de la gira — uno sobre el que Jules había construido una letra que ahora le resultaba literatura de otro nivel de madurez, otro nivel de impostura —, Bernard detuvo la toma en el momento exacto en que la canción alcanzaba su resolución armónica esperada.
-Cambiad el final —dijo.
-¿Por qué? —preguntó Arthur, aunque en su voz había algo que ya sospechaba.
-Porque aquí sabe demasiado bien lo que ocurre. Y lo que ocurre es que ustedes ya saben lo que ocurre.
La frase, aplicada a cuatro músicos que llevaban meses discutiendo precisamente sobre el peligro de la repetición exitosa, produjo una risa nerviosa que tardaron en identificar como propia. La risa de quienes descubren que su neurosis privada tiene gramática compartida.
Cambiaron el final. No por Bern, sino porque él había formulado en voz alta algo que en el local de Montreuil habían circular en silencios y miradas. El nuevo cierre fue menos satisfactorio, más asimétrico, con una salida de Mehdi que no encontraba reposo en ningún acorde conocido. Cuando terminaron, la sala quedó con una vibración que Jules describiría más tarde como "el silencio de después de algo que no ha terminado del todo".

-Eso —dijo Bernard, con una aprobación tan contenida que podría haber sido su opuesto-. Eso es para lo que sirve esto.
Pero "eso" no ocurría todos los días. Había tardes de disputa puramente técnica, de cansancio que se confundía con derrota, de rencores reencarnados en discusiones sobre compresores. Había momentos en que Jules escapaba al exterior, subía las escaleras hasta el nivel de la calle, y fumaba mirando el agua verde del canal con una tristeza que no lograba localizar en ningún mapa emocional que reconociera.
En una de esas salidas encontró a Clara.
No coincidencia. Ella había sido quien, indirectamente, les había señalado el estudio durante una conversación telefónica de la que Jules no recordaba haberla iniciado. Estaba sentada en un banco con una revista que no leía, un gesto que Jules reconoció como suyo de otros tiempos: la simulación de ocupación como forma de espera.
-¿Mejor? —preguntó ella, sin especificar.
-Dependería de qué entiendas por mejor.
Ella sonrió con la misma tristeza sin crueldad que él había llevado consigo durante semanas.
-Me refiero a si ya no tenéis que fingir que la crisis os hizo mejores.
Jules se sentó a su lado, manteniendo la distancia protocolaria de quienes han dejado de ser intimos pero no han aprendido a ser otra cosa.
-Ahora tenemos que fingir otras cosas —dijo-. Que sabemos lo que estamos haciendo. Que el estudio no nos intimida. Que todavía hay algo en esto que no está hecho de miedo a quedarnos sin él.
Clara dobló la revista sin prisa.
-¿Y hay algo?

Jules tardó. El sol de julio —era julio, aunque a él le pareciera otra estación— caía sobre el agua con una indiferencia que encontró reconfortante.
-Hay algo —dijo al fin-. No sé si es lo que digo que es.
-Bueno. Eso, al menos, es honestidad de adulto.
Se despidieron con un beso en la mejeda que ninguno prolongó. Clara se fue caminando hacia el norte, hacia una vida que Jules intuía más coherente que la suya sin poder definir en qué consistía esa coherencia. Él regresó al sótano donde Bernard acababa de sugerir a Arthur que regrabara una entrada entera porque "había empezado antes de que empezara".
El regreso al local no fue ceremonia ni conclusión. Fue necesidad práctica: necesitaban un espacio donde ensayar los arreglos que el estudio había modificado, donde la cuerda nueva encontrara tensión en condiciones distintas a la perfección controlada. El edificio de Montreuil los recibió sin solemnidad, con la misma humedad mineral, los mismos cables, la mesa plegable que ahora servía de archivo para cintas y CD-R de demostración.
Toogaron por primera vez con la conciencia de que habían sido vistos —oídos— por alguien que no pertenecía a su economía afectiva. Era una pequeña infidelidad productiva. Ninguno la nombró así.
Descubrieron que Bernard había dejado algo en ellos que no era técnica: una manera de escucharse con la expectativa de sorpresa. Arthur encontró que podía proponer un patrón nuevo sin que los demás lo interpretaran como afirmación de liderazgo. Lucas descubrió que podía aceptar una sugerencia de Jules sobre un corte en el bajo sin sentir que cedía terreno estético que nunca había poseído con claridad. Mehdi entendió que su papel no era mediar sino participar de la tensión sin resolver. Jules, por su parte, empezó a

cantar con algo que no era confianza —la confianza le parecía ahora categoría sospechosa— sino permiso: permiso para que la voz fuera lo que era en ese momento, no lo que debería ser según un acuerdo previo con el espejo.

Pero el regreso también mostró lo que el estudio había oculto. La precariedad material seguía ahí. Los trabajos ajenos exigían horas. El dinero del anticipo del sello —pequeño, formal, real— se consumía en una aritmética que ninguno había calculado del todo. Las facturas de ensayo, el transporte, la comida entre sesión y sesión, el cable que Lucas debía reemplazar, la pedalera que Mehdi había prometido arreglar desde abril.

Una noche, después de ensayar hasta las dos de la mañana, Arthur se quedó solo con Jules cerrando. La pregunta que formuló no la había preparado:

-¿Alguna vez piensas que seríamos mejores músicos si no tuviéramos que ser otras cosas también?

Jules cerró la funda del micro con una deliberación que ganó tiempo.

-Seríamos otros músicos. No sé si mejores.

-¿Y te importa?

-Sí. Me importa no saber cómo se mide eso.

Arthur asintió con una gravedad que no le pertenecía del todo o que le pertenecía de más formas de las que podía distinguir.

-Etienne dice que el EP va a servir para que nos traten como algo serio.

-¿Y nosotros nos tratamos como algo serio?

Arthur no respondió. Se miraron un instante con la complicidad sin reconocimiento de quienes saben que comparten una pregunta que ninguno sabe formular sin autoengaño.

La mezcla llegó en septiembre, cuando el calor empezaba a algo parecido a retirada y París

recuperaba esa tensión particular entre el verano que termina y las urgencias que nunca pausaron del todo. Bernard les había preparado tres versiones de cada tema: una "fiel" al directo, otra "libre" en el tratamiento, una tercera que él llamaba "la que no les voy a explicar".

Escuchar las mezclas fue una ceremonia que no se planificó como tal. Se reunieron en el estudio un martes que todos habían dejado libre con alguna renuncia económica, sentados en el mismo orden de siempre —Jules al centro, Arthur a su derecha perceptiva, Lucas a su izquierda reactiva, Mehdi atrás, donde podía verlos a todos sin ser visto del todo—. Bernard puso la primera versión del primer tema sin introducción.

El sonido llenó la sala con una densidad que el directo nunca alcanzaba y que los ensayos solo insinuaban. Era como ver su propia cara en una fotografía tomada con luz desconocida: reconocible, ajena, cargada de información que no pedían.

Nadie habló durante la primera pasada completa. Cuando terminó, Lucas fue el primero:

-Tiene demasiada piel.

Arthur frunció el ceño.

-¿Es que acaso no tenemos piel?

-Tenemos piel. Esto tiene la piel de alguien que se ha mirado demasiado en el espejo.

La discusión que siguió no fue nueva en forma, pero sí en sustancia. Ya no discutían qué querían ser, sino qué habían sido en el momento de la grabación, qué versiones de sí mismos habían dejado registradas, y si esas versiones merecían perpetuación o acusación. Bernard las observaba sin intervenir, con la paciencia de quien ha presenciado cientos de grupos descubriendo que el estudio no miente, solo selecciona.

Al final, la elección no fue unanimidad sino pacto. Tomaron de cada versión lo que cada uno podía sostener sin mentir del todo. Hubo concesiones que dolieron menos de lo esperado, y rigideces que se mantuvieron sin la urgencia previa de justificarlas como principios. Cuando terminaron, tenían veinte minutos de música que no resolvían quién eran, pero que al menos no fingían haberlo resuelto.

Bernard les preparó un café —gesto inédito— y dijo algo que ninguno anotó pero todos recordarían:

-Lo que tienen aquí no es un disco. Es una constatación. El disco, si llega, será lo que hagan con esto después.

La prensa, cuando llegó, lo hizo con la puntualidad de lo inevitable.

No por el EP —aún no salía— sino por la entrevista que la revista cultural había propuesto meses atrás, la de "la nueva escena de guitarras y tensión". Aparecieron cuatro párrafos que los mencionaban junto a otros tres grupos, con una fotografía tomada en el local que ninguno recordaba haber autorizado. El texto era preciso en observaciones y vago en juicios, algo que Jules encontró más perturbador que la alabanza o el ataque. Decían que su música "operaba en una zona de indefensión deliberada", que "la voz de Jules Dubois no tanto cantaba como constataba", que Arthur Percival construía ritmos "con la obstinación de quien sabe que la repetición puede ser ritual o tedio dependiendo de un factor que no controla".

Arthur guardó el ejemplar durante días antes de mostrárselo a los demás. Cuando lo hizo, fue con una pregunta que no formuló: ¿estaban leyendo sobre ellos mismos o sobre una versión que ya habían superado en silencio?

Mehdi fue el único que lo tomó con algo parecido a utilidad.
-Esto es información —dijo-. No es verdad ni mentira. Es lo que alguien ve desde fuera en un momento.
-¿Y qué hacemos con eso? —preguntó Lucas.
-Lo mismo que con el resto: lo usamos si sirve, lo dejamos si no.
Jules pensó que Mehdi había aprendido algo en el último año que él mismo seguía resistiendo: la capacidad de tratar la percepción externa como dato sin convertirlo ni en amenaza ni en validación. Una neutralidad que no era fría, solo desengañada.
El EP salió en noviembre, en una edición de quinientos ejemplares que parecía a la vez escasa e imposible de agotar. La presentación fue en una sala de tamaño intermedio, ni el bunker íntimo del principio ni la sala de mayor aforo que les habían ofrecido y declinado. Invitaron a Marianne, que apareció con un nuevo corte de pelo y la misma manera de asistir sin celebrar. Etienne estaba allí, con su economía verbal intacta, observando la reacción del público con ojos que Jules identificó como los de alguien que ha visto demasiadas transiciones para confundir movimiento con avance.
Tocaron bien. No exceptionalmente, no con la entrega tránsica de mejores noches, pero con una precisión que no era fría. Habían aprendido a habitar el escenario sin necesidad de representar la urgencia. El público —más numeroso de lo habitual, más heterogéneo— recibió la música con una atención que Jules no supo leer: ¿comprensión, curiosidad, moda?
Después, en el local de siempre, celebraron con una cerveza que no terminaron y una discusión que no empezaron. La crisis que habían atravesado no había producido unidad edificante. Había producido algo más modesto: la conciencia de que podían continuar sin necesidad de fingir que continuaban era inevitable.

Lucas fue el último en irse. Se quedó en la puerta con Jules, repitiendo una escena que ya habían vivido pero que ninguno nombró como repetición.
-¿Sabes qué me molesta ahora? —dijo Lucas.
-Que exista.
-No. Que esto ya no sea crisis. Que sea simplemente... lo que hacemos.
Jules se quedó con la frase. La lluvia de noviembre empezaba, la misma mediocridad épica que París manejaba con oficio.
-¿Y eso es malo?
-No es malo. Es... —Lucas buscó, encontró una palabra que no le pertenecía del todo— ...habitable.
Se despidieron sin dramatizar. Dentro, las cosas seguían siendo pobres y concretas. Cables, humo viejo, la lista de canciones tachadas, la factura doblada en el cenicero vacío. Pero algo había cambiado en la relación con esos objetos. Ya no eran pruebas de autenticidad. Eran simplemente herramientas de un trabajo que había decidido continuar sin prometerles nada.
El regreso, si eso fue, no los devolvió a ningún origen. Los dejó donde estaban, con una especificidad que no inmunizaba contra nada, pero que al menos impedía ciertas confusiones cómodas. La banda ya no era promesa ni refugio ni laboratorio moral. Era una pequeña institución inestable que generaba sus propias inercias, sus propias formas de cuidado, sus propias trampas.
Y seguían ahí. Eso, a veces, era suficiente.

Capítulo 10. El sonido de los que quedaron

El invierno no llegó como interrupción sino como sedimentación. Primero fue el vaho en el local, la forma en que la respiración se hacía visible entre amplificadores y tazas de café rehecho. Después, la dificultad práctica de cargar instrumentos bajo una lluvia que parecía menos meteorología que temperamento municipal. Más tarde, la evidencia de que el EP ya estaba afuera en el mundo y que el mundo, en respuesta, no había hecho nada dramático: ni consagrarlos ni ignorarlos por completo, sino incorporarlos a esa circulación menor en la que ciertas cosas empiezan a existir sin dejar por ello de ser frágiles.

Vendieron más copias de las que Etienne había pronosticado en voz alta y menos de las que Arthur había fantaseado en silencio. Recibieron dos reseñas generosas, una hostil con inteligencia suficiente para no poder descartarla como caricatura, varias menciones laterales en listas de fin de año y una invitación para abrir tres fechas fuera de París a un grupo que Jules había admirado a los diecinueve y que ahora le producía una mezcla de afecto y distancia parecida a la que se siente frente a una fotografía propia.

Nada de eso cambiaba la materia concreta de los días. Lucas seguía dando clases dos tardes por semana a adolescentes que querían tocar el bajo pero en realidad querían una coartada para no hablar de otras cosas. Mehdi reparaba equipos en un taller donde la mitad de su tiempo consistía en resucitar aparatos que habían muerto por causas sentimentales más que eléctricas. Arthur alternaba trabajos breves, mal enlazados entre sí, con una disponibilidad nerviosa que el resto confundía a veces con disciplina. Jules corregía textos ajenos, escribía frases sueltas en cuadernos que perdía con método, y empezaba a entender que la voz con la

que cantaba no podía separarse del modo en que atravesaba las semanas.

El éxito, si se lo quería llamar así, no había llegado con fuerza suficiente como para ordenarles la vida. Solo había introducido una variante: ahora debían decidir qué hacer con la prueba de que alguien escuchaba.

Esa prueba se presentó una noche de enero en Lille, durante la segunda de las tres fechas como teloneros. La sala estaba llena de un público que no había ido a verlos, lo cual producía una forma de libertad que Arthur no había anticipado. Tocaron sin la teatralidad defensiva que a veces les imponía París. Sin conocidos en la primera fila, sin la economía afectiva habitual, sin necesidad de gestionar las reacciones de quienes luego comentarían cada tema junto a la barra.

En la cuarta canción, una de las nuevas, Jules dejó de oírse durante unos segundos por un problema menor en el retorno. No fue un desastre. Fue algo más raro: la banda siguió con una cohesión que no dependía de la vigilancia constante. Arthur sostuvo el pulso con una sobriedad que meses antes habría interpretado como renuncia. Lucas encontró un lugar entre dos notas en el que la canción respiraba mejor. Mehdi, sin mirar a nadie, alteró una textura apenas perceptible que permitió que la voz regresara sin dramatismo. Cuando terminaron, los aplausos fueron más atentos que entusiastas. Pero al bajar del escenario los cuatro compartieron una percepción que tardaron en formular.

-Hemos tocado como si no tuviéramos que demostrarnos nada —dijo Lucas, ya en el pasillo.

Arthur tardó unos segundos.

-O como si ya no supiéramos qué es exactamente lo que había que demostrar.

Jules pensó que ambas frases decían lo mismo desde lados distintos del mismo cansancio.

El regreso en furgoneta fue silencioso, no por incomodidad sino por esa fatiga buena que deja una noche en la que el cuerpo ha entendido algo antes que la cabeza. Mehdi, desde el asiento de atrás, dijo de pronto:
-Lo peligroso empieza ahora.
Nadie respondió de inmediato. Afuera, la autopista se desplegaba con la monotonía industrial que vuelve abstracta cualquier conversación.
-¿Porque salió bien? —preguntó Jules al fin.
-Porque ahora podemos empezar a creernos una versión manejable de nosotros mismos.
Lucas apoyó la frente en la ventanilla.
-¿Y no llevamos haciendo eso toda la vida?
-Sí —dijo Mehdi—. Pero antes al menos era una ficción ineficaz.
Arthur soltó una risa breve, casi agradecida. Había algo en Mehdi que se volvía más preciso cuanto menos quería ocupar el centro. Jules lo observó por el retrovisor y pensó que algunos cambios importantes no se parecen a una transformación sino a una reducción del ruido.
En febrero llegó la propuesta de un álbum.
No exactamente un contrato nuevo, no todavía. Más bien una conversación formalizada: el sello quería saber si tenían material, horizonte, resistencia. Etienne transmitió la noticia con la misma sobriedad con la que habría comentado un cambio en el horario del metro. Marianne, en cambio, fue más clara cuando Jules la llamó después:
-Un EP se perdona. Un disco empieza a contar como biografía.
La frase lo acompañó durante varios días con esa incomodidad específica de las verdades útiles. Un disco no era solo más canciones; era una forma de continuidad, una toma de posición respecto al tiempo.

Exigía no ya intensidad sino persistencia, una virtud menos fotogénica y por ello más difícil de sostener sin autoengaño.

Se reunieron en el local un domingo por la mañana, horario que todos detestaban y que, precisamente por eso, garantizaba una sinceridad poco literaria. Había restos de humedad en las paredes, una bolsa con cruasanes que nadie admitió haber comprado, y una libreta abierta ante Jules como amenaza más que como herramienta.

-Tenemos material para medio disco bueno o para un disco entero que se mienta a sí mismo —dijo Lucas sin preámbulos.

Arthur, que había llegado con la energía crispada de quien ha ensayado mentalmente una discusión, respondió antes de sentarse:

-También tenemos la opción de escribir más y dejar de hablar como si cada decisión fuera un juicio moral.

-Nadie ha dicho que sea moral —dijo Jules.

-No, pero lo tratamos como si cada arreglo revelara quiénes somos como personas.

Mehdi observó el intercambio con esa atención lateral que no parecía intervenir pero terminaba desplazando el eje.

-A veces sí lo tratamos así —dijo—. Y a veces nos escondemos detrás de lo técnico para no decir otras cosas. Las dos son verdad.

El silencio posterior no fue tenso; fue exacto. De esos silencios que no clausuran una conversación sino que por fin la sitúan donde debía estar.

La discusión de aquella mañana no resolvió nada de inmediato. Lo que hizo fue más útil: delimitar el campo real del problema. No se trataba de si podían hacer un disco. Se trataba de qué clase de vida estaban dispuestos a reorganizar para hacerlo y qué perderían, en términos concretos, al intentarlo. Horas de trabajo,

vínculos mal atendidos, dinero inexistente, salud administrada con la torpeza de quienes siguen creyéndose temporalmente jóvenes.
Arthur fue el primero en romper la abstracción.
-Yo puedo reducir horas dos meses. Más no.
Lucas negó con la cabeza.
-Yo no. Marzo y abril son cuando más alumnos tengo. Si recorto ahí, no pago mayo.
Jules hizo una cuenta mental que no llevaba a ningún sitio elegante.
-Si grabamos, tiene que ser más fragmentado. Fines de semana. Noches. O con otra clase de presupuesto que no tenemos.
-Entonces esa es la forma —dijo Mehdi—. No la forma ideal. La forma verdadera.
Nadie se entusiasmó con la idea, lo cual fue precisamente el primer indicio de que podía funcionar. Empezaron a trabajar de otro modo. Menos épico, menos concentrado, menos disponible para el mito de la inmersión total. Ensayos cortos y precisos. Grabaciones caseras que luego desarmaban con una severidad menos narcisista que antes. Bernard aparecía de vez en cuando como una autoridad remota a la que consultaban solo cuando ya habían agotado sus supersticiones.
Fue en ese periodo cuando Arthur empezó a faltar. No mucho. No de forma suficientemente clara como para nombrarlo enseguida. Llegaba tarde. Cancelaba un ensayo por una razón plausible. Tocaba con una corrección que no admitía objeciones pero retiraba algo que antes estaba allí incluso en sus peores noches: una clase de implicación física que el resto había dado por estructural. Al principio Jules pensó que se trataba de cansancio. Luego creyó reconocer otra cosa, una retirada sin gesto, la forma más difícil de

enfrentar porque siempre se puede confundir con una mala semana.
La conversación ocurrió una madrugada de marzo, al terminar un ensayo particularmente limpio y particularmente muerto. Lucas había sido el primero en guardar el instrumento, movimiento que en él equivalía a una acusación. Mehdi enrollaba cables con un cuidado casi irritante. Arthur evitaba mirar a nadie.
-Esto no está mal —dijo Jules, apoyado en la mesa plegable.
-Precisamente —respondió Lucas.
Arthur exhaló por la nariz, no del todo una risa.
-¿Ahora el problema es que tocamos demasiado bien?
-El problema —dijo Lucas— es que ya sé dónde vas a caer en cada tema. Y no porque estés sólido. Porque estás fuera.
La frase quedó en el aire con una crudeza que nadie quiso suavizar. Arthur levantó la vista al fin. En otro tiempo habría respondido atacando la premisa, la forma, la autoridad implícita. Esta vez se sentó.
-No sé si quiero hacer el disco —dijo.
No fue teatral. No pidió reacción. Dijo la frase con el cansancio de quien ha dejado de editar un pensamiento que lleva semanas repitiéndose a solas. Jules sintió primero alivio, después miedo por haber sentido alivio.
-No sabes si quieres hacer este disco o si quieres seguir en la banda —preguntó, procurando que la diferencia no sonara jurídica.
Arthur se tomó tiempo.
-No lo sé. Sé que cuando salió el EP pensé que íbamos a sentir algo más nítido. No euforia, tampoco. Pero algún tipo de... confirmación. Y en cambio lo único que pasó es que ahora todo parece más real y menos justificable.

-Me parece bastante real que estemos aquí a la una y media de la mañana sin cobrar —dijo Lucas.
-No hablo de sacrificio. Hablo de sentido.
Nadie se permitió ironizar, tal vez porque todos habían formulado esa misma palabra en secreto con diferentes grados de vergüenza.
Mehdi terminó de enrollar el último cable antes de hablar.
-A veces el sentido viene después. A veces no viene. Lo que no podemos hacer es exigirle a esto que nos explique por qué vivimos como vivimos.
Arthur asintió sin asentir. Jules pensó en Clara, en Bernard, en todas las personas que habían orbitado alrededor de la banda dejando frases que solo se volvían inteligibles cuando ya no resolvían nada.
-No quiero arrastrarlos a una versión mía que ya está medio fuera —dijo Arthur al fin.
Lucas se apoyó contra la pared con una dureza que, Jules sabía, era otra forma de proteger algo.
-Yo preferiría que lo dijeras tarde a que no lo dijeras nunca.
Aquella noche no hubo resolución. Se fueron cada uno con una bolsa distinta de pensamientos mal cerrados. Jules caminó hasta la parada del nocturno y entendió, con una calma desagradable, que el final de una banda rara vez sucede en el momento espectacular que imagina la gente. Empieza antes, como una redistribución de energía, una asimetría nueva en las ganas, una divergencia en el uso del futuro verbal.
Las semanas siguientes fueron extrañas por su civismo. Nadie dramatizó. Nadie hizo de portavoz del daño. Arthur siguió yendo, siguió tocando, siguió proponiendo incluso un patrón rítmico nuevo para una canción que terminó siendo de las mejores. Pero algo se había vuelto contable. Cada gesto parecía estar

acompañado de la pregunta tácita de si era inversión o despedida.
La decisión definitiva llegó en abril, un martes de lluvia fina que habría resultado ofensivamente simbólico de no ser porque en París esa clase de lluvia ya había dejado de significar nada. Arthur los citó en un café cerca de République, lugar neutral, lo bastante ruidoso como para desalentar escenas.
-No me voy porque esté enfadado —dijo después de pedir algo que no bebió—. Ni porque crea que esto no vale. Me voy porque llevo meses esperando volver a sentir la necesidad de estar aquí y cada vez siento más la obligación.
Lucas miró la calle antes que a él.
-¿Hay otra cosa? —preguntó.
-Sí. Pero no es otra banda, si eso es lo que pensáis.
Jules no lo pensaba. O no exactamente. Había conocido a Arthur demasiado bien como para reducir su fatiga a una traición anecdótica. Lo que veía era más sencillo y más difícil: alguien incapaz ya de ofrecer esa porción de fe irracional que una banda exige, incluso cuando se pretende adulta, horizontal y desmitificada.
-¿Qué es? —preguntó Mehdi.
Arthur sonrió con una vergüenza que lo rejuvenecía y lo cansaba al mismo tiempo.
-Quiero estudiar sonido. En serio. No como apéndice de tocar. Como oficio. Y si sigo así, voy a seguir posponiéndolo por lealtad a una versión mía que ya no me alcanza.
La frase produjo en Jules una punzada de reconocimiento. No porque compartiera el deseo concreto, sino porque entendía demasiado bien la violencia íntima de aceptar que una identidad sostenida durante años había dejado de coincidir con la forma posible de la propia energía.

Lucas fue el último en hablar.
-Me da rabia que lo digas de una manera tan razonable.
Arthur soltó una risa, esta vez sí completa.
-Es la primera vez en mi vida que consigo irme de un sitio sin incendiarlo. Dadme eso al menos.
La despedida no fue armoniosa, pero sí limpia. Se dieron un mes para cerrar las fechas comprometidas. No anunciaron nada enseguida. Ensayaron con la delicadeza hostil de quienes saben que cualquier comentario puede sobredimensionarse por el contexto. Y, sin embargo, tocaron mejor. No porque la inminencia embellezca todo, sino porque a veces la finitud elimina la ficción del tiempo infinito y obliga a una atención más justa.
El último concierto con Arthur fue en mayo, en una sala demasiado grande para la épica de las despedidas y demasiado pequeña para que la escena pudiera llamarse histórica. Etienne insistió en que no lo vendieran como un final. Marianne, que había ido sin avisar, le dijo a Jules junto a la barra:
-Los finales de verdad casi nunca necesitan cartel.
No lo anunciaron desde el escenario hasta el final del bis. Jules habló poco. Dijo que era la última fecha con Arthur, que eso cambiaba cosas pero no borraba nada, que tocar con alguien durante años era una forma de aprendizaje que rara vez encuentra lenguaje suficiente. Arthur, incómodo con la frontalidad emocional, hizo lo que mejor sabía hacer cuando no quería volverse personaje de sí mismo: contó cuatro y entró en la última canción.
Hubo momentos de esa noche que después recordarían de manera distinta. Lucas insistiría durante años en que la tercera canción fue el punto exacto en que la banda sonó más parecida a una verdad que a una idea. Mehdi diría que no, que fue durante la

penúltima, cuando Arthur retrasó milimétricamente un acento y obligó al resto a decidir juntos si caerse o convertir la caída en frase. Jules conservaría sobre todo una imagen: Arthur al terminar, no exaltado, no roto, sino quieto detrás de la batería, como si escuchara por primera vez desde fuera algo que había ayudado a construir por dentro.

No hubo fiesta posterior digna de relato. Hubo abrazos torpes, vasos de plástico, promesas de verse que no eran mentira aunque tampoco garantía. Bernard apareció veinte minutos y se marchó sin opinar. Clara no fue. Etienne pagó una ronda con la austeridad de quien considera que incluso los gestos generosos deben mantener proporción.

Tres semanas después ensayaron por primera vez sin batería.

El vacío acústico fue lo de menos. Lo más difícil era el vacío conversacional: ciertas bromas ya no tenían receptor; ciertas tensiones ya no encontraban el mismo punto de apoyo. Durante la primera hora avanzaron de forma torpe, interrumpiéndose demasiado, buscando un lenguaje que todavía llevaba el cuerpo de una persona ausente en el centro.

-Esto suena como una casa después de una mudanza —dijo Lucas.

Mehdi, sentado en el suelo, ajustaba un pedal sin tocarlo.

-Sí. Pero también es una casa donde se puede mover por fin algún mueble.

La solución no llegó en forma de reemplazo inmediato. Probaron con dos bateristas conocidos y uno recomendado por Bernard. Todos tocaban bien. Ninguno tocaba con esa mezcla de insistencia y resistencia que había definido tanto al grupo como su repertorio. Durante un mes consideraron seriamente detenerse. No como catástrofe, sino como posibilidad

adulta. Jules incluso ensayó en privado la vida que quedaría si la banda terminaba: menos logística, menos deuda, menos excusas también.
Lo que impidió la disolución no fue la ambición. Fue algo más austero.
Una tarde de junio, mientras repasaban una canción en formato reducido solo para “no dejar que se enfríe”, descubrieron una versión distinta de sí mismos. Lucas cambió al teclado barato que llevaban años usando para texturas marginales. Mehdi pasó la guitarra por una cadena de efectos que deshacía más de lo que añadía. Jules dejó de cantar una parte y empezó a decirla casi por debajo, sin proyectarla hacia ninguna épica de escenario. La canción perdió pegada y ganó otra cosa: un espacio.
-Esto no es una maqueta —dijo Jules al terminar.
-No —respondió Lucas—. Y tampoco es una solución.
-Pero es una dirección —dijo Mehdi.
A veces las bandas sobreviven no cuando encuentran sustitutos, sino cuando descubren que la pérdida altera de verdad el idioma y les impide seguir escribiendo la misma frase. Esa tarde entendieron que continuar no consistiría en restaurar la formación original bajo otro nombre propio, sino en aceptar el daño como forma.
El nuevo baterista llegó después, casi como consecuencia y no como causa. Se llamaba Nuno, tenía treinta y siete años, venía de dos proyectos desaparecidos con discreción y tocaba con una economía que al principio Lucas confundió con falta de riesgo. Bernard lo había sugerido con una sola frase: “Escucha antes de pegar”. Jules lo encontró excesivamente sereno. Mehdi, prometedor. Nuno no intentó parecer imprescindible. En la segunda sesión preguntó si podían tocar un tema sin decidir aún dónde iba el pulso principal. Arthur jamás habría hecho esa pregunta. Precisamente por eso funcionó.

No fue sustitución. Fue traducción.
El verano los encontró trabajando en un material que ya no sonaba al disco que habían imaginado en febrero. Era menos frontal, más poroso, menos preocupado por demostrar cohesión. Etienne frunció el ceño cuando escuchó las primeras maquetas. Marianne, en cambio, dijo:
-Ahora sí estáis dejando entrar algo que no os obedece.
Jules tomó nota mental de la frase y decidió no escribirla. Había aprendido, por fin, que algunas intuiciones se estropean en cuanto se archivan como doctrina.
En septiembre entraron a grabar de nuevo. No con la idea de capitalizar el impulso del EP, ni con la ansiedad de "dar el salto", expresión que Lucas ya no soportaba. Entraron porque después de todo lo ocurrido seguían teniendo canciones y porque esas canciones pedían una forma que todavía no existía. Bernard los recibió con la misma falta de ceremonial que la primera vez, aunque cuando vio a Nuno se permitió una inclinación de cabeza que en él equivalía a entusiasmo.
-El error de los grupos —dijo durante la primera pausa — es creer que continúan por conservar miembros. A veces continúan por conservar preguntas.
Nadie respondió, tal vez porque por una vez la frase no necesitaba ser discutida para volverse cierta.
La grabación fue distinta desde el comienzo. Menos reactiva. Menos obsesionada con fijar una identidad. Jules cantó mejor y más raro, ambas cosas a la vez. Lucas aceptó zonas de simplicidad que antes le habrían parecido capitulación. Mehdi ocupó un espacio menos diplomático y más compositivo. Nuno cometió el gesto más inteligente que puede cometer un músico que entra en una historia ajena: no intentó parecer el

origen de nada, solo volvió posibles relaciones que los demás aún no sabían tener.
Durante una de las noches largas del estudio, ya casi al final, Jules salió a la calle a fumar aunque había dejado el tabaco de manera incompleta y reincidente. El canal seguía allí, ejerciendo su persistencia de paisaje indiferente. Pensó en Arthur, no con nostalgia culpable sino con una gratitud extrañamente despojada. Hay personas con las que uno no termina; simplemente deja de estar en la misma frase.
Clara apareció en su cabeza antes que en la realidad. No la veía desde hacía meses. Se preguntó, sin tristeza particular, qué versión de él habría sabido nombrar ella en ese momento. Ya no le parecía importante encontrar a alguien que lo explicara desde fuera. La banda tampoco tenía esa función. Quizá esa era la adultez que todos habían rodeado durante dos años creyendo que se trataba de otra cosa: dejar de exigir a los vínculos que legitimen la forma de la propia incertidumbre.
Volvió al sótano. Bernard estaba solo en la sala de control, escuchando una toma en volumen bajo.
-Esta sí —dijo sin girarse.
-¿Sí qué?
-Sí existe.
Jules miró por el cristal a los otros tres, desordenados entre cables, botellas de agua, cansancio y concentración. No parecían una promesa. No parecían un símbolo generacional. No parecían, siquiera, especialmente preparados para ninguna clase de triunfo. Parecían lo que eran: gente que había perdido ciertas coartadas y seguía, con menos pureza y más precisión, haciendo sitio para algo.
Entendió entonces que el sonido de los que quedaron no era un sonido victorioso. Ni siquiera necesariamente nuevo. Era el sonido que aparece cuando una forma

colectiva sobrevive a la fantasía de salvar a quienes la componen. Más pobre que el sueño. Más útil que la decepción.
Cuando salieron del estudio, ya de madrugada, París tenía esa temperatura incierta de las horas en que el día aún no empieza pero la noche ha dejado de pertenecer a alguien. Nuno se fue primero, con un gesto breve. Lucas habló de comida. Mehdi de horarios. Bernard desapareció sin despedida visible. Jules caminó unos metros detrás de los otros dos y pensó, no sin ironía, que había pasado media novela esperando comprender qué sostenía realmente una banda.
No era la amistad, aunque sin cierta amistad nada resistiera.
No era el talento, aunque sin trabajo sobre el talento solo quedara pose.
No era la necesidad de éxito, demasiado volátil para organizar años.
No era siquiera el amor por la música, fórmula tan amplia que servía para ocultar cualquier vacío.
Lo que sostenía una banda, cuando algo la sostenía, era una forma compartida de tolerar el tiempo. Estar lo suficiente. Cambiar sin fingir continuidad perfecta. Dejar que unos se fueran, que otros llegaran, que las canciones registraran lo perdido sin convertirlo en mausoleo.
Los que quedaron no eran los mejores ni los más puros ni los más fieles a una idea originaria. Eran, sencillamente, los que habían aceptado seguir sin garantías y sin el consuelo adolescente de creer que la precariedad equivalía a verdad.
A veces eso bastaba.
Y a veces, cuando bastaba, sonaba.

Epílogo

Años después, cuando alguien intentó reconstruir en una entrevista el “momento decisivo” del grupo, Jules respondió con una cortesía que rozaba la evasión.

-No hubo uno.

La periodista, decepcionada por la falta de escena, insistió con variantes más utilizables: el primer concierto importante, la crisis, la salida de Arthur, el primer disco, la reseña que cambió las cosas, la gira en la que por fin dejaron de sentirse impostores. Jules negó cada posibilidad sin sarcasmo. No por modestia, ni por estrategia, sino porque había llegado a desconfiar de la manera en que las historias retrospectivas ordenan la experiencia para volverla legible a costa de empobrecerla.

Lo decisivo, si existía algo así, había sido menos visible.

Una conversación interrumpida y retomada meses después.

La paciencia de Bernard ante una toma que aún no sabía que lo era.

La inteligencia lateral de Mehdi impidiendo que todo conflicto se tradujera en jerarquía.

La obstinación de Lucas, capaz de sonar a sabotaje cuando en realidad defendía una forma de precisión.

La salida de Arthur, más honorable por no parecerlo.

La entrada de Nuno, que enseñó sin explicitarlo que incorporarse a una historia no exige ocupar su centro.

Clara, Marianne, Etienne y todos los demás satélites necesarios, cada uno recordándoles, a su manera, que ninguna aventura colectiva se sostiene solo desde dentro.

La banda continuó. No linealmente, no siempre mejor, no siempre junta en todos los sentidos que importan. Hubo otros discos, otros cambios de formación, una temporada en que estuvieron demasiado cerca de profesionalizarse como para seguir siendo ingenuos y demasiado lejos como para vivir de ello sin daños secundarios. Hubo canciones buenas y canciones que sobrevivieron solo porque nadie tuvo el coraje de abandonarlas a tiempo. Hubo amistades que se transformaron en alianzas de trabajo y alianzas de trabajo que, por suerte, conservaron algo de amistad. Hubo amores, duelos, mudanzas, cuerpos menos disponibles, padres envejeciendo, alquileres subiendo, ciudades que ya no prometían lo mismo.

También hubo noches en que todo volvió a parecer incomprensible y, sin embargo, tocaron.

No porque tocar resolviera nada. Esa fantasía había caído pronto, aunque no del todo. Tocaron porque algunas formas de atención compartida crean una clase de sentido que no puede retenerse pero sí repetirse. Porque una canción, incluso imperfecta, organiza durante unos minutos una relación más tolerable con el tiempo. Porque insistir juntos en algo inútil puede ser, en ciertas edades, una de las últimas maneras honestas de no entregarse por completo a la administración.

Arthur trabajó finalmente en sonido. Durante un tiempo evitó verlos en directo, no por resentimiento sino por higiene. Años después mezcló una sesión en vivo de la banda ya transformada y al terminar le escribió a Jules un mensaje escueto: “Ahora sí os oigo”. Jules tardó una hora en responder y eligió no hacer literatura con eso.

Clara publicó un libro que Jules compró tarde y leyó de una sentada incómoda. Marianne dejó de representar grupos durante una temporada y luego volvió con

menos paciencia y mejor criterio. Bernard murió lo bastante viejo como para que la noticia no sorprendiera y lo bastante pronto como para que doliera igual. En su estudio, cerrado poco después, alguien encontró cuadernos casi vacíos y cintas cuidadosamente etiquetadas. Como si hubiera pasado toda una vida distinguiendo entre lo que conviene anotar y lo que solo merece ser escuchado bien una vez.

Si esta historia tuviera moraleja, la traicionaría. Nunca fue la historia de una consagración, ni la de una caída, ni la pedagogía sentimental de unos jóvenes que aprenden a madurar sin dejar de ser especiales. Fue, más modestamente, la historia de una duración. De cómo algunas personas consiguen permanecer el tiempo suficiente dentro de una forma común para descubrir no quiénes son, sino qué pueden sostener sin mentirse demasiado.

No es poco.

Casi nunca lo fue.

Y aunque ninguno lo habría formulado así en aquellos años, tal vez eso era lo más cerca que podían estar de una obra: no el conjunto de canciones, ni el EP, ni el disco que vino después, ni siquiera el archivo de noches recordadas a medias, sino la trama de modificaciones recíprocas que los dejó a todos un poco menos protegidos y un poco más exactos.

El resto fue sonido.

Y el sonido, como casi todo lo que importa, duraba menos de lo necesario y más de lo previsto.